ISABELLA ABAD
MURMULLOS DE SEDA
ROMANCE HISTÓRICO

Capítulo 1.

1.

Tao se arrebujó en el raído kipao que casi no oponía resistencia al monzón y avanzó por la callejuela con celeridad. Su rostro mostraba un rictus que denunciaba el malestar que comenzaba a hacerse creciente en su vientre. Debía llegar a su casa antes que lo inminente ocurriera, antes que la lluvia arreciara y complicara aún más lo que ya era una situación desesperada. Sabía que el momento del parto se aproximaba, aún cuando su barriga apenas anunciaba su avanzado estado de gravidez.

Un ramalazo de dolor la hizo detener y doblarse sobre sí misma, mas se rehízo con increíble entereza y caminó los últimos metros hasta alcanzar la humildísima morada de maderos y chapas. La comadrona vivía a unas pocas casas, por lo que fue hasta ella y golpeó con suavidad. Las primeras gotas heladas golpearon su rostro como agujetas. La mujer entreabrió y avizoró con desconfianza, pero al verla asintió con rapidez, cerrando la puerta inmediatamente.

Ella volvió a su casa y entró, poniendo agua a calentar en un cuenco y preparando los ropajes que a escondidas había acumulado primorosamente. Un trozo de fina seda roja que había logrado obtener de la fábrica donde trabajaba y algunos paños de algodón para envolver al bebé. Sabía que sería una niña y que debía renunciar a ella. Estaba segura del sexo, con la increíble intuición de aquel que se sabe condenado.

La felicidad que sintió al saberse embarazada nuevamente luego de tanto años desde su primogénito, se fue oscureciendo por la perspectiva del futuro. A medida que razonó su situación la angustia la ganó. No quería que su hija sufriera las agonías que sabía le tocaban a las niñas en China y más cuando eran hijas de los pobres.

Ella misma las había sorteado; tuvo cinco hermanos y vivió la muerte de dos hermanas por inanición. En épocas de bonanza las mujeres podían conseguir su miserable porción, pero en crisis como muchas veces ocurría, las raciones iban para los mayores y los niños. Alimentar a las niñas era algo así como invertir en alguien que al poco

tiempo sería de otra familia por su casamiento. Como arar y sembrar el campo ajeno con recursos propios, sin esperar recompensa alguna.

No quería eso para su hija. Temía y respetaba a su marido Quiao; sabía de su obstinado apego a la tradición y lo apretado de su situación económica. Temía la reacción cuando aquel viera a la niña y no dudaba que tomaría la peor de las decisiones sin piedad.

No era malvado, solo aceptaba sumisamente los cientos de años de destrato a las mujeres. La pobreza de los millones de campesinos viviendo al filo de la hambruna y la importancia del hombre en la sociedad, que era de una jerarquía cerrada, llevaban a las masivas muertes de las niñas.

El infanticidio era habitual pero no por ello menos doloroso para las atribuladas y sometidas parturientas. El silencio y la contención de la angustia o a veces la aceptación pasiva de un destino inexorable eran la más habitual de las respuestas femeninas. Cuando las niñas sobrevivían, les esperaba una vida de sometimientos y trabajo, siempre en inferioridad de condiciones y derechos.

Sintió entonces el golpe leve en la puerta y habilitó el ingreso de su vecina. Esta era una experimentada matrona en sus avanzados cincuenta años, veterana en las lides de la vida y la muerte. La trama había sido organizada con varios meses de antelación: daría a luz con su apoyo y de ser confirmadas sus sospechas, la niña sería entregada a una familia que estaba ansiosa por tener hijos y no podían. También esto había sido orquestado.

La casualidad y la desesperación se hermanaron y una fortuita charla entre la gestante y la mujer deseosa de acunar un descendiente desembocó en un preparado plan para la entrega de la recién nacida. De ser niña la comadrona la acercaría la misma noche previo pago a la misma, condición indispensable para el silencio hermético.

Ella no ambicionaba más que su bebé creciera fuerte y sana y tuviera las oportunidades que jamás podría brindarle. La única condición que ponía es que respetaran el nombre que le adjudicaría al momento de nacer, que sería su regalo bienvenida y despedida. Todo el plan funcionaría en la medida que Quiao no estuviera en la casa, pues sabía que de ser así todo terminaría pronto.

Felizmente sus labores en los sembradíos eran tantas que él y su pequeño hijo permanecían días sin venir. Extrañaba a su niño y lamentaba que tuviera que trabajar tan duro siendo apenas un chico, pero era menester ayudar.

Las contracciones se fueron haciendo más continuas y poderosas; el impulso de la vida pugnaba por abrirse camino y quebraba su pelvis en dos. Se tendió en la frágil cama y procuró concentrarse en buenos pensamientos que dieran paso a los augurios positivos. Sabido era que las malas energías de quienes estuvieran en el momento del nacimiento podían afectar el futuro temperamento del bebé.

Entre estertores pidió a la comadrona se asegurara que estaba encendida la vela roja, talismán imprescindible para evitar que las almas que están errantes en busca de un cuerpo en el cual reencarnarse se disputaran a la recién nacida. La luz las ahuyentaba, por lo cual era imprescindible mantenerla.

Pronto la labor comenzó y cada pujo le arrancaba un gemido, que pugnaba por convertirse en grito pero que su garganta atenazaba para salvaguardar el secreto del momento. La mujer la incentivaba con secas órdenes:

– ¡Puja, puja más! ¡Otra vez!

La última y postrera fuerza empujó al bebé por el canal de parto y sobrevino el alivio inenarrable. El silencio hizo incorporar con alarma su cabeza para distinguir a la partera que cortaba el cortón, limpiaba con energía al recién nacido y luego lo envolvía en las telas. Levantó entonces la vista y entregándosela le dijo:

–Tenías razón, es una niña.

No le sorprendió. Tomó el pequeño bulto con reverencia y asomó su rostro para encontrar el ser más adorable que jamás había visto. Gruesas lágrimas se derramaron en silencio por su rostro; tanto amor que no tendría destinatario. Era apenas un préstamo que la vida le hacía, por pocas horas. La alimentaría y saciaría y luego vendría el momento del adiós.

–Es tan bella. Tan frágil. Le pondré Jian.

–Es un buen nombre para una niña que será afortunada. La

familia que la recibirá es buena y vive bien. Es la mejor decisión.

Asintió. La pequeña boca emitió gritos de molestia y la acercó a su pecho. La bebé buscó a tientas el pezón y con torpeza se prendió al mismo comenzando a succionar. La alimentó cuanto quiso y luego observó mientras se dormía con satisfacción en la calidez de sus brazos. Disfrutó y atesoró el momento, abrazándola por un buen rato.

– ¡Es hora ya, no demoremos más el momento!

La veterana mujer la sacó de su ensoñación. No podían permitir que las alcanzara el alba y con ella el trajinar de todos quienes se dirigían al trabajo. Miró a su bella niña por última vez y la entregó con sumisión. El destino de su hija se estaba sellando y sería de algarabía.

De esta forma se dio el nacimiento de Jian una noche del año 1835 en la ciudad de Suzhou, corazón de la producción y el comercio de la seda, bajo el imperio de la poderosa dinastía Quing, señores de toda la China.

2.

Xian se paseaba con nerviosismo por la gran sala. Nadie lo diría por la lentitud con la que sus pequeños pies surcaban el espacio o por el suave toque que sus manos imponían a los hermosos objetos que adornaban la casa, bellas cerámicas y suaves brocados, buscando acomodarlos una y otra vez.

Esa era la noche, así se lo había comunicado su empleada en susurros. Tao se había retirado con dolores intensos de la fábrica, había resistido hasta que no pudo más. El mensaje llegó con rapidez y generó en ella un torrente de emociones que procuró no fueran denunciados por su rostro imperturbable, tal como era correcto.

Tantos años anhelando ser madre, buscando concebir sin éxito, tendrían por fin su premio. No sería sangre de su sangre pero la crianza la haría suya. Rogó que fuera una niña y sus plegarias silenciosas se dirigieron a la diosa en forma incesante por meses. Sabía que era egoísta y que la madre natural iba a sufrir, pero era consciente que el destino más probable era la muerte. El plan elaborado, gracias a que el azar se puso de su lado, no tenía fallos; al menos eso creía.

Solo faltaba que naciera y le fuera entregada. Si la noche transcurría y no tenía novedades sabía que sus esperanzas serían vanas.

Miró por los cristales al sentir el tamborileo que las gotas de lluvia imponían sobre ellos. Estaba frío. Se encaminó nuevamente a la esterilla y se sentó con calma, sirviendo su té con ceremonia. Repasó los sucesos una vez más.

Había sido realmente la casualidad la que hizo acompañar a su esposo a la fábrica, el deseo de complacer sus continuos ruegos para que apreciara in situ los resultados de tantos años de esfuerzo. Él era un comerciante próspero además de un avezado lector y artista de la caligrafía, actividad que practicaba como hobby en el hogar. Amaba la tradición, mas sus largos años en Macao y Hong Kong en contacto con los occidentales habían abierto su cabeza a otras formas de relacionamiento con el sexo opuesto. No creía en la igualdad pero si era un gentil esposo que la complacía y no dudaba en dejar los aspectos más controversiales de su cultura de lado.

Ella pertenecía a una familia de raigambre en Suzhou y había sido educada en forma rigurosa en los deberes de una mujer. Excluida de la enseñanza formal que sí disfrutaron sus hermanos, se la adiestró en las tareas del hogar: preparar el té, lavar y remendar la ropa, recolectar la leña y tantas otros menesteres caseros. Pero además había aprendido el fino arte del bordado y la costura.

Estas últimas tareas eran las que más frecuentemente practicaba ahora pues la buena posición económica en la que estaba le permitía tener ayuda extra en la casa. Su fiel sirvienta Huang hacía las tareas más pesadas y aliviaba su vida, dejándole el tiempo de disfrute. Precisamente esta era quien había traído la noticia de la pronta labor del parto.

Sorbió su té con calma infinita mientras los detalles de la primera conversación con Tao la alcanzaban. La había visto agachada junto a las vaporeras en las cuales se eliminaban a los gusanos de seda de los capullos y le llamó la atención su mirada perdida. Mientras su esposo continuaba, ella se acercó con calma y le preguntó si estaba bien. No era lo usual preocuparse por alguien de inferior rango pero algo la empujó. La diosa estaba de su lado.

Tao la miró y una solitaria lágrima surcó su mejilla. Notó entonces su vientre henchido y no entendió la tristeza. ¡Cuánto daría ella por poder brindarle un heredero a su esposo, por ser madre! Lo había intentado, vaya que sí. Felicitó a la empleada y casi se retira, mas el susurro de aquella la detuvo.

–No sobrevivirá, estoy segura que es una niña.

El fatalismo de la voz era terrible y ella entendió ahora las razones del desaliento. Conocía la práctica habitual aún cuando nunca la había experimentado. Una idea loca, tan loca que casi la deja de lado comenzó a formarse como una bruma suave en su mente.

– ¿Tu esposo no la quiere?

–No, somos demasiado pobres para mantenerla y él no cree que una niña amerite el gasto.

– ¿Y si tuvieras la oportunidad de que sobreviva, aún cuando no sea en el seno de tu familia?

Vio la sorpresa inicial y luego el entendimiento en su rostro.

–Prefiero que viva aún cuando no sea conmigo.

Se retiró con rapidez para encontrar a su marido que venía hacia ella con perplejidad. El plan nacía en su cerebro y lo tenía que madurar y consultar. Esto hizo las siguientes semanas: exploró los sentimientos de su esposo acerca de tener una hija, sembró en él la insidiosa idea y cuando estuvo segura que no se negaría envió a su empleada con un largo recado para que contactara a Tao.

Hubiera sido en extremo sospechoso, nada habitual y pasto para los murmullos que ella volviera a estar en contacto con la mujer, por lo cual aleccionó debidamente a quien sería su enlace de la propuesta a realizar. Debía ser en extremo secreto; si quería que todo tuviera éxito, pocas personas habían de saber el plan.

Cuando obtuvo la ansiada respuesta de conformidad, se preocupó porque los siguientes meses comiera adecuadamente. Esparció entre sus allegados la noticia que una parienta lejana estaba encinta y que no quería la criatura. Fue soltando la historia en contadas dosis: el embarazo, el hecho que no querían a la niña, su pena y la responsabilidad que sentía. Al poco tiempo todos a quienes les pudiera interesar conocían este relato. No les llamaría la atención

cuando los sucesos se desencadenaran. Para ello, debía irse apenas el nacimiento se concretara y retornar a los días con el bebé.

El suave toc toc en la entrada principal la puso en alerta y rápido se deslizó hasta el estudio de su esposo, que controlaba los números con parsimonia. Levantó la vista cuando vio su callada agitación y se incorporó.

– ¿Es hora?

–Creo que sí. Han llamado.

El se trasladó con celeridad y abrió la puerta para encontrar ante sí a una veterana mujer con un bulto en sus brazos que apenas se distinguía de sus propias ropas. La lluvia arreciaba ahora y estaba empapada. La hizo ingresar con un gesto y apenas estuvo adentro su mujer tomó al bebé en sus brazos.

– ¡Está helada! –musitó mientras corría hacia la estufa y posaba a la niña en una abrigada canasta que para ese fin había preparado.

Quitó sus telas y la envolvió en otras nuevas, suaves y limpias. Era bella, perfecta. La emoción la ganaba. La diosa la premiaba y le entregaba el presente más soñado. ¡Era madre, al fin era madre!

Piao la observó y luego se dio vuelta para atender a quien había oficiado de mensajera. Tomó un sobre que previamente había completado con buen dinero y se lo entregó, ante lo cual la mujer inclinó la cabeza y haciendo una reverencia se retiró. Previo a desaparecer, volvió su rostro y susurró:

–Su nombre es Jian.

Asintió; el acuerdo planteaba que se respetaría el nombre. Se acercó con calma y observó por el hombro de su mujer a la diminuta niña. Tenía sus ojitos abiertos y eran enormes, tanto que desdibujaban su pequeña nariz. Sonrió y miró ahora a Xian. Esta no podía despegar su mirada de la canasta. Vio que era feliz y entonces él también lo fue. Daría todo porque su adorada esposa estuviera bien. Pero él también sentía que la familia acababa de completarse.

Se movió para organizar la salida: el carruaje estaba dispuesto, solo había que cargar lo necesario para estar unos días en Shanghái. Allí vivía la supuesta embarazada que haría de pantalla. El no creyó al comienzo que esto fuera necesario; era probable que si se lo hubiera

pedido al campesino Quiao y le hubiera ofrecido dinero, la bebé hubiera sido de ellos igual. Pero tanto Xian como la madre biológica Tao se negaron. No querían que este fuera un intercambio comercial más. La entrega era por amor incondicional y la recepción también. Dinero de por medio hubiera ensuciado el acuerdo.

Su alma de comerciante no veía algo malo en esto: la necesidad de uno se satisfacía con la del otro. Pero aceptó y entendió la sensibilidad del trato. No le venía mal además el viaje; tenía asuntos que resolver en la gran ciudad. El comercio de la seda dejaba pingües beneficios y el interés en ella alcanzaba a los extranjeros, que pugnaban por repartirse las ganancias del mismo. Afortunadamente el emperador resistía aún las presiones y esto dejaba todo el tráfico en manos de los chinos.

Capítulo 2.

1–

Piao observaba la escena con placer. La pequeña Jian Li sentada en una butaca era peinada con esmero por Xian, quien procuraba darle forma armoniosa a la larga cabellera de la niña. Cinco años cumplía hoy precisamente, tiempo en el que había crecido para convertirse en una hermosa chiquita de rasgos finos y piel tersa, activa y deseosa de aprender. Todo le interesaba y le provocaba curiosidad y aún así también absorbía con facilidad aspectos como la obediencia y la paciencia. Era dulce y sencilla, de modales suaves, incluso cuando algo no le gustaba.

Xian procedía con extremo cuidado y pericia demostrando una vez más que sus dedos hacían maravillas, fuera con las flores, las telas, los muebles o el cabello. Era una mujer extraordinaria, que aunaba en sí lo mejor de la tradición con unas gotas de sana independencia. No le hubiera gustado de otra forma. Era afectuosa y refinada, una esposa virtuosa y además una excelente madre. Se ocupaba de los asuntos del hogar con eficiencia y permitía que él descansara de las duras tareas diarias en la fábrica de seda. Contenía además sus preocupaciones, que por estos días eran muchas. La situación en China era inestable y si bien el Emperador procuraba mostrarse fuerte, los acontecimientos tendían a dispararse de su control.

Su posición como comerciante era cómoda y prefería mantener la autonomía y el control sobre los productos que se producían, tal como opinaban todos los chinos que se respetaran. En principio estuvo exultante al enterarse del sitio al que habían sido sometidos los ingleses en sus baluartes de Macao y de la quema de veinte mil sacos de opio que acumulaban intentando copar el comercio del producto. Este era cada vez más requerido y su venta implicaba pingües beneficios. No es que le importara esto precisamente, a él le iba muy bien con el comercio de la seda.

Pero temía ahora que todo esto no fuera más que el inicio de un

conflicto armado que trajera dolor y muerte a su país. Los occidentales, ¡malditos "taipans"!, no quedarían impávidos ante el desafío. Se escuchaban hace días los rumores de incursiones armadas por su parte. Con osadía habían copado Macao y no cejaban en su intento de abrir el río Yang–tse, arteria viva del comercio y las comunicaciones desde Shanghái al interior y precisamente hasta Suzhou, su ciudad. Así que esto lo preocupaba. Sacudió la cabeza y espantó los malos pensamientos que solo podían atraer desgracias. Vendría lo que vendría.

Decidió comenzar con las sesiones de caligrafía que siempre lo relajaban y distendían su mente. No bien extendió sus enseres para la tarea tuvo a Jian a su lado. A la niña le encantaba observarlo mientras procedía, prolijamente sentada en su alfombra con sus pies cruzados. No dejaba de interrogarlo con cortesía acerca del significado y sentido de los caracteres que representaba. Al comienzo lo había tomado como un juego, mas ahora era una clase en el sentido estricto de la palabra.

En un principio dudó de lo acertado de enseñarle; los preceptos más aceptados sostenían que la personalidad de una mujer era más interesante cuando no era educada. Estaba claro para él que esto se debía a que no podía experimentar otras ideas y su mente no se abría más allá de sus tareas habituales, por lo cual no coincidía tanto. Esta convicción sumada al deseo de Xian lo convencieron de lo adecuado de instruir a la niña en la lectura y la escritura.

–Muy bien, pequeña Jian. Veremos que has aprendido hasta ahora.

Vio que la pequeña ponía su cara seria y firme aprestándose para las preguntas.

–Dime, ¿qué debemos tener siempre en cuenta con los materiales?

–El papel de arroz debe ser fino y liso para que absorba la tinta.

–Muy bien. Continúa.

–La tinta no debe ser muy líquida pero tampoco demasiado espesa.

– ¿Y esto por qué?

–Para que el trazo sea justo, lo suficientemente denso. El pincel debe ser adecuado también.

–Exacto. Todo esto debe estar siempre dispuesto, querida.

–Los trazos de los símbolos deben comenzar como cabeza de gusano de seda y culminar como cola de oca.

Sonrió. Esta había sido la parte más divertida para ella. La había hecho observar los trazos y comparar el inicio del símbolo, grueso y hacia abajo, con la finalización hacia arriba. Esto había ameritado una visita a la fábrica de seda para ver gusanos. Había sido el inicio de una serie de salidas de observación y cada una de ellas despertaba más y más intereses y curiosidades en ella.

–Estás aprendiendo mucho, Jian Li. Estoy orgulloso.

La pequeña sonrió con modestia no exenta de placer. Le encantaban esos momentos que compartía con su padre y afortunadamente este cada vez encontraba más oportunidades para atenderla y enseñarle cosas.

–Recuerda ahora y ten esto siempre en mente: la caligrafía es un arte que nunca nadie termina de aprender del todo y por ello la práctica diaria es fundamental. Esto te acercará a la excelencia. Es como la danza, querida. ¿Te encanta bailar verdad?

Ella asintió. Era una de sus actividades favoritas: su mamá Xian le había enseñado pasos que practicaba al son de los instrumentos que aquella tocaba. Se sentía volar, ágil y liviana como una pluma cuando lo hacía.

–Pues esto es algo así. Escribir es como danzar sobre el papel.

Le gustó la comparación. Estaba ansiosa por comenzar, mas Piao le exigía paciencia. Primero había que estudiar los símbolos, su significado y formas. Luego vendría la práctica.

– ¿Ves este símbolo?[1] Significa persona, si te fijas bien te das cuenta que asemeja alguien de pié.

Así continuaron por un largo rato, morosamente explicando Piao los signos mientras los trazaba con delicadeza y maestría sobre el papel y Jian repitiendo su significado en forma ceremoniosa. Era una tarea algo pesada para quien miraba de afuera pero ambos la disfrutaban.

Xian los observaba mientras trabajaba una finísima seda para darle forma de kipao de celebración. Quería que la cena de esa noche fuera inolvidable y que los invitados apreciaran la hospitalidad de su morada. Sabía lo importante que esta reunión era para Piao. Quienes asistían eran funcionarios reales que decidían sobre concesiones comerciales y podían trabar o impulsar los negocios de su esposo y de otros comerciantes que también estarían presentes. Había dispuesto todo con particular cuidado y contratado personal extra para servir.

Los alimentos: pescado, aletas del tiburón en caldo claro, pollo en melón entre otras delicias, los adornos ceremoniosos y que llamaban a la buena fortuna: faroles, sedas y papeles rojos en guirnaldas, los objetos rituales, los cristales y cerámicas; todo estaba en su lugar y a la espera de la recepción.

Incluso el pequeño jardín había sido más iluminado para que se pudiera disfrutar de su armonía y belleza. Ella estaba muy orgullosa del mismo. No tenía ni las dimensiones ni la suntuosidad de los más espectaculares jardines de Suzhou: el Jardín del administrador humilde, el Jardín Persistente y el Jardín del Maestro de redes entre los más destacables. Pero contaba con lo que todo paisaje debía: plantas y flores armoniosamente combinados, rocas que simulaban pequeños montes, un ojo de agua de diez metros de diámetro en el centro del cual había una pérgola que simulaba una pagoda, a la cual se accedía por un puente sumamente decorado por los altorrelieves de madera. Había sido su diseño y le había llevado varios años concretarlo pero allí estaba. Xian estaba feliz con el resultado y lo disfrutaban todos los días, especialmente su niña.

Al levantar la vista una vez más notó que su fiel empleada le hacía una inclinación de cabeza haciendo notar que necesitaba su presencia. Dejó a un lado su trabajo y se encaminó hacia ella, sabedora que alguna dificultad de último momento había surgido. La mujer era la eficiencia en persona y de una fidelidad extrema.

– ¿Qué pasa, Huang?

–Uno de los empleados que contratamos para esta noche está indispuesto, no podrá venir.

Era un contratiempo, sin dudas. No quería a cualquiera adentro

de su casa y tenía que ser de utilidad.

– ¿No tienes a nadie que la reemplace?

–Puede ser, pero necesito su autorización.

La miró con extrañeza.

– ¿A quién tienes en mente?

–Ming, el hijo de Tao. Es un bello y cortés joven, habituado a estas tareas.

Esto la desconcertó y la hizo dudar. No había pensado en esa familia desde hacía mucho tiempo y de hecho Tao nunca la había contactado o siquiera mirado al cruzarse, que había sido en dos o tres oportunidades desde la noche en que había parido a Jian. No tenía recelos. Sabía que era la campesina quien tenía mucho para perder si pretendía alguna vez modificar el estado de situación. Y por otro lado estaba segura que aquella agradecía que su hija viviera y en las condiciones en que lo hacía.

–Llámalo sin dudar. La cena de hoy es sumamente importante para Piao y todo tiene que estar perfecto.

Dicho esto se dirigió nuevamente a su labor. Sabía de lo trascendente de esta noche. Los negocios de la seda, otrora propiedad exclusivos de los chinos, estaban comenzando a ser acaparados por los malditos taipans. Especialmente los ingleses.

Miró nuevamente a su familia y se regocijó de su felicidad. Jian mordía sus labios en concentración absoluta, absorbiendo cada detalle y trozo de información proporcionada. Admiró su inteligencia y nuevamente se felicitó por la crianza liberal que estaban proporcionándole. La suya había sido muy cerrada pero aún así tuvo atisbos de libertad con su madre. Lo que no evitó fue el vendado de sus pies.Se miró los mismos: la flor de loto que simulaban era un símbolo de belleza que venía de tiempos remotos y una tradición casi ineludible en las casas de las familias de abolengo.

Era un proceso dolorosísimo: aún recordaba el tremendo impacto. A los cinco años su madre comenzó el tratamiento: los cuatro dedos pequeños de sus pies fueron brutalmente recostados a su talón provocando la rotura de los huesos. Todo estaba brumoso, seguramente se había desmayado. Los siguientes días y años sus

vendas eran cambiadas y apretadas una y otra vez, propiciando la modificación de los huesos del empeine y de la planta del pie. Luego de tanto tiempo sus pies eran pequeñísimos y su mamá los enfundaba en bellos zapatitos de seda.

Sabía que esto era un fetiche para los hombres y siempre le impactaba comparar la pequeñez de sus pies con los de las mujeres trabajadoras que permanecían inalterados. Hubiera deseado ser como ellas en ese sentido, libres para caminar sin dolores. A ella le encantaba danzar y nunca lo había podido hacer con soltura. El único apoyo real que tenía eran sus pulgares. Solía pensar en la contradicción gigante que esta práctica hubiera comenzado entre las bailarinas de la corte imperial hacía siglos. De seguro habían hipotecado su arte con esta forma estética forzada y anti natural.

Ahora que Jian tenía la edad en la que esto debía hacerse estaba preparada para evitarlo. Había cultivado la idea primorosamente en Piao. Los reparos habían sido varios, entre ellos que no encontraría candidatos para su futuro.

– ¿Quién va a aceptar a nuestra hija si no tiene sus pies tan bellos como tú, Xian?

–Pues alguien que la merezca, querido. ¿Quieres imponer a tu hija años de dolores extremos? Nuestra pequeña, tan bella y fina.

El transcurso de los años fue haciendo que la idea germinara en su cabeza y finalmente accedió a su deseo. Esto la alivió, aunque no dejaba de reconocer que los pruritos de su esposo tenían verdad. Mas no se dejó arredrar por los miedos. De seguro alguien importante la miraría, era bella y refinada y ya se encargaría ella misma de seguir cultivando sus atributos.

2.

Las luces resplandecían como estrellas y el impacto de su brillo en el pequeño lago desprendía abanicos iridiscentes. Los hombres lucían elegantes con sus elegantes hanfus y las mujeres refulgían con sus kipaos de sedas finísimas y decoradas.

Jian observaba con placer desde la ventana de su habitación.

Los elaboradísimos cabellos de las damas elevaban su estatura varios centímetros y se decoraban con guirnaldas, broches labrados, flores. Sus rostros parecían nacaradas máscaras por el polvo de arroz.

La música dulce y melancólica llenaba los espacios, dando el marco necesario para los ceremoniosos saludos, reverencias y charlas. Se sintió trasladada a un mundo maravilloso, de elegantes caballeros y princesas encantadas, tal como su madre solía relatarle. No pudo evitar la tentación de bajar aún cuando se lo habían prohibido.

Detrás de uno de los tantos biombos armó su escondite dispuesta a disfrutar de las imágenes de color, los juegos de malabares y tanto más. El ruido a su lado la asustó y se incorporó con rapidez, para encontrarse con un amable rostro que le sonreía y hacía un gesto cómplice de silencio con un dedo en sus labios.

Era uno de los camareros que portaba una bandeja con delicias, las cuales le ofreció con amabilidad. Tomó una y volvió a sentarse en su refugio mientras él desaparecía. Una y otra vez pasó a su lado con sigilo y lo vio ofrecer a los grandes señores bebidas y alimentos.

La música se tornó más audible y con sus enormes ojos aún más abiertos vio evolucionar por la pasarela que conducía al puente sobre el lago a una bailarina envuelta en rojas y doradas telas. Giraba y giraba, alzaba sus manos con abanicos, elevaba una y otra pierna. Parecía la muñeca de su cajita de música, que papá Piao le había entregado hacía algún tiempo.

Se enderezó para no perder ningún detalle y al hacerlo movió el biombo que ante su horror se deslizó hacia adelante. Afortunadamente el amable sirviente llegó a tiempo para evitar la catástrofe y los invitados estaban en el disfrute pleno del espectáculo.

–Cuidado, pequeña ama–le sonrió–. La van a descubrir y de seguro el castigo no será leve.

Ella asintió con vergüenza y no pudo evitar sentirse atraída por su amabilidad. Hizo un cortés gesto de agradecimiento y preguntó su nombre.

–Me llamo Ming, amita.

Volvió a desaparecer con presteza. Ella continuó observando un buen rato, básicamente a sus padres. Piao estuvo un buen rato en un

costado escuchando con anuencia a un hombre obeso y de refinada estampa, que estaba flanqueado por dos más que parecían sus lacayos. Su papá asentía una y otra vez y hacía reverencias, lo que permitía entender la jerarquía especial de su interlocutor.

Sintió mucho sueño y bostezó. A su lado vio entonces a Huang, que la miraba con severidad. La tomó en sus brazos y la dirigió a su habitación.

–No debe desobedecer a su madre, amita Jian. Es una noche importante y no puede haber fallos.

–Quería ver de cerca todo, Huang. ¡Es tan bello!

–Pues sí, lo es. Duerma ahora.

La arropó en su cama y prontamente el sueño la abatió. Soñó con alondras, mariposas, música. De pronto era una liviana bailarina que bailaba sobre el agua, tan liviana como la brisa. Giraba y danzaba sin cesar ante sus padres, el hombre gordo, el sirviente Ming.

La mañana la encontró aún dormida. Xian se sentó al costado de su lecho y la sacudió con suavidad. Huang le había contado que estuvo un buen rato mirando la celebración y en el fondo entendió su urgencia por acercarse a la música y el color. Acarició su cabello y su rostro procurando despejar su soñoliento rostro.

– ¡Despierta ya, Jian! Hoy debes acompañar a tu padre a la fábrica. Yo debo realizar unos quehaceres y Piao desea enseñarte por dentro el lugar. Me ha dicho que se lo has pedido repetidamente.

Ella se incorporó con energía y asintió, mientras se esforzaba por vestirse con orden. Ansiaba saber cómo funcionaba todo. Piao le había contado muchas veces el trabajo que realizaba y hacía mucho que quería acompañarlo a ver todo el proceso. Le asombraba que las bellas telas de sus ropas provinieran de unos humildes gusanos. No alcanzaba a dimensionarlo.

–Sí, madre. ¡Me hace feliz!

–Lo sé. Recuerda seguir a tu padre sin distracciones ni alborotos. Él debe atender los negocios y hay decisiones importantes a tomar.

–Así será–asintió con una reverencia–. Madre…

– ¿Qué ocurre Jian?

–Anoche…Fue una fiesta hermosa. Temo que bajé a mirar.

Le sonrió con cierta severidad. No esperaba otra cosa de ella que esa confesión. Era una niña bella y honesta.

–Lo sé. No debes volver a hacerlo.

–Así será.

Piao esperaba por ella pacientemente. La noche anterior había sido de disfrute no exento de tensiones. La misma preocupación que él tenían sus colegas y la charla con el mayor comerciante y además Funcionario Real de Suzhou no había hecho más que incentivarla.

Se habían tejido alianzas y decidido pasos a dar para poder continuar produciendo la excelente seda que la ciudad proveía desde hace siglos. Una de tales decisiones lo tenía a él como encargado: viajar a Shanghái en representación de todos para negociar mayores volúmenes. Era algo que lo honraba y hace mucho esperaba que el Funcionario Real se fijara en él.

Pero su alegría no estaba exenta de inquietud; sabía que no eran los mejores tiempos para acercarse a la gran ciudad. Debía arreglar los asuntos en la fábrica y la compañía de Jian lo relajaría. A su vez daría espacio a Xian para asistir a la casa del Funcionario Real a tomar el té con la esposa de aquel. Había sido una inesperada invitación y ella estaba muy ilusionada.

Optó por trasladarse a pié; la fábrica no estaba lejos y tendrían oportunidad de apreciar los maravillosos jardines con sus flores y plantas que eran un deleite visual. A la entrada de la fábrica fueron recibidos por el principal encargado, que genuflexión mediante los guió hacia el lugar de trabajo mientras detallaba ceremoniosamente las novedades.

Le conformaba la información: el cargamento del que podía disponer era importante, bastante más de lo que había previsto. Esto significaba una buena tajada y la tranquilidad de poder cumplir con lo prometido a los clientes.

El lugar bullía de actividad, especialmente de mujeres que eran quienes realizaban la mayoría de las tareas por su mayor delicadeza para lidiar con los capullos de los gusanos de seda y luego con las finísimas hebras del vital material.

– ¿Ves, Jian? Aquí se producen las hermosas fibras que luego serán bellas telas y ropajes. Este es el secreto que pudimos mantener guardado por miles de años.

La niña miraba a su alrededor con asombro y expectación. Recordaba la historia que Piao había relatado varias veces: una antigua emperatriz había descubierto accidentalmente que unos gusanos blancos se alimentaban de las hojas de los árboles de morera. Sus capullos eran realmente brillantes y cuando uno de los observados cayó en un cuenco de agua tibia la mujer descubrió que podía desarmarse y un finísimo filamento se producía, que podía ser enrollado. Este tesoro fue guardado como si un arma secreta se tratara por cientos de años, bajo pena de muerte para aquellos que lo denunciaran al exterior.

–Sígueme, querida. Te mostraré el proceso completo. La hija de un mercader de la seda no puede estar ajena a cómo se produce y los cuidados que se deben tener.

Continuaron por la fábrica y llegaron a una zona exterior donde había una enorme plantación de árboles de moreras.

–Las hojas se recolectan y son llevadas a los criaderos para que los gusanos estén bien alimentados.

Pasaron entonces a la zona donde miles de huevecillos de gusano eran incubados.

–Debemos consentir a nuestros reyecitos, Jian. Ellos nos proveen de la seda con su sacrificio. Por eso los alimentamos muy bien, tanto que engordan su peso miles de veces. Y entonces se vuelven lo suficientemente fuertes para tejer el capullo, más o menos en tres días. Entonces llega el momento de la recolección.

Ella hizo un gesto de tristeza. Esa era la parte que menos le gustaba; sabía que luego de bien alimentados ellos producían el capullo que los envolvía para luego transformarse en bellas mariposas, mas eran eliminados. Era la forma de obtener el preciado material.

–Ven ahora aquí, observa el proceso.

Siguió con renuencia a su padre ya que estaban en la zona de las vaporeras, donde el agua tibia eliminaba los gusanos y permitía distinguir el comienzo del hilo. Varias mujeres iban y venían en

silencio, llevando capullos hacia el lugar donde se hilaban los carretes, lugar que la atrajo.

Con una extrema suavidad dos empleadas desenredaban la seda en una labor de una paciencia infinita. Una de ellas la miraba y le sonrió, haciendo un gesto con su cabeza. Ella respondió igual. Le fascinaba la tarea: el hilo brillaba y era apenas una hebra que parecía de una fragilidad extrema.

–Muy bien. Estas dos señoras son las más antiguas de la fábrica. Han trabajado con seda por años. Sigamos ahora.

Piao tomó gentilmente su mano y la alejó. Sabía que Tao estaría en esta área y no le preocupó. Era una mujer imperturbable y de una gran eficiencia. No temía que pudiera acercarse a la niña con malas intenciones, por el contrario sabía que su sacrificio había tenido recompensa. Notó que miraba a Jian de reojo y esbozaba una semi sonrisa a la par que volvía a su trabajo. Ese era el único gesto que verían de ella.

La vida no le había sido fácil. Su esposo había sido un hombre tosco y duro, un trabajador incansable que no tenía tiempo para su familia. El tiempo fue corrompiendo su talante a medida que el vicio del opio se colaba en su jornada hasta volverlo prácticamente un autómata. Murió joven en un accidente dejando a su familia en la pobreza total: Tao y su hijo Ming había apenas sobrevivido en la época de crisis que habían pasado. El mismo la había socorrido a través de Huang, aunque Xian no sabía de esto.

No sabía cómo interpretaría su esposa ese gesto por lo cual nunca lo compartió. Si bien la miseria se había cebado con los pobres en general, él sentía que le debían algo, que su regalo debía ser de alguna manera compensado. Es por ello que también había ayudado a Ming a conseguir trabajos más livianos y mejor pagos que el de campesino que le hubiera esperado sin su intervención. Por ello el muchacho sentía por él especial reverencia.

Creía además que era una manera de captar su fidelidad y lealtad, atributos que tanto él como su niña necesitarían en el futuro, tal como se estaban dando las cosas. Jian solo los tenía a ellos y si algo les acontecía quería que estuviera resguardada. Por eso siempre

le mencionaba a Ming lo importante que ella era para su vida y como oraba por su felicidad.

3–

Xian había preparado los bultos con esmero para llevar todo lo necesario a Shanghái. Le encantaba visitar la ciudad, su movimiento agitado, sus ruidos y olores. No tenía comparación con la tranquila Suzhou y las opciones para comprar eran abundantes. Se sumaba a esto la posibilidad de visitar a parte de su familia a la que no veía hacía un tiempo.

Estaba orgullosa de lo bien que estaba haciendo las cosas Piao. El Funcionario Real había confiado en él como emisario de los comerciantes de la ciudad para acordar precios y volúmenes de seda. Esto significaba un avance en su posición. Normalmente y de acuerdo a la estructura social, los mercaderes no eran tan bien vistos. Pero la situación cambiaba.

La esposa del importante hombre la había recibido con honores y hablado de la vital tarea de su marido y la felicitó además por la hermosa recepción la noche anterior. La ceremonia del té fue fantástica y pudo visitar el jardín y contemplar sus maravillas. Sin duda era de una belleza sobrecogedora.

Esto le permitía soñar en un futuro promisorio para su hija. Contactarse con las mejores familias de Suzhou implicaba mejores oportunidades de casarla bien. El Funcionario mismo tenía dos hijos adolescentes que conoció y le parecieron encantadores. Estaría feliz de que alguno se fijara en su Jian Li.

Los matrimonios arreglados eran una particularidad de su cultura y no era de las que rechazaba. Después de todo era necesario que la familia se encargara de velar por el mejor destino de los hijos y procurar que estuvieran lo mejor custodiados posibles. De todas formas era aún muy pronto. Debía dejar de pensar en eso, ya sería oportuno más adelante.

Cuando todo estuvo listo partieron. El carruaje era cómodo, en recia madera lustrada y bruñida, tapizada con finos brocados. Los

fuertes caballos eran azuzados por el cochero con maestría. Les llevó varias horas recorrer la distancia hasta la ciudad y cuando arribaron estaban cansados del traqueteo. La niña durmió varias horas y Piao aprovechó para revisar algunos números. Ella afortunadamente había traído su trabajo de bordado, lo cual alivianó el camino.

Una vez ubicados fueron recibidos amablemente por sus familiares. Luego de los saludos de rigor y el intercambio de presentes, fueron guiados a las que serían sus habitaciones. La ciudad bullía y contagiaba su particular energía.

Piao desapareció casi inmediatamente, deseoso de cumplir con sus obligaciones. Había charlado previamente con el dueño de casa y este le había trasmitido su sensación de inquietud. Malas nuevas venían del mar; los “taipans” ingleses estaban en movimiento y se decía que su nueva Reina estaba furiosa con los chinos. Esto mismo era una muestra más de la decadencia de los occidentales: una mujer opinando y decidiendo sobre la política.

Capítulo 3.

1.

Piao ingresó al centro neurálgico del comercio de la seda en Shanghái, donde pronto estuvo en presencia de la corporación más importante de intermediarios. Sabía bien como moverse con ellos, llevaba el arte de la negociación en la sangre y no le disgustaba.

Por supuesto que previamente se cumplieron con todos los ceremoniales pertinentes; hubiera sido de abominable educación saltearse los saludos de rigor, el ceremonial del té, la visita a dos enormes centros de acopio de seda y otros productos en la zona portuaria. Esto le permitió hacerse una idea del tráfico comercial en vivo y el constante trajinar de las embarcaciones le mostró la ingente cantidad de mercaderías que ingresaban y salían de Shanghái. No es que lo ignorara, mas hacía varios años que no accedía a una visión tan actual.

Varias horas de arduos intercambios de números, regateos y propuestas transcurrieron. Al final logró un compromiso provisorio que implicaba un aumento del volumen inicial de compra pactado. Esto en sí mismo ya era exitoso pero Piao esperaba más. No alcanzaba a entender la renuencia de sus colegas a la vista de los pingües beneficios que el comercio de la seda dejaba.

–No olviden ustedes que estamos hablando de la mejor seda que se produce en nuestro Imperio. No es mi estilo alardear ni sería digno, solo esgrimo una verdad comprobada y comprobable.

Sus interlocutores asintieron mudamente.

–Lo sabemos. Pero corren aires de inquietud y nunca son buenos para los negocios. Debemos ser precavidos. A veces la prudencia puede ser una forma de evitar males mayores.

– ¿Y a qué se deben esos rumores? ¿Tienen algún asidero?– inquirió deseando tener una idea más clara de lo que se le planteaba.

–Los taipans… Están cerca y cada vez más osados y belicosos.

–Tenía entendido que era así, pero hace muchos años que

desean nuestro comercio y los hemos podido contener en zonas concretas. Cantón y las factorías que tienen allí instaladas, ¿no es así?

–La situación tiende a volverse explosiva. El intento de evitar que expandan sus ambiciones y dejen de comerciar con el opio ha fracasado. Al menos así lo creemos.

–No tengo noticas de esto.

–Nuestros funcionarios hacía ya buen tiempo que presentaban sus quejas al Emperador. El opio se ha vuelto un problema terrible para parte de nuestra población y es miserablemente comerciada por los ingleses.

Piao asintió, procurando incentivar el relato.

–Exigieron la entrega del mismo y como los "taipans" se negaron, fueron sitiadas sus casas y se tomaron miles de sacos de opio, el cual se destruyó para evitar su distribución.

–Nuestros compatriotas tenían sus razones. ¡Esas lacras introducen su veneno y se benefician!

–Sin dudas. Pero esto ha enrarecido las relaciones y el temor inmediato es a una respuesta armada de importancia por parte de los ingleses.

– ¿Eso podría ocurrir?

–Nuestro imperio es fuerte y antiguo, pero el enemigo es joven, impulsivo y tiene recursos de armas que no manejamos. He ahí nuestro temor.

Sin dudas eran novedades fuertes, mas Piao confiaba en lo inexpugnable de China. Durante siglos habían sido el Imperio que conquistaba, la cuna de la civilización, el arte, el comercio. Era probable que solo fueran pataletas de los occidentales. De todos modos entendía la postura de sus colegas, algo timorata y también especulativa.

Volvió con optimismo a pesar de lo relatado. Si lograba consolidar definitivamente lo negociado, era un avance interesante en las concesiones comerciales a Suzhou y le daría valor a su papel frente al Funcionario Real.

Contempló con placer como Jian se deleitaba con los pequeños que habitaban la casa de la que eran huéspedes, dos varones menores

que ella. Les enseñaba juegos con sus manos y permitía con venerable paciencia que treparan por sus piernas y trastocaran el primoroso tocado que Xian había hecho en su cabello. Estaba seguro que le encantaría ver de cerca la ciudad, recorrer sus colores y olores, por lo cual la invitó.

–Tú también, Xian. Sé que estás deseosa de comprar.

Esta negó con gentileza, ya había hecho planes para concurrir a varios sitios especiales por objetos que necesitaba y esto llevaría tiempo. Necesitaba la compañía de una de sus familiares, no de Piao que prontamente se cansaba y enfurruñaba ante su interminable devenir por las tiendas.

–Pues seremos tú y yo, hija. Prepárate para descubrir un mundo bien distinto del que acostumbras–le comentó, despertando en ella una evidente ansiedad.

Discurrieron primero por las zonas adyacentes al río Yang–tse y bajaron para ver de cerca las embarcaciones de todo tipo, tamaño y color que navegaban por el mismo. Encaramada en las vallas protectoras que marcaban el fin de la costa y el comienzo del Mar de la China, la niña no cesaba de mirar para uno y otro lado.

Luego fue el tiempo de la zona comercial: las calles abigarradas de hombres y mujeres que iban y venían con paquetes, las banderas coloridas ondeando y anunciando infinidad de objetos y servicios, todo era de un frenesí caótico para los recién llegados. Sus ojos apenas tenían tiempo para posarse en los elegantes carruajes, en los que transportaban mercaderías, en los "hombres–taxi" que arrastraban pequeñas capotas. Era agotador para él y al cabo de dos horas deseaba volver, aún cuando la niña ansiaba continuar.

Justo en ese momento su carruaje se detuvo de golpe y se sintieron unos gritos en el exterior, lo que los hizo mirar con presteza y curiosidad por las ventanillas, para descubrir a un hombre de extraño aspecto que dirigía improperios a viva voz a su cochero. Su vestimenta, pero más aún su aspecto, intimidó a Jian Li, que se sumergió en el vehículo y enterró su cara entre los cortinados, deseando escapar pero a la vez ver toda la escena.

Piao se bajó con fastidio y con su voz más amable aunque sin

perder autoridad preguntó el motivo de la discusión. El osado caballero esgrimía que su carruaje había arruinado su costoso sombrero, que había caído a la calle. No pudo más que inquirir con su mejor cara el valor del mismo y le pagó en efectivo la suma escandalosamente alta que el granuja argumentó. No regateó, estaban en plena calle, trabando el tránsito y llamando la atención, algo inaceptable.

–Maldito "taipan"–murmuró con desprecio a la vez que ingresaba al vehículo–. Una muestra más de la bajeza de su condición.

–Papá…

La voz de Jian lo sacó de su estado y ver su angustiada cara lo hizo calmar. Había olvidado a su hija por un momento y la expectativa había dado paso al miedo. Nunca antes había visto a un hombre así y menos aún observado modales tan burdos.

–Hija… Nada de qué preocuparse. Solo un sombrero aplastado, ya está solucionado.

–Pero, ese hombre. Era extraño, diferente.

–Ese caballero, si así se lo puede llamar, era un "taipan", un extranjero. ¿Te llamaron la atención sus ojos y su piel?

Ella asintió con su cabeza rápidamente.

–Y su terrible tono y palabras.

–Es así, querida. Poco podemos esperar de los extranjeros como no sea bajeza y dolores de cabeza.

–¡Me dan miedo!

–Pues no debe ser así. Hay que cuidarse de ellos y su malicia, claro está. Pertenecen a un pueblo que busca conquistar a los demás. Pero China es demasiado grande para que eso suceda. Anda ya, tranquila. Es solo una anécdota, dime… ¿Qué es lo que más te ha gustado de nuestro hermoso paseo?

La descripción de todo le llevó el viaje de retorno y se prolongó ante Xian, que sonreía comprensivamente. Ella misma no dejaba nunca de sorprenderse y regodearse con las imágenes y las posibilidades que ofrecía Shanghái.

El relato sin embargo no estuvo exento del episodio del occidental, lo que provocó la mirada extrañada de su mujer.

–Tenía entendido que solo podían estar en Cantón–inquirió a uno de sus primos.

–Cada vez llegan más y con mayor frecuencia, desafiando las normas y provocando problemas con su prepotencia. Estos últimos días la situación se hace más rara, se habla incluso de excursiones de guerra.

– ¿Guerra?–gimió ella, provocando el gesto torcido de Piao.

Justo esto quería evitar y por ello no había hecho mención antes de lo que los mercaderes le habían trasmitido.

–De seguro no se atreverán, somos un pueblo muy grande y…

–Esperemos que no–asintió uno de los presentes–. Pero se mueven por todas las costas y no dejan de subir al este. Hay rumores de fragatas que comienzan a recalar por Hong Kong.

– ¿Qué son fragatas?–interrumpió con curiosidad Jian, recordando a todos que los niños estaban presentes en la habitación.

–Pues nada, querida, más barcos–quitó importancia al asunto y cambiaron el tema.

Pero la semilla de la inquietud había prendido en Xian y pronto buscó su versión. No pudo más que reafirmar su convicción que todo eran trascendidos y tranquilizarla contándole que la misión que había traído estaba pronta a cumplirse. De seguro en los próximos días así sería y ellos podrían volver a Suzhou.

–No te inquietes. Estamos seguros, disfrutemos del viaje que probablemente no volveremos en un tiempo. Realiza tus salidas, disfruta de tu familia que yo me preocuparé porque todo salga bien–la conminó mientras acariciaba su cabello.

Los días transcurrieron con calma y sin novedades de importancia, salvo que sus planes dieron frutos y un ingente cargamento de seda fue pactado, el cual beneficiaría a su propia fábrica pero también a varias más, propiciando que el antiguo trabajo prosperara.

El carruaje volvía más pesado de lo que había llegado: maletas repletas de objetos de lujo y pequeños elementos de adorno, afeites, vestidos, como prueba viva que su mujer y niña se habían dedicado a desvalijar Shanghái y proveerse para los próximos años.

La despedida fue sentida aunque a la vez aliviada: Piao se encontraba como pez fuera del agua cada vez que salía de su entorno natural. Justo al partir, la frase en forma de grito se coló por las ventanillas del carruaje que transitaba su postrera visita por puerto, a pedido de Jian: “¡¡¡Los taipans nos declararon la guerra!!!”

No pudieron identificar quien lo dijo pero lo ominoso del anuncio de pronto hizo mella en ellos. Todo era incertidumbre, mas quedaba atrás. Al menos por el momento.

2.

Tres años exactos transcurrieron del viaje. Desde entonces, todo había cambiado. El agorero anuncio se había convertido en realidad y como en un sueño Piao y su familia habían asistido asombrados, tal vez como el resto de los chinos, a la invasión inglesa sobre puertos del Imperio. Cantón, Hong Kong, la misma Shanghái, humilladas y saqueadas por los occidentales. Las estocadas de guerra fueron tremendas;en junio de 1842 se dio la llegada del crucero británico “Némesis” al delta del Yang–tse, el que haciendo honor a su nombre de ninfa vengadora bombardeó Shanghái en una acción demoledora y revanchista de lo ocurrido a los occidentales en Cantón dos años antes.

El Emperador, otrora orgulloso y seguro de lo inexpugnable de las ciudades chinas, debió pactar la rendición y aceptar concesiones extraordinarias a los vencedores que más se parecieron a miserables recortes de China: varios puertos abiertos a los ingleses sin restricción y la cesión de Hong Kong, además de indemnizaciones por sus pérdidas.

Había una sensación de irrealidad, incredulidad y de incertidumbre que ensombrecía la vida. El comercio y la cultura habían sido tomados como rehenes por los extranjeros y cada vez más se los veía en la región, en la que se introducían buscando ganarse las porciones de mercado y productos que los hicieran más ricos. Esto fue provocando cambios en las formas de proceder de los lugareños e implicó pactos y contactos novedosos.

Hasta ese momento los comerciantes de Suzhou, liderados por el Funcionario Real, hacían sus compras y ventas directamente a sus colegas, mas ahora los británicos estaban en el medio. La llegada del primer cónsul inglés a Shanghái y su instalación en terreno propio junto al Wan Pu, a poca distancia del río Yang–tse y en las proximidades de la ciudad de Piao, no hizo más que complicar las cosas. Eran como un país dentro del otro.

De esto se quejaba Piao amargamente una tarde de 1844.

–¡Todo lo han complicado, todo lo están corrompiendo! Tradiciones, nuestras costumbres, nuestra vida. El Imperio se quiebra bajo la espada de nuestros enemigos y hasta nuestros dóciles y otrora servidores se burlan de nuestra suerte.

Xian asintió aunque trató de atemperar la postura de su esposo. Era verdad lo que decía, sentía exactamente lo mismo, pero como mujer pragmática que era no dejaba de considerar los huecos y posibilidades que este nuevo estado de situación implicaba.

Su creciente amistad con la esposa del Funcionario Real le permitía vislumbrar un nuevo posicionamiento de este a favor de los extranjeros, básicamente para no perder poder y aprovecharse económicamente de todo, suponía. Esto le hacía pensar que lo correcto era ir en la misma dirección y estrechar vínculos, aún cuando a la interna sus propios prejuicios contra los “ojos redondos” fueran importantes.

Obviamente no podía presentar el panorama tan descarnadamente a Piao: solo conseguiría ofenderlo y ponerlo a la defensiva. Necesitaba ser sutil y dejar caer retazos de información y empaparlo de realidad. Los “taipans” habían llegado para quedarse y el Imperio, en cuya fortaleza aún confiaba su esposo, se deshilachaba.

Aspiraba a consolidar su jerarquía y lograr dejar a Jian Li en la mejor de las situaciones una vez ellos no estuvieran. Le corroía el alma lo que pudiera ocurrirle a su niña cuando murieran, en un mundo de caos y cambios. No es que pensara en la muerte de manera constante pero la inevitabilidad de la misma se le antojaba obvia y no la asustaba en sí misma. Pero sí pretendía asegurar el futuro de su hija, costara el sacrificio que fuera. Incluso la genuflexión ante los

extranjeros.

Estas ideas habían ido materializándose poco a poco y se unieron a sus intenciones primarias de generar un compromiso nupcial de su niña con el hijo mayor del Funcionario Real, que en ese momento tenía trece años. Jian solo tenía ocho, pero era el momento ideal para efectuar dicho arreglo. Había quien incluso lo hacía desde el momento del nacimiento, pero era excesivo. La edad usual del casamiento era a los diecisiete de la joven, por lo cual era un plazo considerable para que su hija madurara y se convirtiera en una hermosa flor, práctica y segura de sí, pero atenta a las tradiciones y obligaciones de una buena esposa.

Concretar los esponsales se transformó entonces en el objetivo primordial de Xian, lo que la dejaría vivir en paz y segura que su pequeña quedaba en buenas manos, alejada de los vientos de la tempestad. Tendría que trabajar sobre la esposa del Funcionario, quien tenía sus ojos puestos en otras niñas de mayor posicionamiento social y también sobre el propio Piao, tan obsesivo con la idea de preparar a Jian para los negocios y la caligrafía. Le faltaba la practicidad que a ella le sobraba, por eso eran tan complementarios.

Es por ello que procuró seguir el diálogo y a la vez regar ciertos conceptos en la mente de su marido.

–Es verdad lo que dices. Pero también es cierto que tus negocios no han decaído. Aún más, tal vez puedas vender más de lo que lo hacías antes.

– ¿Pero a qué precio? ¡Entregar nuestra cultura, nuestra independencia!

– ¡Es terrible, querido, lo sé! Pero debemos considerar con prudencia nuestra posición. Adecuarse al nuevo estado de cosas no significa aceptarlas del todo y hay que pensar en el futuro de nuestra hija.

Era el punto débil de Piao y lo sabía.

–Me debato en un mar de dudas, querida. ¿Qué hacer: seguir a los que se niegan a comerciar con los extranjeros o alinearme a lo que sutilmente el Funcionario Real nos sugiere? Esto último parece una traición a nuestro Emperador.

–Pues fue el propio Emperador el que permitió el ingreso de los ingleses, ¿no es así? Si él mismo no puede protegernos de los extranjeros, ¿se nos puede culpar por pretender convivir con ellos y al menos no perder nuestros privilegios?

Sabía que tenía una baza a su favor aquí: las críticas a la burocracia imperial eran soterradas pero existían. Muchos chinos de prestigio creían que sus autoridades habían sido condescendientes y débiles e incluso corruptas.

– ¿Qué puedes perder con aceptar comerciar con ellos y reunirte de vez en cuando? Hacerlo no modificará tu esencia ni quién eres.

–Temo que el resto de la comunidad me vea como un traidor, alguien que reniega de sus principios. Yo mismo no me siento cómodo.

–No tienes por qué pensar así. Además no creo estés solo, no debes ser el único que considera que seguir comerciando es inevitable y necesario.

–No lo soy… Algunos de mis colegas han expresado su repudio, pero son los menos. Y el Funcionario me ha preguntado sutilmente que pienso de una mayor conexión con el Cónsul inglés.

– ¿Lo ves? Es cuestión de tiempo para que esta situación excepcional se estabilice y se vuelva parte del paisaje. No creo que sea bueno te quedes afuera. Comprometerías el futuro de tu negocio y el de la familia.

Dicho esto dio por cerrado el asunto. Era suficiente, creía haber avanzado bastante más de lo esperado. Claramente el propio Piao lo había estado elucubrando ya y su firme postura debía ayudarlo a convencerse.

Capítulo 4.

1.

El joven Richard Baxter arribó al puerto chino de Shanghái un aciago día de 1845, descompuesto y atribulado por un viaje terrible de semanas, sometido a la furia de los elementos naturales y al desasosiego de su propia alma.

Dejaba atrás Inglaterra, su hogar durante catorce años, a la sazón el único que había conocido y del que ahora había sido arrancado por la fuerza de una orden que venía de miles de kilómetros de distancia. Su madre acababa de morir, presa de incontrolables fiebres y de la soledad a la que la vida de marino y soldado de su padre la habían sometido. Sus últimos ruegos fueron para aquel: aún sin verlo por años, su amor incondicional seguía intacto, por encima incluso del que sentía por su hijo y esto ya era decir.

El dolor hizo nido en el pecho del atribulado muchacho y marcó ojeras que transformaron su rostro, ya de por si flaco, en casi cadavérico. Su prominente nariz, rasgo heredado de su progenitor, parecía así más imponente. Alto para su temprana edad, de complexión delgada pero atlética por los deportes que invariablemente practicaba en el colegio, de finos rasgos y grises ojos, su seriedad siempre había sido su carta de presentación.

Una invariable preocupación por contener a su madre, por protegerla, lo había impulsado desde niño; obligado por las circunstancias a ser el “hombre de la casa”, esa posición solo era modificada las escasas semanas al año que su padre regresaba a tierra.

Esos eran los únicos momentos de felicidad y tranquilidad que recordaba: su madre parecía revivir y recobrar la luz y él mismo podía sentirse un niño y ser tratado como tal, aún a pesar de la severidad que su padre poseía.

Tenía la ventaja de pertenecer a una antigua familia de comerciantes de éxito interesante en Liverpool, lo cual había evitado que sufriera en carne propia las vicisitudes de la pobreza, el hambre o

el frío. Su abuelo materno era uno de los principales mercaderes de la ciudad y le marcaba siempre que la suya era una actividad de riesgo y aventura, solo para valientes.

Durante sus primeros años le encantaba escuchar sus relatos y exabruptos para con sus oponentes y se veía a sí mismo en el puesto. Mas la implacable disciplina militar de su padre, aún desde la lejanía, le marcaba un destino en el mar.

–Vas a ser un comandante como tu papá, Richard–le susurraba su madre con nostalgia–. Tan importante y tan seguro como él, ya verás.

Pero solo pensar en eso le encogía el corazón. Lo único que veía del puesto era soledad y tristeza en su madre y en sí mismo. ¿Eso era lo que quería para él?

El incremento de gritos y movimiento lo sacó de su ensimismamiento. Aquí estaba, había llegado al exótico lugar al que su padre lo había llamado imperativamente. Apenas a días del fallecimiento de su progenitora, cuando ni podía mirar al frente sin derramar lágrimas, la seca misiva lo había sacudido.

No había siquiera asistido en persona a buscarlo y rezar por el alma de quien había sido su compañera; antes bien, sus obligaciones con la Corona, como siempre, habían estado primero.

“Querido Richard,

Espero estés bien, considerando las circunstancias. Me es imposible viajar en el estado de situación que se vive en China y creo que a estas alturas ya no tiene sentido.

Creo que es necesario viajes tú solo y nos reunamos en Shanghái. Ya tienes edad suficiente para trasladarte por tus medios y la Marina británica es segura y confiable. Es tiempo que pensemos en tu futuro y es aquí conmigo.

He agenciado correspondencia a tu abuelo para que te prepare para el viaje y te de los elementos necesarios.

Atentamente,

Tu padre, Fred Baxter”

El matrimonio que lo había custodiado y amparado parte del viaje por encargue de su abuelo, lo conminó ahora a bajar a puerto.

Era el fin de un periplo y el comienzo de otro que no sabía siquiera en qué consistiría o qué le depararía. Ya desde el momento de descender lo asombró el colorido y la enorme afluencia de barcos alrededor del suyo propio. Una vez en tierra continuó asombrándose por el devenir de la gente, que ahora era de distintas razas y sexos. Lo cautivó la suavidad de movimientos y ropas de las mujeres chinas que alcanzó a vislumbrar, cubiertas del sol con coloridos parasoles. Era realmente otro mundo.

– ¡Richard!–sintió su nombre adelante y distinguió a su padre con su uniforme impecable, parado cual estatua flanqueado por tres o cuatro subalternos.

Sintió el alivio que provoca ver a la familia luego de tiempo y en medio de la nada. Ahogó el sollozo y las ganas de correr hacia él para fundirse en un abrazo eterno que lo consolara de la pérdida, la soledad y el miedo. Sabía que solo hubiera sido visto como un gesto de debilidad y su padre los odiaba.

Llegó hasta él y se paró a su frente, haciendo un gesto con su cabeza y extendiendo su mano, que fue suavemente sacudida por su progenitor mientras su mirada lo recorría.

– ¡Dios, hijo, estás en los huesos! Pero esto va a cambiar–con seca voz dio orden a sus marinos de tomar los petates del joven y lo condujo a un carruaje–. Viajaremos directamente a la sede británica donde descansarás unos días. Podremos ponernos al tanto y te contaré como será todo de aquí en más.

Asintió. No podía proferir palabra y sabía que de todos modos su padre era más de ordenar que escuchar.

–Has llegado a China justo cuando la hemos abierto al mundo, hijo mío. La Corona Británica puede darse el lujo de decir que domina ahora todos los mares y puertos. Y verás que este es excepcional, por decir poco.

–Es… tan diferente.

–Es otra vida. Otro pueblo, otra lengua, otra cultura. Pero descuida, tenemos nuestros reductos asegurados y es ingente la cantidad de ingleses que viajan a instalarse. Pronto seremos una colonia interesante que tejerá sus propios lazos.

– ¿Y los lugareños?

– ¿Qué con ellos, Richard?–enarcó una ceja en señal de incomprensión.

– ¿No sienten que los invadimos?

–Pues hacen bien en experimentarlo, porque es exactamente lo que hemos hecho. Pero nada pueden hacer y de todos modos son algunos puertos nada más. Probablemente terminará pasando que seremos aceptados y nos verán como socios que los benefician.

No estaba tan seguro, no creía que ningún pueblo dominado lo disfrutara pero qué más daba.

–Nos instalaremos en la delegación que el Cónsul británico instaló a pocos kilómetros de Shanghái. Estoy encargado de su seguridad y esto me ha alejado del mar por un tiempo, pero es algo transitorio, hasta que alguien más ocupe mi puesto y pueda volver a la fragata. Entonces comenzaremos tu entrenamiento como grumete.

Suspiró internamente. Los días pasados en el interminable viaje le daban la pauta que no era buen marinero, pero no sería un argumento que su progenitor aceptaría.

–Escucha, Richard…

El tono más suave le hizo alzar la cabeza y mirarlo.

–No pienses que no he sentido lo que ocurrió. No ha pasado un día en que no lo lamente. Aunque no lo creas, yo amaba a tu madre y ella lo sabía. Pero mis responsabilidades me llevaron lejos de ella y de ti. Creo que debemos pensar en esta como la oportunidad de conocernos más y mi chance de prepararte para la vida.

El discurso de dicho todo de un tirón evidentemente le costó y era lo más cerca de expresar sus sentimientos que había estado nunca. Algo de lo dicho lo alivió, tal vez porque sabía que era lo único que obtendría de Fred Baxter.

2.

El viaje hacia la sede del Consulado fue breve si consideraba lo extenso del trayecto por mar pero continuó aportando novedad a su vida. Hasta hacía poco tiempo no había hecho un traslado más largo

que unas pocas cuadras por su Liverpool natal y ahora recorría kilómetros por mar y tierra.

De todas formas esto era diferente: la gente, los paisajes, el idioma, todo era de un exotismo fascinante. Luego de instalarse su padre le explicó las reglas de funcionamiento. No estaba allí de vacaciones ni como turista y él era el responsable de la seguridad toda del Consulado, lo que no era una tarea menor considerando que era la primera avanzada extranjera en la región y los chinos no habían aceptado la misma sino a costa de una guerra.

–Verás que los locales son sumisos y amables, pero eso no significa que nos quieran ni estén conformes con nuestra presencia. Tú formarás parte de mi circuito cercano y tendrás como tarea arreglar mi uniforme, preparar mis armas, manejar mis papeles.

–Seré tu valet entonces–rezongó.

–Eres mi hijo, pero debes aprender y te necesito cerca por ahora. Esto es provisional hasta que logre volver a mi posición en el mar. No olvides que me representas, si te avergüenzas me haces quedar mal.

–Haré mi mejor tarea.

–No lo dudo.

Los días transcurrían con rapidez, especialmente porque el ingreso y egreso de gente de distinto origen y tarea eran constantes. Todos tenían algo para pedir u ofrecer al Cónsul y mucho tenía que ver con productos y comercio. La mayoría eran británicos pero se hacían presentes también algunos comerciantes chinos, lo que lo comenzó a habituar al lenguaje.

De hecho el contacto con el personal del consulado, básicamente aquel que tenía menor rango y era autóctono, lo introdujo poco a poco en la cultura. No por interés de ellos sino por observación personal del muchacho. Al cabo de unas semanas tenía una idea bastante clara de las frases coloquiales más básicas pero su intento de practicar chocaba con invariables sonrisas diplomáticas y escapes rápidos. Los chinos no parecían para nada interesados en su esfuerzo por entenderlos mejor.

La primera vez que recorrió la ciudad de Suzhou pensó estar

dentro de un sueño, le pareció maravillosa. Los canales y las coloridas embarcaciones que por ellos circulaban le recordaban lo que había leído alguna vez sobre la ciudad de Venecia. Las delicadas flores y arboledas que adornaban los primorosos jardines perfumaban el aire de una forma delicada que contrastaba con sus recuerdos olfativos de su ciudad natal. Olorosa, ruidosa y negra por el hollín que provocaba el carbón usado como fuente de energía en las fábricas que crecían día en día en Inglaterra.

Su padre le contó que era el centro regional de la producción de la seda, producto preciado si los había a nivel de la industria textil. Objetivo puntual de los comerciantes británicos que pretendían controlar o al menos participar en su tráfico.

–Por eso estamos aquí hoy, Richard. El Funcionario Real ofrece una recepción a nuestro Cónsul para estrechar lazos comerciales y pulir algunas asperezas que surgieron desde que nos instalamos.

– ¿Quién es el Funcionario Real?–preguntó desconcertado por el pomposo título.

–Es la autoridad más importante de la ciudad, que representa los intereses del Emperador en la zona y controla y monitorea que se cumplan sus órdenes.

–Si es una recepción, ¿para qué vienes tú con soldados?

–Porque nunca sabemos las intenciones verdaderas detrás de todo. Y debemos ser precavidos.

Así que el atardecer de un día de primavera lo encontró junto a una pequeña guarnición en las afueras de la residencia del Funcionario. Su padre ingresó acompañando al Cónsul, al igual que un nutrido grupo de notables de la diplomacia y el comercio. Todos habían desempolvado sus mejores galas para el agasajo. A pesar de considerar que estaban en un destino de segundo plano (nunca habría nada como las celebraciones de la alta sociedad inglesa), no dejaban de apreciar una fiesta.

Al cabo de una hora se sintió aburrido y deseoso de conocer algo más del lugar. Su padre le había advertido de no acercarse al sitio del encuentro, pero este era amplio y el jardín que lo rodeaba era gigantesco e invitaba a visitarlo.

Transitó primero por un camino enlosado que serpenteaba entre rocas, árboles floridos y con uno de sus lados sobre un gigantesco ojo de agua en el cual se distinguían vegetaciones variadas. Varios pabellones pequeños con formas originales en techos y puertas llamaron su atención. La profusión de vegetación, agua y construcciones en exquisita armonía lo tranquilizó y maravilló. Sentía a lo lejos la música que provenía del festejo y decidió acercarse un poco. Estaba seguro que el follaje habilitaría su espionaje sin peligro y no podía evitar la curiosidad. Esta lo llevó hasta unos veinte metros de donde un grupo ecléctico de hombres conversaba en un largo pasillo techado, regados por bebidas y bandejas traídas por gentiles y eficientes sirvientes chinos.

El contraste racial y de vestimenta se le antojó hasta grosero. Los hombres ingleses con sus galeras y levitas grises o negras, camisas y chalecos de brillante abotonadura, botas o zapatos bruñidos contrastaban con las túnicas (luego sabría que se denominaban hanfus) de colores vistosos y de brillosa seda que vestían los chinos.

Los gestos y ademanes también los distinguían ampliamente: aparatosas risas, golpeteos de espalda y fuertes estrechones de mano los ingleses; breves gestos con la cabeza o movimientos más medidos en los chinos. Todo esto más allá de la obvia diferencia de color en la piel o forma de los ojos.

Se alejó en silencio cuando hubo saciado su interés, dispuesto a volver con el resto de la guarnición de soldados. El camino lo llevó hacia un puente de madera, una sencilla estructura que cruzaba el espejo de agua de un lado al otro. A punto de atravesarlo vio la niña más bella que jamás había conocido sentada en un banco de frente al agua. Tiraba pequeños guijarros que hacían gorgoteos y levantaban gotas que parecían de plata iluminadas por las farolas.

Tan absorta estaba en esto que no lo escuchó hasta que él estuvo a unos escasos dos metros. El repentino roce de su bota contra una de las maderas del puente la alertó y asustó, actitud solo identificable por el giro de su cabeza y al aleteo de sus párpados. Como impelida por un resorte se incorporó y dispuso a marcharse, mas él se encontraba en su camino.

–No te asustes–le dijo.

Hizo una reverencia y la saludó en su idioma. La inmovilidad de ella lo alentó a continuar, chapuceando burdamente su nombre, a la par que quitaba su sombrero y hacía una reverencia. La única respuesta que obtuvo fue un tímido saludo de vuelta. La nerviosidad fue pronto visible y él solo atinó a hacerse a un lado para dar lugar a la retirada, primero a pasitos cortos y luego casi corriendo de la pequeña.

La miró irse y no pudo dejar de asombrarse del delicado atuendo y exquisitos bordados que la adornaban. No era la primera vez que se topaba con niños chinos, por supuesto, pero ninguna le había llamado tanto la atención, luego de la inicial etapa de acostumbramiento a la nueva cultura en la que se hallaba.

Probablemente fuera familiar de los dueños de casa o de algunos de los invitados, pues su postura y ropajes indicaban que no pertenecía a la servidumbre. La curiosidad pronto se aplacó a medida que avanzaba hacia los suyos y se reincorporaba al batallón de espera. Afortunadamente no fue mucho más lo que debieron aguardar, pues pronto la comitiva regresó y emprendieron la retirada.

Su padre estaba de un humor de perros y esto se notaba en su gesto adusto y los gruñidos con los que respondía a sus preguntas.

– ¿Divertido? Desvarías, hijo. Esto es trabajo, mi obligación y nunca mejor dicho–susurró para que no lo escucharan sus subalternos–. Esto de ceñirse a etiquetas, protocolos y negociados es lo peor que le puede suceder a un marino.

Su progenitor extrañaba el mar, el vaivén del agua salobre, el viento en el rostro, probablemente incluso las tempestades y enfrentamientos con corsarios y otros enemigos. Era un hombre hecho para la acción.

No dejaba de esperar que le llegara la orden de reincorporarse a su función natural, pero no había indicios que esto fuera a ocurrir en el corto plazo.

–Recorrí el jardín, es enorme, maravilloso. Los chinos síque saben crear ambientes–comentó.

Su padre lo miró con estudiada superioridad.

–Un pueblo que se esmera en jardines no puede esperar dominar por mucho. El mundo de hoy necesita más guerreros que jardineros. Es por ello que nuestro pueblo está a la cabeza del mundo.

Recibió en silencio la diatriba. No estaba seguro de preferir un lugar donde los guerreros tuvieran el control.

Capítulo 5.

1–

Jian Li corrió apenas se supo fuera de la vista del extranjero, cubriendo en poco tiempo la distancia que la separaba del lugar donde sus padres la habían dejado mientras se desenvolvían en la fiesta de cortesía para los taipans.

Decir que se asustó era poco; el impacto que sintió al ver al alto y flaco extranjero con sus ojos redondos enormes mirándola, además de su extraña vestimenta, fue tremendo. Sin embargo este se atemperó un tanto al percibir que no parecía tener malas intenciones y de hecho la saludaba con torpeza. No dejaba de tener en su cabeza, no obstante, la advertencia que su padre había hecho sobre los occidentales por lo cual trató de poner entre ambos toda la distancia posible.

Una vez refugiada con otras niñas, rememoró el encuentro y trató de delinear en una hoja el rostro que había visto. Trató de encontrar un color que pudiera reflejar el gris extraño de esos ojos como jamás había visto otro pero fue en vano. Esa mirada la perseguiría por largo tiempo: quieta y callada como una tarde tormentosa.

El viaje de vuelta a casa lo hizo en silencio y sin contar el incidente. No era correcto que hubiera salido de noche y por el jardín, desobedeciendo las órdenes y consejos de sus progenitores. Pero la belleza del agua y los aromas de los florecidos árboles la atrajeron de tal manera que perdió referencia de tiempo y lugar. Era una noche perfecta.

–Estás muy callada, hija–le sonrió su madre–. ¿Ha sido larga y monótona la espera?

Le sonrió sin contestar directamente, apenas con una reverencia de asentimiento.

–Créeme que no ha sido mejor para nosotros, mi querida–suspiró Piao–. Es tremendo los sacrificios que debemos hacer en estos días para que los negocios florezcan y no perdamos lo que nos ha costado generaciones lograr.

–¿Por sacrifico te refieres a estar con los taipans, padre?

–No tenemos muchas opciones, me temo–contestó con abatimiento–. Nuestros propios gobernantes les permitieron la entrada a nuestras vidas. Y helos aquí, llevándose por delante nuestras tradiciones y con el descaro de despreciar nuestra cultura.

–No ha sido tan terrible–sosegó Xian–. Es verdad que apenas gustan de nuestra comida y bebida pero…

–¡Traer su propio menú a una fiesta de agasajo! ¡Es la falta a las más elementales normas de la etiqueta!–rezongócon fastidio–. Y es la prueba que se sienten con derecho a hacer lo que gusten. Y después de todo, ¿por qué no? Si hasta se les ha dado la prerrogativa que no pueden ser sometidos a nuestras leyes.

–Tranquilo, Piao–consoló su esposa–. Debemos ser cautos y aceptar las cosas tal como son. No tenemos forma de modificarlas y sí de perder mucho si no aceptamos los cambios. Después de todo son solo concesiones en algunos sitios.

–Hoy acá, mañana ¿quién sabe? Hemos dejado de ser el Imperio orgulloso, poderoso y justo que fuimos–se hundió en la nostalgia.

Su madre la miró y le sonrió con tranquilidad. De todas maneras le dolía ver a su padre tan angustiado; sabía lo mucho que veneraba la tradición y las costumbres de su patria. Lo veía conmovido y no había otros que culpar que a los occidentales.

La imagen del joven volvió a ella pero esta vez no pudo evitar recordarlo con rencor, focalizando en él la rabia por alterar a su padre. Detrás de la cara de comerciante capaz y eficiente se escondía un alma sensible y sabía que sentía real dolor por lo que estaba sucediendo con su país. Probablemente si no hubiera mediado el espíritu práctico de su madre él jamás hubiera cedido a la humillación que le significaba rendirse a los “taipans”.

Los días y semanas pasaron y el ajetreo de la fábrica aumentaba exigiendo de Piao más horas y labor, por lo cual muchas veces lo acompañaba. Le gustaba estar cerca, conocer en detalle las menudencias del quehacer de la seda o incluso hacerse a un lado y respetar el silencio pensativo de su progenitor.

Le daba oportunidad además de alejarse un tanto de su madre que en los últimos días parecía más obcecada por educarla en las tradiciones, bordado, zurcido, tareas del hogar y otros asuntos que no le interesaban. Las lecciones de modales, vestimenta, peinado y cortesía se hacían monótonas y la letanía era siempre la misma: "Ya es tiempo que te prepares para tu vida futura y pensemos en conseguirte un buen partido".

No tenía nada claro que era eso pero sabía que la idea había comenzado a obsesionar a Xian y la fastidiaba pues le quitaba las libertades que hasta ese entonces había tenido. Por ello se quejaba ante su padre.

–¿Tú crees que es necesario realmente que mamá esté todo el día enseñándome como sentarme, pararme, vestirme? No soy tan pequeña.

–Precisamente por ello considera su obligación prepararte para tu futura vida adulta.

–¿Quiere decir que cuando crezca apenas esas serán mis tareas? Yo quiero ser comerciante y fabricante, como tú. O dedicarme a la caligrafía. O…

–Y serías muy buena, no lo dudo. Pero en este mundo en que vivimos las mujeres tienen limitaciones que a veces cortan sus alas y sueños–le contestó Piao pensativamente.

–Pero ustedes me han permitido aprender mucho.

–No estoy seguro que hayamos hecho bien. Los tiempos que corren son turbulentos y así como a tu madre me parece fundamental aferrarnos a las viejas costumbres. En momentos de tormenta son el faro que nos debe guiar.

No entendía las palabras de su padre, disgustada como estaba con la idea de quedarse encerrada tiempo y de ser una simple ordena–casa en el futuro. Quería aprender, conocer lugares, gente. ¡Era injusto que la obligaran a algo que no era para ella!

No tenía audiencia a quien endosarle sus sentimientos y enojos salvo a Ming, el amable y dulce muchacho que había conocido en su casa oficiando como mozo y que hacía tiempo trabajaba en la fábrica a la par de su madre Tao. Era una oreja atenta y de poco hablar, solo

asentía y sonreía ante sus ideas, pensamientos y acciones. Podía contar con él para que la entendiera.

Su padre permitía esa amistad sin reparos, cosa curiosa si lo hubiera razonado ya que era sumamente cuidadoso con las amistades y personas que se acercaban a su familia. Esto era indicio claro de la confianza que tenía al joven campesino devenido en obrero.

–Mi madre es una tirana, Ming–dijo con fastidio–. Todo quiere imponerme.

–Eres muy pequeña. Las madres están para eso–sentenció mientras cambiaba de lugar productos y objetos.

–¿Tú madre también te dice que vestir, como comportarte, como mirar?–refunfuñó, logrando que sonriera.

–La vida que nosotros llevamos no se parece nada a la tuya–contestó–. Yo he debido trabajar en el campo desde muy niño y ayudar siempre en casa. Visto como puedo, pero sí es cierto que me ha aconsejado siempre como proceder para ir por el mejor camino. Tu madre solo quiere lo mejor para ti, como todas.

El panorama se le hizo aún más confuso al escuchar la conversación entre sus padres una noche cuando supuestamente ya dormía. La sed la obligó a levantarse y si bien sabía que no era correcto el tono casi conspirativo de su madre la hizo detenerse y oír.

–Es tan pequeña, Xian–señalaba su padre.

–Sí y a la vez no–esgrimía aquella–. Fue igual para nosotros y para todos los que forman parte de nuestro círculo, Piao, lo sabes. Tiene ocho años, hay niñas que con siete ya se han comprometido.

–Nunca me ha gustado esa práctica, parece un pacto comercial.

–Casi lo es, pero es práctico y nos permite asegurar el futuro de nuestra pequeña. Sabes que la amo y nunca haría nada que la perjudicara–señaló quejumbrosa.

"¿De qué hablan?" pensaba. Algo que la involucraba, pero no alcanzaba a entender qué.

–Es el mejor partido que podemos conseguir. Muchas han tratado que el Funcionario Real y su mujer posen sus ojos en sus hijas como novias para sus dos niños. Pero somos nosotros los que lo logramos y sin necesidad de casamenteras.

–Lo describes como una competencia.

–¿Te haces una idea cabal de cuán difícil es lograr una buena pareja futura para una niña en estos tiempos? ¿Qué buscas, que quede al azar y al llegar la edad en que todas se casen ella esté sola?

–No es eso…

–¿Qué será de ella sin la adecuada protección, cuando no estemos? Piensa, Piao, piensa. Es lo mejor que le podemos legar.

Escuchó el murmullo que marcaba el asentimiento de su padre y se dirigió con presteza hacia su habitación, habida cuenta que los suyos se aprestaban a dormir. El diálogo danzaba en su cabeza y la hizo poner de pésimo humor. Claramente no había libertad en su camino; su madre estaba trazando con fiereza el mismo.

Pero, ¿casamiento? Todo su cuerpo tembló. Era muy pequeña, no podía ser que ya la hicieran irse de su casa, con otras personas. Los sollozos se ahogaron en su garganta y esa noche apenas pudo dormir. La desesperación hizo nido en su pecho. Al amanecer, corrió a la habitación de sus padres y con desgarrador grito pidió a su madre que no la casara, que era muy joven para irse, que los quería e iba a ser una niña buena.

–Pero, mi amor–dijo una estupefacta Xian, mientras Piao derramaba lágrimas–. Tú te confundes. Ninguna niña se casa a tu edad.

–Escuché… Te escuché anoche y…

–Y eso te ocurre por hacer lo que no debes–la interrumpió con severidad–. Hablábamos de tus esponsales, que es el acuerdo que hacemos los familiares de una niña y un niño para que en el futuro ambos sean esposos.

–¿Cuándo en el futuro?–preguntó entre sollozos.

–Pues cuando tengas diecisiete–le aclaró su padre, rodeando sus hombros en un abrazo.

Esto la tranquilizó en grado extremo: tenía nueve años por delante, toda una vida. Y entonces se sintió avergonzada por su comportamiento.

–Lo lamento, madre. He sido irresponsable.

–Eres muy curiosa, mi niña. Y ansiosa. No es bueno que te

apresures en tus conclusiones. Piensa que solo hacemos lo mejor para ti.

Asintió con la cabeza baja y se retiró con una reverencia. Se mezclaban en su cabeza el alivio por comprobar que su vida no cambiaba y la desazón por haberse convertido, por un momento, en una niña pequeña y caprichosa.

Algunas cosas tenía ahora más claras: a los diecisiete años se casaría y sería con alguno de los hijos de la máxima autoridad de Suzhou. Se preguntó cómo sería él. De seguro nada parecido al occidental que había conocido aquella noche en el jardín.

2–

Piao y Xian se arreglaron con esmero ese día y lo mismo valió para ella. Era una fecha importante para la fábrica: los británicos vendrían hoy a visitarla y su padre no quería que nada saliera mal. Más que nada porque deseaba que aquellos percibieran la perfección y el trabajo eficiente que se realizaba en un centro de producción chino, por puro amor propio.

La novedad lo había molestado en principio, pero los consejos y la presión sutil que el Funcionario ejerció sobre él fueron suficientes para convencerlo. Su fábrica era la más grande de la ciudad y la que probablemente funcionara mejor. Eran muchos años de tradición, el centro fabril venía pasando de generación en generación y Piao era el orgulloso portador del legado familiar.

Esa tarde y con sus mejores trajes Piao y su gerente esperaban con imperturbable rigidez que la comitiva inglesa arribara, situación que se dio a la hora pactada. Si algo había que decir a favor de los británicos era que honraban el tiempo y los compromisos. Si algo había que criticar era la excesiva seguridad con que se comportaban, ingresando al lugar como si fuera propio.

Xian y Jian Li se encontraban metros más atrás y la niña no podía en sí de la curiosidad e interés. Vio avanzar los carruajes y detrás la caballería en impecables uniformes y el gozo la invadió. Los “taipans” serían odiosos, pero tenían sentido del color y el desfile,

cosa que le encantaba.

Del carruaje principal emergieron dos personas, que fueron afanosamente saludadas por su padre y guiadas con diligencia. Detrás, un imponente militar con severa mirada recorría con su mirada todo el recinto y junto a él, el joven que había visto tiempo atrás.

Le sorprendió verlo y respingó. Sintió que un leve rubor se extendía por su rostro y no pudo sostener su mirada cuando la observó con fijeza. Seguramente él también la reconoció. Una vez pasaron delante de sus ojos pudo apreciar su altura y nuevamente sus ojos la desconcertaron. Al ver que le sonreía, bajó la vista con apuro.

Recorrer toda la estructura y describir las tareas así como observar la producción les llevó más de dos horas. En el ínterin y desde un rincón pudo apreciar que una de las dificultades era el idioma ya que quien hacía las veces de traductor con frecuencia se quedaba en blanco, provocando demoras y caras de fastidio en los británicos.

En uno de esos momentos y cuando ella se distrajo vio a su lado al muchacho que la observaba y le sonreía nuevamente. Su rostro se iluminaba y sus ojos parecían cobrar mayor vida cuando lo hacía. No supo qué hacer, salvo una reverencia.

–Buen día–le dijo él con lentitud, sorprendiéndola con su pronunciación–. Me llamo Richard.

No entendió exactamente su nombre, le sonó extraño, pero la cortesía marcaba presentarse también.

–Jian Li–citó con timidez–. Soy la hija de Piao Li, dueño de la fábrica.

Inmediatamente de dicho esto se arrepintió. Tal vez sonó altanera. Aunque a juzgar por la mirada de incomprensión que él le dirigió, esa parte no la entendió.

Afortunadamente pronto su madre estuvo a su lado para ampararla y el joven repitió su presentación ante una imperturbable y poco dada a intimidades Xian. Esto hizo que aquel recuperara su lugar junto al militar, que lo recibió con una ceja enarcada. No parecía soldado, sin embargo. ¿Qué o cuál sería su función? ¿Por qué estaba allí?

–¡Qué conducta más extraña en un taipan! Normalmente solo saludan si pretenden algo–argumentó su madre con extrañeza y desconfianza.

No tenía intenciones de contarle su encuentro previo; ahondaría la imagen de irresponsable que se estaba generando últimamente. En su interior continuó creciendo la curiosidad por él y no dejó de seguirlo con su mirada, incluso cuando subía al carruaje para retirarse. ¡Era tan distinto a los jóvenes que conocía!

–Bien, el circo ha terminado–rezongó Piao–. Me he sentido bajo la lupa de esos extranjeros todo el tiempo. Revisaron y preguntaron cada cosa, cada procedimiento. ¡Cómo si supieran algo del trabajo con la seda! ¡Los chinos hemos sido pioneros y únicos productores por siglos! ¿Qué pueden enseñarnos?–señaló con desdén.

–Más que enseñarte nada, lo que deben querer es reforzar la idea que hoy día son ellos los queponen las reglas del comercio–le contestó Xian.

–Lo sé, lo sé. Es tan molesto. Destilan desdén. ¿Viste la actitud del capitán de las tropas? No dejó de mirar a su alrededor como si esta fuera una sede de bandidos dispuestos a saquearlos.

–Es su tarea, olvídalo ya. Tus deberes se cumplen, por lo que tu posición se asegura.

–Eso espero. Solo quiero trabajar, vender y cuidar de ustedes. Pero parece que cada día surgen condiciones y problemas nuevos.

–Estamos bien y esto seguirá así–tranquilizó Xian–. Solo haz lo que debes.

Capítulo 6.

1–

Richard sentía que las semanas y los meses transcurrían a una velocidad increíble. Probablemente esto estuviera conectado con lo ocupado que estaba y el hecho que todo era novedad a su alrededor, al menos al comienzo.

Que estuviera bien atareado fue algo que su padre se encargó con presteza. A su inicial descripción de un trabajo abocado a su servicio personal le agregó posteriormente el de cadete o muchacho de los mandados del Cónsul y sus asesores. Esto implicaba por tanto levantarse cuando aún el sol no salía para alistar ropas y enseres, asegurarse que el desayuno se sirviera de acuerdo a los dictámenes de su exigente progenitor, más un largo etcétera.

Luego seguía generalmente un largo periplo por la zona de las tropas y revisación de la misma, tomar nota de todo lo que se necesitaba a nivel de municiones, vestimenta y alimentos, acompañar a las autoridades en sus recorridas por los pueblos cercanos y tanto más. Esto era de hecho lo que más le entusiasmaba pues le daba la posibilidad de conocer nuevos lugares y gente.

Le impresionaban el colorido formidable, las costumbres, la comida, el idioma. Tenía una facilidad nata para estos y la atención constante a todos los retazos de conversación en chino, sea de autoridades, empleados o quien se cruzara en su camino fue haciendo que su dominio del mismo mejorara cada día. Tanto así que poco a poco se fue formando una idea clara de los negociados que británicos y chinos tenían, así como accedió a detalles que a veces los intérpretes pasaban por alto.

El segundo año de su estancia en el país podía decirse que ya estaba empapado de la cultura china. Le gustaba y fascinaba de hecho y no podía entender como los diplomáticos de la legación se quejaban constantemente y asumían la tarea de relacionarse con sus pares chinos de manera sarcástica. La superioridad desde la que miraban a

la región y sus habitantes les hacía perder la posibilidad de generar vínculos más duraderos y amistosos, creía él.

Aunque no parecía haber diferente actitud del otro lado, al menos lo poco que podía acceder. A menudo sorprendía conversaciones entre los empleados asalariados o comerciantes que acudían al Consulado. Normalmente eran de fastidio y los insultos para los "taipans" como él, eran esgrimidos cuando creían que nadie los escuchaba o comprendía. Como la mayoría de los británicos no se molestaba en estudiar o aprender el idioma, se creían a salvo.

En realidad lo estaban con él, no tenía intenciones de demostrar lo bien que entendía los diálogos. Además, ¿quién iba a interesarse en sus dichos? Para la mayoría de los que convivían con él era el encargado de hacer todo lo que los demás no querían o podían.

Detestaba esa parte, además de cansarlo. No veía la chance de mejorar su puesto. No tenía grandes ambiciones, en realidad últimamente apenas tenía tiempo de pensar o soñar. En su Liverpool natal solía sentarse a mirar el agua y pensarse como un viajero incansable, un aventurero en la jungla, un descubridor de nuevas tierras y pueblos, un científico de importancia. Aquí, su padre decidía qué hacía y por cuánto tiempo.

El ánimo y genio de aquel habían ido empeorando con los meses. La certeza de que pronto sería sustituido por personal idóneo en seguridad terrestre y podría volver a su puesto en el mar al frente de su amada fragata, fue naufragando ante la inminente realidad. No era factible que en el corto plazo algún militar de rango llegara; la mayoría estaban movilizados en la conquista de otras tierras en África y Asia, extendiendo los dominios de Su Majestad Británica.

Había escuchado en dos oportunidades cómo inquiría al Cónsul acerca de esto y los rodeos que este realizaba para tranquilizar a su padre, pero veía la desilusión crecer en él y esto se convertía en amarga diatriba y quejas constantes acerca de su desempeño. La mayoría las recibía en silencio y sin chistar, aún cuando por dentro su espíritu y mente eran un vendaval de sensaciones. Se estaba comenzando a cansar de ser el foco de su catarsis pero a la vez temía por aquel y por sí mismo. ¿Qué sería de su vida si su padre no

estuviera? Era, hoy por hoy y en aquel lejano pedazo de mundo, su único bastón y a él se aferraba.

No lo hacía solo por instinto de sobrevivencia. Amaba a su padre, como se puede amar a alguien que demuestra tan poco lo que piensa o siente. Admiraba su entereza, su trabajo, veía el respeto que sus subalternos le tenían. Era un hombre hecho para mandar y para la acción. Por ello entendía que la rutinaria y monótona sucesión de los días en un lugar que no comprendía ni le gustaba fueran erosionando su carácter.

Los momentos en que se lo veía más apasionado eran los de las maniobras de prueba de combate y armamento, esas que él mismo detestaba. El olor intenso de la pólvora, la humareda, las corridas y enfrentamientos de práctica para mantenerse alerta y preparado frente al enemigo llenaban por unas horas el día y lo ponían de malhumor.

–Debes acostumbrarte a esto, Richard–sentenciaba su padre–. Es la manera de aprender a manejar las armas y aprender estrategia. Todo soldado lo debe hacer.

–No me interesa ser un soldado.

–Serás un marino, por supuesto. Pero en el mar también se lucha y mucho. Batallas cruentas y sin cuartel. Es importante que sepas como se carga un arma, como se limpia, afinar tu puntería. Cuando estemos en mi fragata, cosa que espero que sea pronto, hay miles de detalles que son propios de la vida en el mar y en una embarcación de guerra que debes aprender. Pero tenemos que aprovechar este tiempo para que mejores tus habilidades con la munición.

La diatriba era seca y no esperaba réplica, evidentemente. No podía gritarle que no quería ser marinero; su destino estaba ya trazado y torcerlo era imposible. Así que poco a poco y a pesar de su repudio, él mismo se transformó en parte de las maniobras. Dejó de ser espectador del humo y el ruido para verse en el medio, perdido y lloroso al comienzo, sin saber adónde ir o correr, empujado por aquellos que se suponían sus compañeros de armas. Pronto su natural instinto lo guió y la observación serena de los otros le permitió aprender a aprontar su arma, limpiarla, cargarla, dispararla.

Los meses de trabajo fueron dando frutos y pronto se convirtió, a pesar de su corta edad, en un tirador promedio que seguía instrucciones y luchaba aceptablemente. La presión era grande: como hijo del jefe estaba siendo mirado y desafiado constantemente pero la mayor carga provenía justamente de su padre. No le bastaba el suficiente o el promedio: exigía más y más, tanto que sus días comenzaron a recargarse de ejercicios y estudio de estrategia y armamento.

Su natural inteligencia y habilidad le permitieron mejorar y alcanzar los estándares de su progenitor el tercer año de estadía en China y para ese momento su comprensión del idioma se convirtió en esencial. El Cónsul necesitaba con presteza un traductor y su nombre le fue sugerido. Es que hacía buen tiempo que su buen manejo del dialecto solucionaba los problemas domésticos de comunicación en el Consulado.

La decisión no agradó especialmente a su padre pero viniendo de la máxima autoridad del lugar no argumentó. Para Richard fue la oportunidad de descansar del asedio al que se sentía sometido y además realizar una tarea que le gustaba y en la que se encontraba cómodo.

2–

El nuevo rol lo hizo sentir más tranquilo y seguro aún cuando había momentos de tensión en la tarea. El absorbió intuitivamente y por inmersión el lenguaje y básicamente la parte más coloquial del mismo. Había una enormidad de vocabulario técnico por aprender y a esto se abocó.

Los primeros trabajos fueron en realidad sencillos, pues involucraban acompañar a ejecutores menores del comercio y solicitar datos y detalles de mercancías, lugares y precios. Poco a poco su cuidadosa preocupación por la traducción literal y pulida, así como su forma práctica de salir airoso de situaciones complicadas a nivel del diálogo, lo fueron haciendo el preferido en su labor. Tanto así que pronto estaba asistiendo directamente al Cónsul.

Su ánimo mejoraba y también su auto estima, aunque el intento por contagiar la alegría a su padre o lograr de él un halago chocaba contra una muralla de mala onda.

–Esta es una tarea menor y temporal, Richard. No es tu destino, recuérdalo. ¿Qué gloria puede haber en cambiar palabras y negociar?

Anhelaba una oreja dispuesta a escucharlo, un consejo cariñoso, una palmada de aliento. Extrañaba a su madre y al resto de su familia. Había logrado hacerse de buenos compañeros y camaradas, pero la mayoría era mayor que él y sus conversaciones no traspasaban los temas de las armas, la bebida o las mujeres. Pese a no compartir tanto sus intereses, su necesidad de vínculos más cercanos lo llevó a salir con ellos en las oportunidades en que se les daba libre.

Con ellos aprendió a beber y por ellos se ganó sus primeros arrestos a rigor. Vano intento el suyo de negar ante su padre la evidente ebriedad que el beberaje, extraño y dulce a su paladar virgen de alcoholes, habían producido. Lo mal que se sentía su cabeza y estómago se completó con su desazón al escuchar las crudas palabras que le fueron dedicadas.

–Pobre de espíritu es aquel que bebe para olvidar sus penas o deberes, muchacho. El alcohol solo embrutece.

–Solo me divertía–intentó alegar en una inútil defensa.

–¿Qué diversión puede haber en anegar tu cuerpo y tu cerebro de vapores? He visto buenas personas, excelentes marinos terminar como despojos por una absurda obsesión por la bebida. Pienso que alguien tan inteligente como tú lo tendrá en cuenta.

La realidad es que se sentía terrible y las pullas de sus colegas de turno no habían colaborado. Pero se sentía impelido a acompañarlos, aún cuando cada vez se fue haciendo más hábil para tomar con moderación sin sentirse apartado. Su personalidad se forjaba lenta pero inexorablemente como la de un joven con límites claros y que no aceptaba desafíos sin sentido, como los que las primeras veces lo hicieron cometer errores.

El que más lamentaba era el cometido en el fumadero de opio en Suzhou. Se había negado a entrar al comienzo; estaba bien advertido de lo que era esa droga y los efectos que provocaba. Su

padre, los diplomáticos mismos y algunos chinos habían hablado en múltiples ocasiones sobre los beneficios comerciales tremendos que su tráfico dejaba y no ignoraba que era lo que había provocado la guerra con los chinos. Más nunca había apreciado sus efectos de la manera tan brutal como aquella noche, al cumplir los diecisiete.

El frugal festejo que su padre le dedicó, apenas una sonrisa y un brindis en la cena, lo dejó con ganas de más y por ello la invitación de dos soldados fue tan bien recibida.

–Bueno, compadre, ¡esta noche tenemos que celebrar! Y sabemos justo lo que necesitas, de hecho es algo que te va a encantar.

Normalmente todas las salidas comenzaban con estas muletillas, así que no le extrañó. Los acompañó hasta la ciudad de Suzhou y allí pronto se vio dentro de un lugar que lo desconcertó primero y lo impactó después. El humo dulzón dilató las fosas nasales, fuerte se abrió camino por la garganta y se escuchó tosiendo y lagrimeando. La recorrida le fue mostrando mesas y divanes con hombres de todas las razas y colores, aún cuando muchos eran chinos, tirados sobre mesas y sillones aspirando el humo de largas cañas. Apenas se escuchaban murmullos de conversación y las miradas eran vacías, como las de aquellos que no están de pie en la realidad. En algunos casos eran casi despojos tirados sobre esterillas, sollozando y alucinando por más.

No pudo resistir más tiempo la imagen de degradación humana y a pesar del mareo y el intento de sus compañeros para que probara su cuota parte, salió al exterior buscando que el aire fresco lo aliviara y clarificara. “He aquí el costo humano del tráfico que hacemos los comerciantes de su Majestad Británica. Pobres almas”, pensó con rabia y dolor.

El ruido y las bromas de sus compañeros lo siguió al rato y los intentos de convencerlo de continuar el festejo se hicieron insistentes. Para él la noche estaba arruinada y a lo único que aspiraba era a dormir.

–Esto era solo una introducción, ¿no creerías que este era tu regalo?

–Tenemos algo preparado y a esto no te vas a poder negar–

azuzó otro–. Conocimos tres chicas, bellas chinitas que están de acuerdo en hacernos algo de compañía. No pueden más de la curiosidad por conocer a los taipans y le hablamos muy bien de ti.

Esto era nuevo y excitó sus sentidos. Hacía buen tiempo que soñaba con conocer alguna mujer; de hecho tenía sueños bien eróticos y sentía la necesidad creciente de desfogarse. Su experiencia era limitada y no iba más allá de algunos escarceos y toqueteos con la pelirroja Sarah, allá en Liverpool. Ella había sido la primera que lo había besado y aceptado de buen grado sus abrazos y besuqueo casi infantil.

Los relatos groseros de algunos de los soldados se habían completado con el voyerista momento que lo inmovilizó detrás de la puerta de una de las cocinas del Consulado, hacía algunas semanas. El rubicundo segundo a cargo de la legación hacía de las suyas entre los senos voluptuosos de una de las mucamas. Esa que siempre lo miraba con una sonrisa torcida y no cesaba de decirle lo grande que se estaba poniendo. El obeso británico sostenía su desnudo seno con una mano, blanco y redondo, mientras lamía el pezón y succionaba cual sediento. Su otra mano se perdía en la grupa de la fémina, explorando sus intimidades entre la enormidad de telas que los separaban. A punto de irse pero temiendo hacer ruido al realizarlo, vio como ella se subía las faldas y mostraba sin recato sus redondeces al hombre, que enloquecido ya la daba vuelta y le incrustaba su pene pequeño y duro entre las carnes, moviéndose hacia atrás y adelante.

Notó su propio miembro tenso y la garganta seca, mas la conciencia que la mujer lo miraba directamente, burlona y de boca abierta, lo hizo sentir en falta. El recuerdo de esto lo excitó más y se sintió preparado para experimentar, por lo cual los siguió como cordero.

El lugar al que entraron ahora era mucho más sobrio; fueron recibidos por una dama china muy compuesta que mediante reverencias los condujo a una habitación con muchas alfombras, almohadones y biombos. El rojo y dorado predominaban en la decoración. Su entusiasmo inicial se fue diluyendo para transformarse en pánico al aparecer las jóvenes. Todas jovencitas, aún cuando era un

tanto difícil precisar sus edades dada la inexperiencia cultural. Brillantes trajes y complicados peinados daban marco a sus blancos rostros, maquillados sus labios en un brillante rojo.

Las bebidas aparecieron en forma inmediata y las risas se apoderaron del rincón donde habían sido ubicados. Sus compañeros rápidamente acapararon a las dos más osadas, en tanto él quedó sentado al lado de la que tenía aspecto más frágil. Sus facciones delicadas, gráciles manos y cuerpo bonito lo atrajeron de inmediato. Por todos los medios trató de esbozar alguna conversación interesante pero apenas monosílabos escapaban de su boca, contestando las amables y medidas preguntas que ella le realizaba. Se sentía un tonto absoluto, pero el terror lo atenazaba. Se sentía capaz de enfrentar las diatribas de su padre y realizar las maniobras bélicas más arriesgadas mas no de seguir educadamente la conversación de la desconocida.

Al cabo de un buen rato sus colegas habían desaparecido por sendas puertas y solo quedaron ellos dos y las bebidas. Aún cuando se había prometido beber con moderación, el momento lo llevó a aturdirse en una absurda búsqueda de ayuda en la botella. Cuando su mente nublada lo hizo sentir más calmado, se sintió con fuerzas para asentir ante la invitación de la muchacha para ir a un sitio más privado.

La habitación era casi minúscula, apenas con una cama, un biombo y una silla como muebles. Se sintió amedrentado a la vez que su deseo se fue incentivando con la imagen de la bella joven que lo ayudaba a quitarse saco, botas y pantalones y los doblaba prolijamente sobre la silla. Se sintió desnudo y la vergüenza hizo ruborizar su rostro. De todas maneras la muchacha ya estaba detrás del biombo, quitando su ropa.

Totalmente desnuda y sin ningún pudor avanzó hacia él, que intentó levantarse en un torpe gesto de cortesía pero los nervios le jugaron una mala pasada y tropezó. La sonrisa muda y divertida de ella se traslució en sus ojos. Tomó sus manos y lo condujo al lecho, acariciando su espalda y su pecho alternativamente, trazando líneas en sus brazos y piernas, admirando su cuerpo blanco. Lo invitó a hacer lo mismo tomando sus manos y posándola sobre sus caderas. Para ese

instante, Richard estaba exaltado y encendido, por lo que siguió sus instrucciones y tocó con suavidad su piel, tersa y amarillenta.

Sabiamente ella lo fue guiando a explorar rincones y con gentileza le susurraba en su idioma, de tal forma que lo condujo hasta la apasionada concreción de su primera experiencia sexual. Satisfactoria, placentera, un momento que recordaría por siempre y repetiría con frecuencia de ahí en más. No solo como forma de satisfacer necesidades sino porque esa noche y las siguientes recibió una versión del sexo que no era la occidental.

Sería ella, hábil cortesana de la pasión quién convertiría en discípulo al "taipan" y de aquí en más y durante mucho tiempo le enseñaría los misterios y delicias del sexo, al que los chinos consideraban parte del orden natural de las cosas, instancia donde el yin, esencia sagrada de la mujer se activa y a la vez el hombre la absorbe, fortaleciendo su salud y vitalidad.

Desde entonces nunca practicaría o pensaría en el sexo como en una necesidad animal o una simple pulsión a satisfacer con urgencia, sino como en un rito cuasi sagrado y de disfrute total, por lo cual sería, para las varias parejas ocasionales que el futuro le depararía, el "amante ideal".

Capítulo 7.

1–

El paso de los años y la comprensión que los “taipans” habían llegado para quedarse fue agriando el carácter de Piao a la vez que le complicó algunas tareas. Su vista comenzó a fallar y su memoria le jugaba malas pasadas, por lo cual fue necesario que Jian lo ayudara y acompañara.

Atrás había quedado su niñez y era ya una madura adolescente de catorce años hacia 1848, año a partir del cual debió estar presente en las audiencias que su padre tenía con el Funcionario Real o con comerciantes extranjeros. Se las arreglaba siempre para estar en las sombras, sirviendo el té o trayendo papeles, en el medio de los cuales colaba sugerencias o recordatorios caligráficos a su padre de lo que debía ser dicho o acordado. Su tarea era fundamental pero también era menester que los demás no detectaran la decadente función de Piao, pues implicaría que lo dejarían de lado y por tanto los negocios serían afectados.

Las protestas primarias de Xian se acallaron al percibir la urgencia de la ayuda y la delicadeza con la que esta se efectuaba. Temía en un principio que la familia del futuro esposo viera a su hija demasiado liberal y cancelaran los planes de boda, pero esto continuó firme y establecido.

La fábrica implicaba dura tarea y necesitaba manos masculinas que ordenaran el personal y las labores y para esto Piao confió en Ming. Sabía que sus fuerzas menguaban y aunque no sentía que la muerte lo rondara ni nada por el estilo, comenzó a preparar al muchacho en las funciones que él cumplía. Quería que aquel fuera el baluarte de su hija cuando tanto él como Xian no estuvieran y confiaba que el vínculo de sangre que los unía, del que tenía constancia Ming sabía, estrechara la relación.

Confiaba en la madurez, inteligencia y voluntad de Jian, pero sabía que el mundo afuera era competitivo y los comerciantes,

especialmente los extranjeros, no verían en una mujer a una rival o colega. Era menester que una cabeza masculina fuera visible y la acompañara. El futuro debía trazarse con cuidado y tiempo, pensaba el hombre.

El paso de los meses y años le fue demostrando que no se había equivocado. Ming se convirtió en un eficiente trabajador y luego jefe, a su vez sombra de las necesidades de Jian, a la que evidentemente adoraba y veneraba. Sus propias palabras relataron sus sentimientos, una vez que Piao decidió ser más claro en sus intenciones.

–Eres un buen hombre, Ming, y un trabajador incansable. Me alegra que estés junto a mí.

–Nunca voy a poder agradecerle lo suficiente lo que ha hecho por mí, señor Piao. Usted me dio la oportunidad de mejorar mi vida y la de mi madre, alegrando los últimos años de la misma.

–No es nada que no te hayas ganado, hijo. Y también tengo mis intereses creados. Yo… confío en ti mucho, creo que puedes ser una ayuda fundamental para mi Jian cuando ya no esté. Tú sabes, los años pasan y vivimos épocas tumultuosas.

–Es así, pero usted debe estar tranquilo. Siempre estaré al lado de la pequeña Jian, es casi como si fuera de mi familia, tanto la aprecio.

–Ambos sabemos que lo que dices tiene gran parte de verdad, muchacho.

Ming asintió y bajó la mirada, no atreviéndose a explicitar en voz alta aquello que era un secreto antiguo y que había unido los destinos de ambas familias.

–Al recibir a Jian tuvimos el mejor regalo que un matrimonio puede tener. Es una joven maravillosa. Sé que cuidarás de ella y la ayudarás siempre que puedas. Eso me da tranquilidad.

Esta conversación labró un compromiso que desde entonces sería honrado por Ming.

Afortunadamente para los negocios de la seda, los occidentales necesitaban cantidades ingentes y las compras no paraban de crecer. Sin embargo esto implicaba largas horas de pláticas y regateos en diálogos agotadores por lo confuso de los idiomas y por lo malo de las

traducciones. Esta situación agotaba a Piao y lo posicionaba internamente en contra de tales ventas, aún cuando no osaría desconocer las órdenes y deseos del Funcionario.

Las cosas tendieron a mejorar cuando un nuevo y joven intérprete comenzó a trabajar en las reuniones. Las frases más fluidas y la mejor pronunciación dieron un respiro y habilitaron encuentros más breves y fructíferos, lo cual no dejó de ser un gran alivio.

Para su sorpresa el citado muchacho se acercó en una de esas oportunidades, ya culminado el encuentro y le solicitó con amable tono y respetuosas frases la posibilidad de visitar de tanto en tanto la fábrica y acceder a sus materiales caligráficos. Se había enterado por otros comerciantes de su hobby por ese arte y le interesaba conocer más.

No pudo negarse dado el extremo interés que aquel demostró, además de su temor a predisponer los vínculos con una cerrada negativa. No estaba en su espíritu integrarse con los occidentales pero no veía salida, por lo cual habilitó la visita con una reverencia cortés. Ya vería cómo hacer para desalentar las intenciones de aquel.

–¿Has escuchado, hija?–inquirió a Jian, que había permanecido varios metros atrás y sentada.

–Sí, padre. El occidental parece realmente interesado en aprender más de nosotros.

–¿Y para qué crees que sea? Factiblemente buscan destripar toda nuestra cultura y necesitan acceder a nuestra riqueza escrita–rezongó y la joven sonrió.

–Poco probable es que pueda destruir la cultura de nuestro pueblo, que tiene milenios, porque tú le muestres algo de tus trabajos caligráficos, padre.

–¡Todo lo quieren, todo lo invaden! Y nosotros debemos acceder, sonreír y aceptar.

Jian se acercó y tomó su mano, buscando consolar a su compungido padre.

–Tranquilo. Ambos sabemos que la caligrafía es tu momento de paz. Pero nada pierdes con mostrar y enseñar algo de lo que sabes a alguien que te lo pide con cortesía.

–Los peores lobos se esconden bajo las pieles de cordero– sentenció mientras ayudaba a su hija a levantar papeles y daban por finalizada la tarea de la jornada.

–Mañana será otro día, padre. Tal vez tengas suerte y el occidental se olvide de lo que te ha pedido y otro interés invada su mente.

2–

Jian había asistido con sorpresa a la llegada del inglés a la reunión y observó con profundo interés su labor. Lo recordaba con precisión, aún cuando los años habían transcurrido. Su cuerpo más compacto y fuerte, su cabello y su actitud más compuesta y formal, pero los mismos ojos. Le pareció que la reconocía también, pero luego espantó la idea de un saque. ¿Qué recuerdos podría tener un joven occidental de una niña que había visto una noche junto a un lago?

Seguramente ni siquiera ahora la había visto con interés, su quietud en las reuniones a veces era tal que pasaba a sentirse parte del mobiliario. Era condición para no estorbar a su padre y poder continuar con la ayuda. Solo intervenía para alcanzar algo y ante pedido de Piao.

Esa posición le permitió apreciarlo en toda su dimensión. Admiró su buen talante y su correcta pronunciación, aún cuando algunos términos debían ser corregidos. Sus manos eran grandes y algo callosas, no tan delicadas como las de los comerciantes que acostumbraba a ver. Se enteraría luego que entrenaba con dureza todos los días.

El interés por la caligrafía lo percibió como un intento por mejorar sus conocimientos del idioma y potenciar sus habilidades como traductor. Factiblemente no percibía a esta como lo que era para los chinos: un arte, pero era el primer occidental que conocía que le importaba saber algo más del lugar donde estaban sin que implicara expoliarlo. Su visión de los extranjeros no había cambiado y el hecho que conviviera con ellos en un ambiente donde todo era mercancía no ayudaba a que esto mejorara.

Esperaba realmente que el occidental se presentara. Quería conocerlo más de cerca, saber más de él. Por alguna extraña razón, le atraía. Sabía que era algo tonto y quizás tenía que ver con esa fascinación que nos ejerce lo desconocido, pero ahí estaba esa sensación de querer ver más, de profundizar.

Por ello le alegró internamente el anuncio al otro día que el señor Richard Baxter estaba en la puerta de la fábrica y pedía respetuosamente hablar con el señor Piao. Su padre se quedó de una pieza, no esperaba tanta celeridad y lógicamente aspiraba a que no volviera. Mas allí estaba: sombrero de copa, levita, pantalones y botas altas.

–Disculpe usted el atrevimiento y la urgencia, señor Piao– inclinó su cabeza luego de quitar su sombrero–. Pero la ansiedad pudo conmigo y quise aprovechar su amable ofrecimiento.

Jian sonrió ante la expresión, pues sabía que su padre, detrás de la máscara que era su cara, estaba pensando que no había existido ofrecimiento alguno.

–Temo que mi padre esté un poco sorprendido y no ha tenido tiempo de preparar nada para mostrarle–acotó ella ante el silencio que su padre se negó a romper.

–Me disculpo nuevamente–sonó compungido–. Claramente la ignorancia de las más elementales normas de cortesía tienen este efecto. Debí suponer que era demasiado pronto.

–No queremos que su presencia se desperdicie. Padre, si te parece, guío a nuestro invitado por la fábrica hacia la zona de descanso. Hay allí algunas obras antiguas que están encuadradas y pueden servir.

Su padre dudó pero ella asintió, buscando impartir confianza que era la forma de salir del paso. Invitó seguidamente al joven a que fuera con ella y lo condujo hacia la citada sala. No eran gran cosa; apenas libelos que instaban a los empleados a la higiene y los buenos hábitos, pero sabía le interesarían.

–Lamento lo inoportuno de mi proceder–comentó su interlocutor–. Agradezco su disposición.

–Espero serle de utilidad–dijo ella con calma.

La timidez que había sentido al comienzo se fue diluyendo. Se sentía cómoda junto a él. Al llegar al lugar, le mostró las obras y le fue comentando su contenido. Vio su desconcierto y lo alentó a preguntar.

–¿Qué le preocupa, señor Baxter?

–Es un poco difícil de interpretar y entender. La parte de hablar ha sido relativamente fácil de adquirir para mí. Pero estos signos y su significado…Necesitaría años para descifrarlos.

–La caligrafía es difícil de practicar y entender. Para nosotros es un arte. Y como tal lo veneramos y respetamos.

–¿Usted practica, como su padre?

Ella asintió. Le deleitaba el interés que él le demostraba y no pudo evitar pavonearse con sus conocimientos.

–Es usted una joven muy adelantada. Tenía entendido que las mujeres chinas tenían bien definidas sus tareas y no pasaban por los negocios o el conocimiento.

Su cara debió traslucir el fastidio que sus palabras le provocaron, pues él rápidamente y con apuro intentó desdecirse o explicarse.

–No quise ser ofensivo.

–No lo ha sido–respondió con calma–. Es la posición que tenemos en las mujeres en todas las partes del mundo, creo yo sin haber viajado mucho. Después de todo, sus compatriotas no hacen mucho más que preparar cenas, trajes y cuidar a los niños, ¿o me equivoco, señor Baxter?

La sonrisa iluminó la faz del nombrado y quitó la seriedad de su semblante y ojos. Su respuesta no le había parecido atrevida, al parecer.

–¡Touché, señorita! Esto es que me ha vencido con su argumento–le explicó ante su cara de incomprensión ante el término usado–. Pero créame que la clase media y baja trabaja mucho en mi país, las mujeres a la par del hombre, muchas veces.

–Pues aquí también, es la condición de la sobrevivencia.

El diálogo se había puesto serio pero él lo matizó inmediatamente con su atención a los escritos. Decir que le hizo preguntas no hace justicia al verdadero cuestionario, casi

interrogatorio al cual la sometió. Todo quería saber: signos, significados, forma de trazar, instrumentos. Por momentos quedaba sin palabras; le resultaba más fácil mostrar que describir. Es por ello que la conversación la terminó llevando a invitarlo a su casa para mostrarle una sesión caligráfica. Inmediatamente que lo propuso se arrepintió: su padre estaría furioso, su madre ni que hablar. ¿De dónde salía esa locura de invitar a un desconocido y peor aún, extranjero, a la morada?

Pero el brillo de los ojos de Richard demostraron su alegría y la aceptación fue inmediata.

–¡Qué generosidad de su parte! ¡Por supuesto, encantado iré! ¿Cuándo sería apropiado?

–Pues tal vez la semana próxima.

–Será mi placer y estaré pendiente.

Terminada la visita y las muestras que realizar y averiguados datos de su residencia, el inglés se retiró en un mar de agradecimientos y gentilezas. Ella quedó quieta con la sonrisa estampada en el rostro hasta que se perdió de vista. Una vez sola, se tumbó en una silla. ¿Qué había hecho? ¿Estaba loca? Sus padres iban a poner el grito en el cielo y querrían evitar la situación.

Mas esto no era sencillo. Era echar por tierra todas las reglas de cortesía y hospitalidad. Era arriesgarse a una mala reacción del británico y una queja formal. Sin pretenderlo y sin pensarlo realmente, había puesto a su padre en un aprieto.

“Es solo una visita y mostrarle algo básico”, pensó. “Una sola oportunidad. Tal vez pueda ser de utilidad y todo. Mejorar la visión que Piao tiene de él y ablandar su postura. Esto lo haría tomarse las cosas con menos gravedad y asumir que el país cambia”. No ignoraba sin embargo que esto iba a provocar una tormenta.

No se equivocó. Fue primero con su padre, debía contarle como había ido todo y ponerlo en antecedentes de la próxima visita. Había tratado de posponerla varios días para darle oportunidad de arreglar el asunto.

–¡Lo has invitado! ¡Con qué autoridad o por qué razón, lo ignoro! Tú eres una chica sensata, Jian. Sabes que es mejor quedarse

fuera del radar de los extranjeros y solo conectar con ellos si es necesario. Estamos en una situación de difícil equilibrio.

–Es necesario que nos vinculemos para que nuestra fábrica pueda seguir produciendo, tú mismo lo has dicho.

–Así es. ¡Pero no implicaba llevarlos a nuestra intimidad! ¿Sabes cuanta gente nos observa ya con reprobación por los vínculos que tenemos con ellos? Involucrarlos en nuestra vida diaria no es bueno ni necesario.

Jian agachó su cabeza en señal de comprensión. En nada de eso había pensado al cursar impulsivamente la invitación.

–Padre, lo lamento. Solo quise mostrar la disposición de la familia.

–Ya es tarde para eso. Lo hecho, hecho está. Veremos cómo lo decimos a tu madre. Pero debes prometerme una cosa: una vez, solo una vez.

Asintió con fuerza. Lo menos que buscaba era indisponer a su padre o exponer a su familia. La guiaba la curiosidad, el interés. No estaba acostumbrada a tratar con muchachos, ni siquiera de su nacionalidad, excepto los obreros de la fábrica. Aún así, estos eran contados: la mayoría eran hombres adultos o mujeres. Tenía pocas amigas, si es que se podía llamar tales a las hijas de las señoras que tomaban el té con su madre. Y con ellas el diálogo no era muy fluido, habida cuenta que su educación más liberal la alejaba del interés por bordados, flores o peinados.

Xian se había preocupado por enseñarle todo lo que una señorita de la alta sociedad de Suzhou debe saber y aunque obedecía y cumplía con esmero y era buena en ello, su cabeza e interés estaban en otro lado.

–Esa cabecita tuya debe dejar de pensar tanto y soñar– rezongaba su madre–. Demasiados aires te hemos dado, me temo. Pasas preocupada por temas que son más de la incumbencia de los hombres.

Su natural rebeldía hacía que cuestionara el statu quo, la cultura establecida y la posición tradicional de la mujer, tanto que a veces asustaba a Xian.

–¡Debes dejar de decir esas cosas, Jian! ¡Las cosas no van a cambiar porque tú quieras o lo digas! Hay tareas que han sido siempre de los hombres y la política como el comercio son ejemplos.

–Puedo pensar que se puede cambiar, madre.

–¡No quiero escucharte decir eso delante de nadie más, jamás! ¡Solo comprometerías tu futuro, nadie quiere escuchar a una mujer quejosa que no cumple con su rol! Sería la peor de las catástrofes que te expresaras así delante del Funcionario Real o su esposa.

–Madre…

–¡No quiero que nunca hables de nada de esto! Mucho tiempo ha llevado la concreción de tu compromiso con su hijo y esos vínculos pueden ser rotos si detectan tu innecesaria rebeldía!

–Demostraría que no son los adecuados…

–¿Adecuados? ¿Te parece que no he sopesado y considerado eso noche tras noche? ¡Tu felicidad y tu futuro han sido mi desvelo, Jian. ¡No existe nadie más adecuado!

Solo recordar estos diálogos le hizo morder los labios y moverse inquieta. Seguro su madre tomaría su actitud como una afrenta y una más de sus rebeldías incomprensibles. No era esa su intención. Ese occidental había trastocado su pensamiento.

Sabía que detrás de todo estaban su curiosidad y sobre todo el interés por charlar con alguien cercano a su edad, diferente en su pensamiento pero también… atractivo. Quería verlo una vez más, apreciar sus rasgos, conocerlo. La atraían su voz, sus ojos, la manera de moverse. Tenía una natural apostura que le provocaba sensaciones que no alcanzaba a precisar. Pero le gustaban.

Tal como lo previó, Xian pasó del asombro a la furia en cuestión de minutos.

–¡Te has vuelto loca, hija! Traer un desconocido, un “taipan” a la casa. Sin argumento ni excusa creíble alguna. ¿Qué dirán nuestras amistades? ¿Qué pensará el Funcionario y su mujer cuando se enteren?

–Tal vez lo mejor sería no decirles–argumentó con voz algo baja, generando la mirada helada de su madre.

–¿Crees que es lógico arriesgarse a que crean que estamos

buscando otros candidatos para ti? ¿No te das cuenta del fangoso terreno que pisamos, verdad? La sola idea que tú puedas manchar tu reputación por suponerte vinculada con otro joven, me pone mal.

A esta altura estaba asustada por su reacción. Ella no estaba haciendo nada incorrecto, solo había invitado a un muchacho a la casa para mostrarle como trazar signos escritos. Y sus padres serían testigos de ello, como la servidumbre.

–No he hecho nada malo, tal vez me equivoqué en la ansiedad de dejar bien parada a la empresa y a papá ante el extranjero…

–Debes ser más inteligente y pensar en tu futuro. Estás a tres años de contraer matrimonio; pasar a ser la dueña de tu casa y formar tu familia. Tú sabes, por más que quieras cambiar las cosas, que una mujer sin familia es como una hoja en el viento. Solo la seguridad que tu padre o luego un esposo te pueden dar, son vitales para conservar tu posición y privilegios.

Agachó su cabeza y asintió en señal de comprensión y rendición. No tenía argumentos que rebatieran eso. A pesar que su soñadora cabecita hacía buen tiempo se venía preguntando por su prometido. ¿Cómo sería: alto, bajo, flaco? ¿Qué le gustaría hacer, de qué le gustaría hablar? Era extraño para ella no saber nada de alguien que sería su esposo, con el que debería compartir la vida.

–Ha sido así siempre, Jian–le había dicho varias veces Xian–. Mira, Piao y yo no nos conocíamos previo al casamiento y aquí nos ves. Hemos sido felices, nuestras vidas han prosperado. Porque nuestros padres fueron sabios a la hora de pensar en nuestra unión. No será diferente para ti.

No estaba tan segura. No porque desconfiara de sus progenitores, sino porque ellos mismos decían que eran otros tiempos. Pero más allá de sus dudas, en tres años sería la esposa de un desconocido.

La situación finalmente se resolvió con la decisión de Xian de que se aceptaría la visita del occidental solo una vez y por un tiempo razonable. Ella misma comunicaría la situación de manera anecdótica a las otras mujeres, pero insistiendo en que la invitación había sido cursada por Piao y ante la demandante actitud del occidental. Era la

mejor manera de salvar posibles susceptibilidades.

Jian suspiró. Le gustaba verlo nuevamente, por última vez. Esto aún cuando probablemente la visión sería fugaz, ya se encargarían de ello Xian y Piao.

Capítulo 8.

1–

Richard se encontraba exultante. Comenzaba a encontrarle el gusto a su estancia en China. El trabajo aliviado pero también más cerca de sus intereses que era la traducción, más una vida sexualmente más activa lo hacían sentir renovado y con energías. No veía la hora de aprender, conocer los intrincados vaivenes del dialecto para perfeccionarse y ser más valorado.

Esto lo alejaría además de la dura disciplina militar que su padre le imponía diariamente y lo forzaría probablemente a torcer su despótico dictamen sobre ser un marinero. Richard no era un joven imberbe ni se arredraba ante las dificultades o el trabajo duro, pero detestaba el conflicto y lo peor en que podía pensar era en días y semanas arriba de barcos mecidos por olas o tormentas y enfrentados a piratas.

La convicción que su nuevo rol podía ser un camino alternativo al de su padre fue el que lo impulsó a aprovechar la oportunidad que ese fabricante, Piao, significaba. Manejar el idioma en forma oral pero también escrita le implicaba una función más completa, ser de mayor utilidad en el Consulado.

La renuencia que encontró en el hombre al visitarlo en su fábrica lo desconcertó y le hizo ver que tal vez había sido demasiado atrevido o invasivo. Sin embargo, la actitud de extrema gentileza de su hija contrastó con aquel y le infundió de nuevos ánimos, cosa que se potenció con la invitación a su casa.

Era apenas una adolescente, pero sus maneras amables y su conversación inteligente eran sumamente agradables. Rasgos de una delicadeza difícil de describir, parecía una frágil flor inserta en un exquisito traje de seda labrado. Admiraba la pulcritud, alegría y fineza de la vestimenta china, tan diferente a la suya. Pero en ella cobraba una especial vivacidad, más que caminar parecía flotar. Cuando hablaba, sus labios finos pero muy bien delineados parecían acariciar

cada palabra que salía de ellos. En síntesis, una bella chica. Y muy dispuesta a compartir los conocimientos de su cultura, cosa que agradecía.

No comentó sus intenciones a su padre cuando le solicitó permiso para acudir a Suzhou la siguiente semana, y ante la demanda de aquel explicó que quería conocer mejor la ciudad. Lo miró con desconcierto pero lo autorizó.

No sintió que le mentía; a aquel nada que no tuviera que ver con la disciplina militar le interesaba y seguramente si le explicaba sus objetivos argumentaría en contra, incluso poniendo trabas. Estaba aprendiendo a lidiar con él.

Le costó un tanto encontrar el lugar y provocaba extrañeza en quienes lo cruzaban. En varias oportunidades tuvo que preguntar por indicaciones y al hacerlo podía percibir la curiosidad e incluso la hostilidad de algunos chinos. Por momentos dudó de lo acertado de su decisión. Había escuchado varias veces comentar a sus compatriotas que no era bueno desplazarse solo. Había resentimiento y odio en muchos chinos, que los veían como lacras invasoras.

Para su alivio, pudo alcanzar la vivienda de Piao Li y la primera vista provocó su admiración. Era una bella vivienda, al estilo chino tipo pagoda, colorida y rica en contrastes, circundada por frondosa y florida vegetación. Pudo apreciar un pequeño lago con puente primorosamente decorado.

Fue recibido por una silenciosa mujer que lo guió hasta una sala donde lo aguardaban Piao, con su mujer recostada en una silla y más atrás Jian, en un segundo plano y con rostro circunspecto. Lo formal de la situación lo enervó un tanto y musitó unas palabras de agradecimiento. La mujer lo miraba con quieta y seria expresión, envuelta en sedas y con un complicado peinado coronando su testa. Abanicaba su rostro con calma y de lo que pudo apreciar sin ser grosero, le llamó enormemente la atención lo diminuto de sus pies, antinatural.

Piao le indicó sentarse y se colocó frente a él, dejando detrás suyo a las mujeres, cosa que lamentó. Le hubiera encantado que Jian hubiera participado, probablemente la conversación hubiera sido más

natural. Se sentía como un insecto atrapado en la tela de una araña o a punto de ser claveteado para estudiar. Sacudió la idea de la cabeza y trató de mantener la compostura. Él había pedido asistir y era lógico que lo recibieran con frialdad: además de desconocido era un extranjero.

–Agradezco su profunda benevolencia, señor Piao Li. El tiempo que me dedique lo atesoraré como de aprendizaje extremo, se lo aseguro.

–Sea bienvenido a mi morada. No suelo recibir a gente vinculada con mis negocios aquí. Por mi hija y a su solicitud he aceptado en esta oportunidad.

Con impecable cortesía el hombre le indicaba que la suya era una intrusión que solo se permitiría por esa vez. Asintió con firmeza y volvió a agradecer.

–Le enseñaré alguno de mis trabajos y le mostraré como trazo algunos de los símbolos. Un ejemplo de algo que se demora años en dominar. Pasaremos al lugar donde me dedico a ello.

Precedido por el anciano ingresaron a una estancia escasamente decorada. Mientras miraba y admiraba trazos, vio que su interlocutor sacaba sus zapatos por lo cual él también quitó apresuradamente sus botas. Desentonaban con la habitación, de hecho todo él se sentía fuera de lugar allí. Presintió que tal vez era uno de los objetivos de Piao.

Sin embargo, cuando el hombre tuvo delante suyo el papel y la tinta, su actitud cambió. Se lo notó más liviano, más cómodo. Trazó y trazó explicando uno a uno los signos que iban quedando estampados con impecable maestría. Admiró la sutileza de la mano que escribía y la belleza de una escritura que escondía poesía en cada voluta, en cada línea. Pronto él mismo se encontraba distendido, solo preso de la voz que contaba y describía miles de años de tradición escrita.

Al cabo de un buen rato, se encontraba abrumado por la multiplicidad de detalles a considerar pero encantado del nuevo mundo que le estaban ofreciendo. Lamentó internamente que solo fuera a ser una lección de una vez; Piao era un maestro nato.

–Y así, joven taipan, es como se practica la caligrafía–la serena

voz del hombre lo sacó de su ensimismamiento–. ¿Tiene usted dudas?

–Miles, maestro, pero lógicas de un desconocedor. Me ha mostrado usted algo increíble, que me encantaría conocer y dominar. Entiendo que lleva mucho tiempo.

–Diríamos que toda una vida. Yo mismo comencé muy joven y me he preocupado por mostrarle a mi hija desde pequeña como hacerlo.

–Su hija es una niña muy despierta. Lo felicito y vuelvo a agradecer su generosidad.

Se levantó entendiendo que el hombre daba por terminada su lección y su presencia en esta casa ya no tenía sentido. Sin embargo, hizo una última tentativa.

–¿Conoce usted alguien que enseñe esto de manera sistemática?

–Algunos. Pero solo a chinos.

La aclaración lo puso en su lugar. Era un arte chino para chinos. Él era apenas un extranjero.

Calzó sus botas y siguió al hombre hasta la salida. Pasó frente a la mujer, que seguía en el lugar con el rostro pétreo, aunque ahora bordando. Sus ojos buscaron a Jian mas no la encontraron. Tuvo la sensación que expresamente evitaban que la pudiera ver.

Al salir agradeció nuevamente la lección ante un imperturbable hombre que solo dio rastros de escuchar con un pequeño asentimiento. Cuando la puerta se cerró tras él, aspiró la libertad que implicaba el aire libre. Sintió en carne propia el no ser parte del lugar, la hostilidad. Pero el conocimiento adquirido bien lo valía.

Era demasiado para procesarlo, solo podía pensar en encontrar escritos, algún manual, algo que lo guiara a ese terreno en el que acababa de incursionar. Por otro lado y mientras se alejaba, experimentó cierto desasosiego al pensar que la visión de la adolescente le había sido expresamente negada. No por desinterés de ella, que se había mostrado conversadora y amable en la fábrica. Probablemente los convencionalismos y la desconfianza hacia él y todos los extranjeros en general.

Miró nuevamente hacia el prolijo y bello jardín, buscando guardar la imagen de sosiego para sus momentos de inquietud y

entonces la vio. Estaba acodada sobre el puente, mirando fijamente el agua como si esta le susurrara algún secreto.La escena le recordó otra, años atrás, de la pequeña niña tirando piedras al agua. La misma sensación de paz y ternura lo invadió, mezclado con otra que no pudo describir. Se alegraba de poderla ver una vez más, aún cuando no más fuera a la lejanía. Entonces ella levantó su vista y lo miró, dedicándole una tibia sonrisa, para luego bajar tímidamente la vista. Sería una imagen que atesoraría y repetiría en su mente durante meses.

2–

Lo vio alejarse con lentitud, su paso algo desgarbado pero firme. Lamentaba no haber podido cruzar palabra, estar más cerca. Sus padres habían estructurado una férrea pared que había satisfecho los deseos de conocimiento del inglés pero le habían frustrado cualquier intención, si es que la hubiese tenido, de generar un vínculo más estrecho con los miembros de la casa, ella incluida.

Cuando su madre le pidió retirarse a su habitación, lo hizo con obediencia, pero no pudo evitar asomarse discretamente al lugar donde la ceremonia de la caligrafía se estaba llevando a cabo, pues eso era para su padre. Notó que esta tenía el efecto calmante de siempre en aquel y que le permitía dispensarle una maravillosa lección al extranjero, que devoraba con fruición toda la información, datos e imágenes que le eran proporcionados. Le emocionó la profunda concentración de su mirada, que acentuaba con su postura semi sentada pero encorvada hacia adelante, pendiente de todos los gestos de Piao.

Sintió de pronto la necesidad de ser ella la que estuviera en esa situación, que fuera a ella a quien el joven admirara. Se avergonzó de su pensamiento: él no era más que un desconocido que buscaba información y ella nadie.

Se retiró en silencio en busca del refugio que constituía el pequeño jardín. El agua la tranquilizaba, le permitía pensar y equilibraba su espíritu. Este se encontraba inquieto hacía un tiempo y el extranjero no había hecho más que reforzar la sensación.

"¿Qué me pasa? ¿Por qué mi alma y mi corazón no encuentran sosiego?". Sabía que parte de la respuesta partía del hecho que su vida tal como la conocía tenía fecha de caducidad. En poco tiempo pertenecería a otra familia, a un hombre que no conocía pero al que debería obedecer sin peros. Junto a sus padres era feliz y todo lo libre que puede aspirar a ser una joven. No ignoraba que la consentían más allá de lo que otros padres hacían con sus hijas. ¿Qué sería de ella en el futuro?

Mientras observaba al hombre retirarse, admiró y envidió la libertad de moverse, recorrer y de elegir que tenía. ¿Sería así con las extranjeras, también? ¿Podrían disponer de su vida y decidir por sí mismas? Le había dicho que no lo creía, pero tal vez otro mundo, otra forma fuera posible.

Cerró sus ojos y respiró con lentitud, una y otra vez. Nada conseguiría con angustiarse ni desesperarse, su destino estaba trazado. Le costaba aceptarlo, pero no estaba dispuesta a discutirlo. Sería destruir los sueños de sus padres y comprendía la verdad de sus palabras.

Sintió la voz de Piao tras de sí y se volvió con una sonrisa.

–El taipan se ha marchado–le informó–. No ha sido tan terrible como esperé. Se lo vio atento y muy interesado. Incluso quiso saber quién podría enseñarle, pero lo desalenté. Ningún chino que se precie daría lecciones a un inglés, sería como manchar el arte.

–Me alegro, padre. Ahora todo vuelve a la normalidad.

–Así es–sonrió Piao confiado.

El transcurrir de los días asentó la rutina aún más y confinó a la muchacha cada vez más a las labores domésticas. Veía renuencia en su padre a que volviera a sus tareas en la fábrica y no entendió al comienzo el cambio. Luego la luz se fue haciendo más clara: no quería que pudiera volver a tener contacto con el extranjero, pero acotaba su libertad.

"No es justo; esto es cosa de mi madre. Ese casamiento y su miedo a que algo lo malogre está haciendo que pierda todo interés por dejarme ser yo misma", pensaba. Era como cortar las alas a un pájaro al que habían enseñado a volar, al menos en una pajarera bastante

grande, porque no se hacía la ilusión que su vuelo era de altura.

El pasar del tiempo la asfixiaba y la constreñía a sus bordados y caligrafía, así como lecciones de comportamiento que se repetían una y otra vez. Precisamente en uno de los momentos en que practicaba sus trazos sobre el papel se le ocurrió la idea. La asociación de esto con la visita de Richard Baxter era inevitable y la asaltaba sin acertar a explicarse por qué.

Era demasiado joven para interpretar que lo que sentía era un profundo flechazo por el joven, una afinidad que atravesaba cualquier prurito o prejuicio que su joven mente pudiera tener. Esa misma atracción la llevó a pensar una osadía, que tenía mucho de rebeldía contra su situación actual.

"¿Por qué no?" se dijo la primera vez que se le ocurrió. Luego pensó múltiples razones en contra de tal idea, entre ellas la lealtad a sus padres y la lógica, además de su seguridad. Además, ¿qué interés podría tener el inglés en recibir lecciones de una chiquilla, casi una niña?

Pero su natural tozudez, que emergía pocas veces pero cuando lo hacía era importante y nublaba su buen juicio, la hizo decidirse finalmente. "Solo será una lección, le demostraré que soy tan buena como mi padre. Y tendré unas horas de libertad."

Durante días maduró e imaginó posibles escenarios en los cuales sus alocados planes se pudieran ejecutar, pero no veía salida ni oportunidad. Luego de algunas semanas se convenció que era solo una idea sin fundamento, pero entonces Ming fue su salida.

Este solía traer documentos o muestras desde la fábrica para evitar que Piao se trasladara de tanto en tanto, pero la decisión de sacar a Jian de su rol lo convirtió en la mano derecha indiscutible por lo cual cada vez se lo veía más a menudo. En ocasión de una importante reunión con operadores comerciales extranjeros pasó por la casa a instruirse de la tarea que antes hacía Jian y tuvo oportunidad de conversar con él y a medida que lo hacía un intrincado plan tomó forma en su mente.

Sabía que el muchacho era absolutamente leal a su familia y un buen amigo, más que un empleado. Sentía una especial conexión con

él que iba más allá de su natural don de gente. Pensó mucho antes de decirle lo que pretendía, pero optó finalmente por ser sincera.

–Ming, tal vez veas a un inglés que se llama Richard Baxter. Hace la tarea de traducción generalmente. Él se ha mostrado muy interesado en aprender caligrafía.

Él la miró, asintiendo y esperando que continuara. Su fuerte no era la charla y no la malgastaba innecesariamente, sabía que si Jian deseaba algo concreto se lo pediría.

–Vino una vez por nuestra casa y se mostró muy interesado en tomar lecciones. Si puedes verlo solo y con discreción, dile que le ofrezco enseñarle los trazos. Sería una vez.

El hombre la miró con seriedad y casi sin expresión en el rostro. Pero supo que dudaba.

–¿Qué ocurre, Ming?

–Su padre, mi señor Piao, ¿conoce esta oferta y está de acuerdo?

–No, Piao–no tenía sentido engañarlo–. De hecho si lo supiera pondría el grito en el cielo y lo impediría. Como me está impidiendo ir a la fábrica, ayudarlo, salir, respirar… Vivir, Ming, me está limitando vivir, ¿puedes entenderlo?

Unas lágrimas de impotencia escaparon y rodaron por sus mejillas.

–Usted sabe que debo lo que soy a su padre. Me duele en el alma traicionarlo.

–¡Traición, dices! Ming, yo amo a mis padres. Solo quiero un poco de espacio, charlar con alguien diferente, sentirme útil.

–Los taipans son peligrosos y no de confiar.

–No creo sea el caso de este, pero de todos modos solo quiero mostrarle mis trazos y preguntarle sobre su mundo. Sería una vez, en uno de los parques, tú podrías estar presente y de hecho me gustaría.

–Si mi señora Xian se entera que yo…

–¡No ha de enterarse! ¿Por qué habría de hacerlo? Además, será solo una vez. Ni siquiera es relevante, Ming. Pero para mí sería como brisa fresca en medio de un sofocante encierro.

Notó que dudaba y arreció sus súplicas, hasta que obtuvo de él

el compromiso de que trasmitiría su mensaje. Con renuencia, con más dudas que certezas, pero quebrado por el pedido urgido y su ansiedad de contentarla.

No sería la última vez que Ming sería el fiel trasmisor de sus deseos y también el guardia incansable de sus actos y decisiones. El único hombre, aparte de su padre, al que confiaría su vida sin dudarlo.

Capítulo 9.

1–

–¡Apunta arriba! ¡No has mejorado nada tu puntería!

Los gritos impedían que se concentrara y aumentaban su malhumor, que de todas formas no alcanzaba puntos de comparación con el permanente estado de furor de su padre. Richard suspiró internamente; su trabajo le daba las necesarias bocanadas de aire para sentir que su vida iba por otro carril, pero su padre le hacía pagar esos momentos de libertad con fiereza.

Había ocasiones en que sentía deseos de enfrentarse con él y dejarle claro sus sueños e intereses, forzarlo a reconocer que ser marino no era su sueño. Pero sabía que sería inútil y solo contribuiría a hacer más amargas sus tareas. Su padre no creía en la libertad de conciencia, sino en las responsabilidades y en las oportunidades.

–Mi presencia en este páramo al menos servirá para que tú puedas entrar a la Marina por la puerta grande. Tienes la oportunidad soñada por muchos.

"Excepto por mi" se decía internamente.

Sabía que su progenitor lo arrancaría de las tareas que realizaba sin ningún pudor, pero el respeto por el Cónsul lo impedía. Por ello cada vez que era requerido para una tarea iba agradecido. Sus momentos de solaz eran sus esporádicos encuentros con Lian, la joven meretriz con la que había debutado sexualmente hacía algunos meses. Ella representaba la única cuota de sensibilidad en su vida; sus gráciles manos masajeaban sus doloridos músculos con pericia propia de una mujer más anciana y su boca recorría, acariciaba y exploraba, llevándolo por terrenos desconocidos hasta entonces. Sabía que era un placer compartido por otros, pero qué más daba.

Pocos avances había logrado en sus intenciones por dominar el idioma chino por escrito. Tal como le había informado Piao, no encontró a quien recurrir, por lo cual pese a sus deseos desechó la idea de aprender.

Las reuniones en Suzhou eran poco frecuentes, el tráfico intenso fue aceitando las relaciones y no era tan necesario pactar cargamento a cargamento. En una de esas veces volvió a interactuar con Piao, que se mostró indiferente y reticente al diálogo. Estaba con un muchacho joven, ahora su ayudante. Evidentemente había postergado a su hija en las tareas. Se preguntó cómo habría tomado esta la decisión; parecía una joven eficiente y decidida.

Al culminar la sesión y cuando se alejaba, sintió tras de sí unos pasos y al darse vuelta vio a su lado al joven chino, que reverencia mediante le dijo:

–Señor Baxter, disculpe mi intromisión. Pero tengo un mensaje.

Se sorprendió. No conocía al hombre ni se le ocurría que podía ser.

–Mi amita, Jian Li, desea le diga que si aún sigue interesado en aprender los trazos chinos, lo espera la semana próxima en el Jardín del Humilde servidor. Cuando el sol esté ya sobre el horizonte.

Dicho esto se retiró, dejándolo sorprendido y extremadamente confundido. Pero prontamente su ánimo se pobló de entusiasmo. He ahí una excelente noticia, que decidió agradecer a Piao. Entonces razonó que si este deseara que viera a su hija le diría personalmente. Y su actitud cortada y desinterés contrastaban con la invitación.

Por tanto, esta era una decisión individual de la joven. ¡Qué osadía y qué desafío a su padre! Admiró su temple, aunque inmediatamente el buen tino lo llevó a repensarlo. Seguramente ella no había analizado bien la situación. Aún cuando era una noticia maravillosa, iría y la convencería que solo le traería problemas.

Los días subsiguientes los pasó enredado entre sus deberes y las discusiones con su padre. Pero la perspectiva de ver a la joven lo movilizaba. Era apenas una niña, pero casi la única voz genuina, clara y simple que había escuchado en China desde su llegada. Un oasis de calma. “Tonto, solo la has visto una vez” se reprochó. “Dos, corrigió. Pero sé reconocer la belleza cuando la encuentro. ¿Es mucho pedir poderla admirar?”

El día pactado fue uno igual de ajetreado que el resto y se retiró del campamento sin avisar a su padre. Estaría muy contrariado, pero

poco importaba. Justo coincidió con uno de los carruajes que partía a la ciudad a buscar vituallas y no quiso desaprovecharlo. Llegó antes de lo pensado, pero lo permitió ubicar el lugar y apreciar la llegada de la joven.

Flanqueada del muchacho que le había trasmitido el mensaje y que lo miró con fijeza y seriedad, lo saludó con una reverencia, a la cual correspondió. Su bello rostro refulgía y su complicado peinado daba marco perfecto a las delicadas facciones. Una flor única y exótica, tan distinta de las aparatosas damas emperifolladas de la corte del Cónsul. El fru fru de la seda finísima de su kipao la había precedido; una combinación de tonos verdes, rosas y azules con la naturaleza como decoración daban cuenta una vez más de las maravillas que los autóctonos podían hacer con tan exquisita fibra. "Pero es ella la que le impone su elegancia" se dijo. Admirable en una chica de tan corta edad. ¿Catorce años?

–Buen día y gracias por su invitación, Jian Li. Me sentí muy honrado y no pude en mí de alegría al saber que podría saber algo más de la caligrafía.

–Se desu interés y por eso estoy aquí–le señaló con suavidad–. Desafiando un tanto los deseos de mi padre y tal vez a la razón misma, pero me ha conmovido su interés por nuestra cultura.

Tal como había pensado, su padre ignoraba que estaba aquí y eso atizó su inquietud.

–Lo menos que deseo es que mi obsesión, ya a esta altura, con la caligrafía, le ocasione problemas con su familia. Créame que me apenaría mucho.

–Dejemos eso. He traído algunos apuntes que tengo de mis primeras lecciones y le mostraré lo básico para que pueda practicar. Luego será cuestión que use usted este viejo manuscrito y podrá avanzar.

La miró conmovido. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por ayudarlo de una manera tan intensa y desinteresada. Más allá de su quieta belleza, de por si arrebatadora, se notaba la pureza de su espíritu. Pero también una personalidad firme: ahí estaba, en pleno desafío a los designios de Piao Li.

–Esto que ve son los enseres básicos de un buen calígrafo– explicó mientras desenvolvía una seda y la extendía sobre el banco en el que estaban sentados.

Apreció cuatro pequeños pinceles, de distintos tamaños y dimensiones, mientras ella le explicaba:

–Son de pelo de cabra, los preferimos a los de pelo de lobo. Cada uno traza diferente, pero con el tiempo verá usted que todo está en quien realiza los trazos y su muñeca.

Luego desenrollo un papel amarillento, unos rectángulos parecidos a sellos y una piedra.

–Papel de arroz, bueno y absorbente. Y la tinta. Solo debe mezclarla con agua, más o menos de acuerdo a la densidad que desee. Así– le mostró el procedimiento.

Toda su atención estaba puesta en el proceso, pero no podía evitar que sus ojos derivaran a la boca de la cual emergían las palabras, creando una cadencia casi mágica. De ahí en más su memoria auditiva no olvidaría esa voz y ese tono.

–Y aquí, en estos papeles, los signos más simples y sus variantes. Cópielos tanto como sea posible, hasta hacerlos sus amigos. Cuando domine los trazos básicos, verá en el viejo manual que son la base de todo.

Una lección maravillosa de una excelente y joven maestra. A pesar de ser varios años mayor, se sintió apenas un niño que sorbía los conocimientos de alguien más viejo y sabio.

–Amita Jian–sonó la voz del joven acompañante–no podemos quedarnos más. Su papá le dijo un paseo corto y su mamá va a estar preocupada.

–Tienes razón, Ming. Debemos irnos.

–Antes de retirarse…–le dijo impulsivamente tomando su mano, que fue rápidamente y nerviosamente retirada.

Vio el gesto de alarma del llamado Ming y comprendió. Era un extranjero desconocido para él que tomaba impulsivamente a una niña de la mano. Se retiró y realizó una reverencia.

–Me disculpo por mi efusividad. Me pasa cuando la ansiedad me sobrepasa. Usted me ha hecho muy feliz hoy, señorita Jian Li. Me

ha dado la llave para un conocimiento que deseo mucho. Y sé que para ello ha debido ir contra sus principios. Soy un eterno agradecido.

Dirigió sus ojos a Ming.

–Gracias a usted también, se nota que quiere bien a su amiga.

–Adiós, señor Baxter.

–No la volveré a ver–señaló con tristeza visible en su rostro.

–No–bajó la cabeza e hizo un mohín de pesar–. Mi vida está cambiando y lo hará más. Pronto será el momento de mi casamiento y debo prepararme de la mejor forma. Al menos eso dice mi madre y he de atender sus consejos. Suficiente rebeldía ha sido esta.

Se retiró con presteza siempre con el joven detrás cual escudero de un caballero medieval. Supuso que él había sido la excusa y tal vez única forma de salir de su hogar. Gran confianza debían tenerle para que así fuera.

Se sintió acongojado a pesar del tesoro que ella le había regalado y tenía en sus manos. Se notaba en Jian el desaliento por un futuro que factiblemente y de acuerdo a sus palabras, le era impuesto. En cierta forma los aquejaba la misma situación: almas libres amarradas por los deseos de sus padres, que dictaban sus órdenes y señalaban caminos. Solo que esos caminos eran sus vidas.

2–

Avanzó por el camino interno del espeso jardín sintiendo su espíritu más ligero. Había logrado lo que se había propuesto, había podido verlo y conversar con él una vez más, pesara a quien pesara. Le dio objetos que sin duda serían de utilidad mayúscula si proseguía en su interés, pero además cargados de sentido. Eran utensilios personales, a los cuales se sentía afectivamente atada. De algún modo le había dado un trozo de ella, aunque sonara ridículo y jamás le confesaría algo así. Solo se permitía reconocerlo ante sí misma.

Breve pero intenso había sido el encuentro y trató de grabar en su mente cada gesto, cada rasgo para preservarlo de la erosión del tiempo. No lo vería más, sería un recuerdo feliz que atesoraría para los momentos de amargura, cuando estos sobrevinieran.

–Ming–le habló con cariño–. Has sido un amigo por demás fiel. No tengo palabras para agradecerte.

–Amita, ha sido un paso peligroso. La reputación de una mujer se mira con intensidad y un encuentro con alguien desconocido puede malinterpretarse.

–Lo sé. Pero me sentía atada, casi prisionera en casa. De algún modo mi madre se las ha arreglado para que viva en una bonita jaula decorada. Y me asfixio.

Él asintió con pena.

–Lo hace por su bien, tiene temor que su destino no pueda concretarse.

–Un destino que trazan otros. Es difícil la vida de una mujer, Ming.

–Créame que es aún más difícil la vida de un pobre campesino o de alguien sin respaldo. Eso desean evitar sus padres, amita.

Sabía que tenía razón y hablaba por experiencia, por lo cual calló. No alcanzaba a calibrar con exactitud las penurias y miserias de los menos afortunados que ellas pero su padre solía mencionar su precariedad y era cautamente generoso cuando podía.

Al llegar, una impaciente Xian la asedió con sus tareas. Cada vez más delegaba en ella responsabilidades de la casa buscando prepararla para cuando fuera dueña de la suya.

–Debes asegurarte que nunca falten los alimentos, que el fuego esté encendido, que la leña sea suficiente, que los objetos de buena suerte no falten ni se estropeen, que los trajes estén dispuestos…

Mil y un detalles minúsculos requerían la atención y el cuidado y nada podía interesarle menos. El correr de los meses y la rutinaria repetición la habrían hecho languidecer si no hubiera tenido su arte y la danza como refugios. Esta última siempre había estado presente en su vida pero de manera esporádica. A Xian le fascinaba bailar, pero el sacrificio en aras de la estética que significó la modificación de sus pies le impedía hacerlo con gracia. Era una de las cosas que más lamentaba y que había tenido en cuenta al luchar por mantener a su hija intacta.

Siempre había creído que era una paradoja que esa moda se

hubiera iniciado precisamente entre aquellas que tenían como función el baile; creía que había sido el golpe de gracia a su arte. En su afán por refinar aún más a Jian, contrató para ella una profesora que le enseñara los pasos más básicos y que la instruyera en los movimientos y la música. Para la joven significó una vía de escape a la realidad y la rutina. Tenía una gracia natural que se impulsaba por su constancia en la práctica. Tenía el tiempo del mundo, pensaba, mejor sería dedicarlo a algo que llenara sus sentidos. Las dulces melodías la transportaban a mundos de paz y armonía, eran ella y la Naturaleza conectadas. Volar, girar, desplazarse, brillar: todo eso era danzar.

–Serás la esposa perfecta–se jactaba su madre, emocionada al verla–. Nuestros esfuerzos habrán valido la pena.

Ella giraba sin descanso y asentía sin oír. Para ella no era un instrumento de conquista o para un fin práctico; bailar la completaba. Al menos durante ese lapso de tiempo era libre.

En varias ocasiones sintió el impulso de volver a encontrarse con Richard. La excusa de conocer sus progresos era suficiente y sabía que contaría con la ayuda de Ming, aún a regañadientes. Pero la prudencia la contenía. La situación política no era sencilla; eran tiempos revueltos donde los rumores de levantamientos en las provincias soplaban con fuerza. El emperador Sien Fen, de la dinastía reinante Manchú o Quing, perdía cada día mayor credibilidad empujado por las sucesivas concesiones que había ido dando a los extranjeros. Franceses y norteamericanos llegaban y exigían el mismo trato que tenían los ingleses. Esto había abierto la otrora inexpugnable China a los apetitos imperiales de los más fuertes.

Aún quienes se estaban beneficiando económicamente con la conexión extranjera no confiaban en la estabilidad del sistema. Al tambalearse la autoridad real de Pekín también y con más fuerza lo hacía la de sus más leales aliados y funcionarios. Todo esto consideraba y compartía Piao a la interna del hogar, con creciente temor y pesar.

–El Funcionario Real siente falta de apoyo en un sector de los nuestros. Nota displicencia y aún falta de lealtad en sus subordinados. Le he expresado nuestro total y absoluto respeto así como respaldo.

–¡Es terrible!–se estremecía Xian–. Solo podemos esperar que todo se estabilice y vuelva a la normalidad. Nuestro Emperador pronto tomará cartas en el asunto y acallará con fuerza a aquellos que no obedecen.

–Tal vez–contestaba dubitativo su esposo–. Pero muchos temen que esto sea algo sin retorno.

Dar un solo motivo de queja o poner en peligro el prestigio y la honestidad de su padre con una acción desmesurada y alocada, solo atribuible a capricho, no estaba en la cabeza de Jian. Sin embargo y casi como si el destino se empeñara en reunirlos, el encuentro fue inevitable. Este ocurrió precisamente en el lugar donde Jian acostumbraba a comprar los enseres para su padre y ella misma destinados a los trazos caligráficos.

Normalmente prefería asistir en lugar de su empleada porque le gustaba probar la textura de los papeles y probar los pinceles. Estaba en esa tarea en uno de los rincones de la atestada tienda cuando sintió la voz del inglés. Inconfundible, profunda, raspando las palabras del dialecto con su tono extranjero. Su corazón pareció detenerse y al mirar vio la imagen que solía recordar cada noche.

El cabello más largo y ensortijado, su tez más curtida, su espalda más ancha. Su presencia llenaba los espacios del reducido recinto y desconcertaba a la anciana dependiente, poco acostumbrada a los extranjeros y casi temerosa. Estaban teniendo dificultades para comprenderse por lo cual decidió intervenir, luego de considerar permanecer a un costado sin mostrarse. Después de todo era la mano del azar la que los reunía y no su responsabilidad.

–Señor Baxter–lo saludó.

Él giró con rapidez y una sonrisa se desplegó en su rostro. Tal parecía que se alegraba de verla.

–Señorita Jian Li–le hizo una reverencia–. Nunca mejor sitio para encontrarla. Estoy teniendo algunos problemas para hacer entender lo que quiero. Si me viera el Cónsul dudaría de mis talentos como intérprete.

–Por lo que entiendo necesita más herramientas. Eso me da la pauta que ha practicado con energías.

–Sin dudas, aunque dudo de la calidad de mis trazos.

–Lo ayudaré–cortó el diálogo que ya estaba comenzando a extrañar a la anciana.

Dirigiéndose a esta le explicó que el señor Richard Baxter tenía un alto cargo entre los taipans y necesitaba tinta, papel de arroz y pinceles. Luego se volvió hacia él y captó su mirada concentrada en su figura y rostro.

–Adiós, señor Baxter–miró a la dependiente y rápidamente le dijo que su empleada pasaría por los objetos elegidos más tarde.

Detenerse más tiempo hubiera sido sospechoso y foco de habladurías.

–Agradezco su tiempo y dedicación, señorita–la voz se había hecho más rauda y grave al despedirla.

Una vez afuera, aspiró con fuerza y cerró sus ojos. El corazón le latía con fuerza, dando claras muestras que era irremediable su fijación con el inglés. Tal parecía que el taipan se lo había robado y no había remedio para ello, salvo el tiempo.

Capítulo 10.

1–

Extraordinaria y bendita coincidencia la que lo había llevado esa tarde a comprar los elementos caligráficos que con tanto ahínco utilizaba cada vez que podía. Sus desastres iniciales habían dado rápido fin a los obsequios que Jian generosamente había hecho aquella tarde hacía dos años y desde entonces había ido consiguiendo los mismos cómo y cuándo podía. Habitualmente los pedía a quienes viajaban a Shanghái, pero esa tarde prefirió ir personalmente. Esa decisión fruto del deseo de escapar del agobiante acoso de su padre culminó en el encuentro.

Se notaban en ella los años transcurridos: se la veía más segura, más madura, más mujer. Se avergonzó de su pensamiento pero no pudo evitarlo. Las finas sedas no podían evitar sugerir los senos en crecimiento y una forma de reloj de arena que ya envidiarían muchas encorsetadas muchachas y matronas inglesas. Su voz seguía siendo dulce y refinada y fue el primer anuncio de que ella estaba en el local.

Le estaba siendo bien difícil darse a entender, sospechaba que se debía más a que la anciana no estaba interesaba que porque realmente no lo comprendiera. Lógicamente no hablaba como un nativo pero era consciente que había avanzado mucho en el dominio de la lengua. Se sumergía en su estudio y análisis como un náufrago se lanzaría sobre un salvavidas, pues era su remanso de paz y su pasaporte de entrada al futuro que quería. Su padre veía esto con claridad y no dejaba de asediarlo buscando quebrar su decisión.

El permiso para retirarse del Consulado había llegado para alivio de su progenitor y venía de la mano de responsabilidades importantes en la flota sobre el Mar, buscando cuidar las posesiones que tan trabajosamente habían conquistado tiempo atrás. La inquietud y el descontento crecían en sectores de la población china y esto podía boicotear los intereses económicos de los ingleses que buscaban cubrir todas las posibles contingencias. Existía además el problema del

avance de los tradicionales rivales franceses en la región y una creciente potencia asomaba sus garras afiladas en el Pacífico, otrora posesión británica, hoy devenida competidora comercial: los EE.UU.

Su padre quería llevarlo con él y daba por sentado que así sería, mas él aún no daba el brazo a torcer. Sabía que su papel como traductor se hacía más importante en estos momentos, en los cuales constantemente arribaban mensajeros desde Pekín con exigencias imperiales trasnochadas, a las cuales no pensaban hacer caso alguno, pero la diplomacia imponía formas y tratos específicos. Era menester estar muy atento a los mensajes y frases, no equivocar el significado o sentido ya que podían incurrir en errores fatales o demoras que debilitarían la posición inglesa.

Por tanto Richard se sentía como un débil navío azotado por vientos cruzados y he ahí una de las razones por las que ver nuevamente a Jian fue un alivio. Siempre era como una brisa de calma, un bálsamo de quietud. Esto a pesar que no existía entre ambos intimidad alguna ni frases de consuelo. De hecho y si lo pensaba bien el encuentro era el de dos desconocidos, uno de los cuales es políticamente correcto y amable con el otro. Pero las miradas trasmitían otros mensajes, más profundos, menos formales. Un lenguaje oculto y no dicho entre ambos los conectaba. Les bastaba con verse y mirarse para saberse unidos irremediablemente por la trama invisible del destino.

Pensar esto le hizo sacudir la cabeza y reprocharse su tonta reacción. No era un hombre de creer en otra cosa que no fuera la realidad pura y dura. Solo ella lo hacía subir a otras alturas del pensamiento y los sentimientos.

"¿Se puede estar tan unido a alguien que solo has visto en contadas ocasiones? ¿Es esto lógico?" La respuesta que se daba era que no, pero las sensaciones existían y no las podía negar o esconder de sí mismo. "La generosidad sin límites que ha demostrado hacia mí es lo que me impacta tanto. No estoy acostumbrado a que alguien haga cosas desinteresadas en mi favor, eso es". Lo cierto es que la visión de la joven lo persiguió durante varios días y entibió las noches amargas que siguieron de ahí en más.

Cuando la partida de su padre era inminente, no tuvo más que plantearle su decisión de quedarse en el Consulado al amparo de su trabajo.

–¡No te doy a elegir lo que puedes hacer, muchacho! ¡Eres mi hijo y como tal espero me obedezcas! ¡Sé lo que es mejor para ti!

–Padre, no quiero discutir ni que veas esto como una rebeldía de mi parte. Me siento contento y cómodo con el actual rol que desempeño.

–¡Un vulgar cambiador de palabras!–esta era la forma que su padre solía usar despectivamente para describir lo que hacía.

–Imprescindible en un mundo donde si no se sabe lo que el otro dice no se puede negociar o hacer política–argumentó con lógica.

–El Ejército y la Marina de su Majestad llevan siglos imponiendo con hechos claros la diplomacia de la guerra. ¡Es la única que entienden estos pueblos bárbaros!

No desconocía que para su padre cualquier nación o civilización que no fuera blanca y europea era automáticamente inculta o indigna. Inútil sería tratar de demostrarle que los chinos, por ejemplo, tenían varios milenios de brillante civilización más que los británicos y que cuando estos eran apenas el germen del actual imperio de los mares, China refulgía de inventos, descubrimientos y sabiduría. Tacharía sus conocimientos de cháchara inútil. Y por otra parte, el tema pasaba ahora por otro lado.

–No ignoras que el destino de los Baxter ha estado siempre unido al mar y la lucha y nos enorgullecemos de eso. Esperaba que tú continuaras la tradición y aprendieras a mi lado todo lo necesario–insistió un obcecado Fred Baxter.

–Me has enseñado mucho y bien estos años. Creo estar preparado para toda contingencia gracias a ti. Pero siento que tengo un camino por el lado de la política y los idiomas y no pienso renunciar a eso–anunció con firmeza, aún cuando bajó la cabeza al decirlo.

–Te equivocas, muchacho–meneó la cabeza con fuerza–. Pero veo que no seré yo quien te lo haga ver ni será hoy. Mis órdenes son claras y pretendo cumplirlas a rajatabla. Mañana mismo parto hacia

Shanghái a tomar el cargo que me corresponde. No sé cuando nos veremos si tú persistes en esta actitud.

Por un momento la idea de perder el único amarre que tenía con su pasado lo perturbó, pero pudo fortalecerse y asentir.

–Estaré aquí.

No hubo despedidas más que esa. Su padre no era de abrazos ni sentimentalismos y el encontronazo no hizo más que disgustarlo.

2–

El tiempo transcurría inexorable y los sucesivos intercambios de regalos que fueron tapizando su camino hacia los diecisiete años no hacían más que recordar a Jian que los cambios más drásticos de su vida estaban por acaecer. No dudaba que esto hubiera satisfecho a cualquier otra: su futuro arreglado y su seguridad aparentemente lacrada. Sin embargo y aún cuando procuraba vestir su rostro y su día con una sonrisa, su alma parecía fenecer.

"¿Estaré tan maldecida que no puedo disfrutar de lo que mis padres han dispuesto con tanto amor? ¿Seré tan fría?". Su primer malhumor fuerte aunque interno lo sufrió al recibir una tarjeta con dos agujas enhebradas con un hilo de seda rojo que simbolizaba las dos almas que los esponsales unirían y por tanto predestinadas a vivir juntas, según explicó con gran alegría Xian.

–¿Predestinadas?–susurró ella–. Si se le puede llamar así a los arreglos que dos familias hacen.

Esto provocó el enojo de su madre, que nuevamente la rodeó de reprimendas y se abocó a enviar una tarjeta en respuesta. Era imperioso mantener las formas.

Luego llegaron canastos de frutas: granadas y bayas de nenúfar, todas caracterizadas por tener muchas pepitas lo cual simbolizaba la esperanzada búsqueda de numerosa descendencia. Pero el colmo para ella fue cuando vio la pareja de patos primorosamente unidos con cintas de seda.

–¡Patos! ¡Pero qué es esto!

–Son la representación de la felicidad y la fidelidad, hija. Es lo

que la familia de tu futuro esposo espera de ambos, de ti sobre todo.

–¿De mi sobre todo, madre?

–Compórtate, Jian. Hasta ahora todo va de maravillas y de acuerdo a las tradiciones. Evidentemente el Funcionario y su familia desean cumplir todo el protocolo al pie de la letra y asegurarse una unión fructífera. ¡Es lo mejor que nos puede pasar!

Los patos fueron llevados al jardín para hacerlos parte del estanque. De buena gana la hubiera emprendido a los palos con los pobres animales, pero eran la recordación diaria de lo que pronto sobrevendría.

Su día se transformó en una sucesión interminable de pruebas de vestuario y etiqueta. Gastaba sin piedad su tinta y papel en un intento de descargar su rabia y a la vez tener una excusa que le permitiera encontrar a Charles otra vez en la tienda.

Para su alegría esto aconteció relativamente pronto, en una oportunidad que ella calificó de “mágica” pero que no fue otra que la misma ansiedad del joven inglés por visualizarla una vez más. De hecho había ido varias veces y estaba preparado: una breve nota que le hacía saber que una vez al mes visitaba Suzhou y la pagoda de la Montaña del Tigre. Solo eso.

Al verla sus ojos refulgieron y pudo apreciar en el bello rostro de Jian y en el rubor de su fina tez que también se alegraba de encontrarlo. Solo le brindó una inflexión de su cabeza pero al pasar a su lado extendió su mano para tocar brevemente la de ella y deslizar la nota. Apenas eso, un cruce de miradas, un latir de corazones y la esperanza de que no echara en saco roto su humilde invitación. Es que eso era y así fue interpretado por Jian.

La agitación que sintió la muchacha le hizo palpitar y casi temblar como un fino bambú pero se recompuso. La anciana miraba con recelo y aún cuando estaba segura que el instante había sido ínfimo e intrascendente, debía mantener las formas. Más por su familia que por sí misma.

Eligió con calma y sin apuro sus pinceles y los probó, fielmente abocada a la rutina de siempre en el lugar. Una vez afuera caminó con soltura y elegancia y no fue hasta que pasaron unos buenos quinientos

metros que se animó a mirar la nota que escondía. No pudo evitar el gozo al percatarse que era una invitación al encuentro.

Sentir que él también anhelaba verse nuevamente y que había preparado con anticipación la nota le mostraron que ambos compartían el interés y la curiosidad por compartir algunos momentos más en compañía. ¡Habían sido tan escasos los mismos y sin embargo tan significativos!

Aquí estaba ahora, embargada de alegría que debía contener y hostigada por los demonios de su mente que le avisaban de la locura que significaría aproximarse una vez más a él. Sin vuelta atrás en el camino que le habían trazado, su tozudo corazón se negaba a privarse de un último capricho: una postrera mirada, un diálogo que refrescara en su memoria el tono de aquella voz, una visión que perpetuara su figura.

Días y noches pasó en tormentosa lucha entre lo racional y lo alocado hasta que esto último ganó. Sus salidas eran más permitidas ahora pero siempre en compañía, cuando no de la misma Xian o Piao de su criada Huang. Pero no podía permitir que esta última fuera con ella, era casi una extensión de su madre. Rebuscó en su mente una idea, alguna excusa, algo que le permitiera liberarse. Sabía que su única oportunidad era Ming y aunque le dolía tener que comprometerlo nuevamente, sus pulsiones rebasaban la prudencia.

Hacía bastante tiempo que no visitaba la colina del Tigre y la pagoda. De niña era uno de sus lugares favoritos: le fascinaba contemplar el magnífico edificio construido novecientos años antes y su extraña forma, así como su inclinación. Siete pisos que elevaban el lugar a 48 metros de altura, una visión maravillosa.

A su padre no le extrañaría que quisiera verla nuevamente, especialmente ahora que su vida cambiaría. De algún modo era un símbolo de su niñez y de la vida en la familia Li. No le gustaba tener que engañar a Piao, pero debía hacerlo si deseaba tranquilidad en su espíritu. Extraña contradicción, ella lo sabía bien.

Convencer a Ming de llevarla le tomó más tiempo. Por un momento pensó en engañarlo y justificar el encuentro con el inglés en el azar, pero sabía que el muchacho se arriesgaba y merecía saber la

verdad y tomar la decisión de ayudarla o no de manera libre.

"No vas a hacer nada repudiable, no pretendes más que una última mirada, un adiós. ¿Por qué eso es tan grave?" pensaba. Pero sabía el costo de la murmuración y la ponzoña que la envidia podía generar. No serían pocos los que desearían para sus hijas el arreglo que Xian había conseguido. "Y a pesar de ello no desistes. Cruel desengaño sería para tus padres tu errada decisión" le dictaba la voz de su razón, a la que espantaba con celeridad.

El día señalado apenas podía respirar con normalidad de la excitación nerviosa que la asediaba. Pudo fingir una calma que no sentía y solo al abrigo del carruaje suspiró con ruido, generando la mirada enojada de Ming, que no podía decir que no a sus pedidos y por ello mismo se culpaba.

–Amita…Última vez, última oportunidad. No me obligue a hacer esto nuevamente, siento que falto a la promesa que hice a su padre y a mí mismo por exponerla al peligro, al que usted se arroja en forma inconsciente.

Lo miró con gratitud y vio su intensa preocupación, por lo que tomó su mano y la apretó.

–Eres un buen amigo. No haré nada que me exponga, no tengo miedo porque no hay peligro. Y te prometo que es la última vez que me cubres.

Al acercarse al bello lugar y mientras los animales ascendían la cuesta observó la pagoda. Era realmente bella. Habían llegado con anticipación a la hora señalada por el inglés, pero sin embargo lo visualizó sentado en un banco debajo de un árbol frondoso. Por acá y allá deambulaban algunas personas admirando el paisaje.

Bajó ayudada por Ming y con él como custodia se acercó al lugar donde Richard estaba ubicado. No los vio hasta que los tuvo casi al frente, por lo que se levantó tambaleante.

–¡Has venido!–musitó con evidente contento, mientras sus ojos recorrían la hermosa figura que ataviada en sedas y cubierta por una sombrilla lo observaba a su vez con quietud.

–He venido–contestó ella casi en un hilo de voz.

Pronto el silencio los cortó. Tanto por decirse y no encontraban

el modo de hacerlo sin torpeza. Jian tomó lugar en un extremo del banco mientras Richard lo hacía en el otro. Ming parecía de piedra parado a un costado de la muchacha, sus ojos expectantes de cualquier movimiento extraño o sospechoso o peor aún, la llegada de conocidos de Piao o el Funcionario Real.

–Estoy avanzando mucho gracias a tus consejos y tus apuntes, Jian.

–Me alegro.

–Siento que comprendo mejor tu cultura y tu país. Esto también me ha ayudado a mejorar en mi trabajo y he evitado mi destino como militar, al menos por ahora.

–¿Tú también tienes un destino trazado?–bajó su cabeza al pensar en el propio.

–Mi padre considera que sí, junto a él y en el mar. Marinero de guerra, esa es su mayor aspiración. Por ello digo que he podido escapar momentáneamente de ello.

–Afortunado tú, hombre extranjero–citó con ahogo, mientras el agobio que pensar en su casamiento significaba para ella hizo que no pudiera evitar dos solitarias lágrimas.

Para su sorpresa esto acercó a Richard, que tomando un pañuelo limpió su mejilla y apretó su mano, generando el nervioso carraspeo de Ming. Volvió a su lugar mas el gesto había creado la necesaria corriente de intimidad entre dos almas que se saben conectadas.

–¿Tan terrible es tu camino, bella Jian?

–Mis padres claman que no, la tradición lo señala como lo justo y necesario, pero yo… Siento que me asfixio en un mar de convenciones y mi corazón fenece.

–¿Cómo podría ayudarte?–su cara de malestar entibió su alma.

–No podrías. En breve estaré recorriendo las calles de Suzhou en una silla ceremonial, cerrada a los ojos de los curiosos, vestida de rojo y con un velo sobre mi rostro. Un gran cortejo me seguirá con faroles y carteles, anunciando el momento que dejo mi vida para consagrarme a otra. A un hombre que recién conoceré al momento en que la ceremonia termine–la amargura de su tono era evidente a pesar

que parecía una simple descripción de una tradicional fiesta.

–¡Dichoso de él!–señaló con fervor el hombre, en un tono bajo y grave que la hizo estremecer.

–Me pregunto qué será de mí a partir de ese momento–señaló quedamente.

–¿Por qué no te niegas? ¿Por qué no dices a tu padre que eso no es lo que quieres? Piao Li parece un hombre sensato y bueno.

–Lo es–enfatizó pues realmente amaba a sus padres–. Pero no puede escapar a la tradición o a los lazos.

–En otra vida, en otro mundo… Pediría tu mano–soltó él, generando su desconcierto.

–¿Pedir mi mano? Te refieres…

–Solicitar a tus padres permiso para casarme contigo–aclaró con fuerza, mientras alzaba su barbilla en señal de seguridad.

Calló por un instante, saboreando en su mente el calor de la utópica idea.

–Y en otro mundo, en otra vida… Yo aceptaría encantada. Pero nuestro mundo es este y ahora. Y nos separa.

En pocas frases habían logrado trasmitirse la hondura de sus sentimientos y contrastar sencillamente la magnitud de lo que los unía. Sentían lo mismo, querían lo mismo. El hilo rojo del destino los había unido y pasara lo que pasara entre ambos, aunque la separación fuera el mandato, no habría forma de romperlo. Lo que no era consuelo inmediato, pero al menos ella viviría con la esperanza que la vida desenredara el mismo a su favor.

–¡Es hora ya!–casi aulló Ming, absolutamente asustado del tinte que estaba tomando el diálogo entre ambos.

El grito los trajo a la realidad y Jian se incorporó, seguida por Richard, que acarició con sutileza su mejilla, apenas como una brisa de otoño. Ella sacó un pañuelo de delicados bordados y se lo brindó, a la vez que con una genuflexión daba el saludo que ahora sí creía definitivo. Los pasos hacia el carruaje pesaron y solo el continuo acicateo de Ming permitió que llegara a él sin darse vuelta o retroceder. Una vez adentro miró al exterior y dio un suave saludo al hombre que ahora sentado nuevamente, enterraba su nariz en el

pañuelo recién obsequiado. Era el adiós.

Capítulo 11.

1–

Su función era cada vez más requerida, las reuniones se sucedían con rapidez y los temas eran tan variados como los intereses diplomáticos y comerciales del Imperio Británico. Al menos esto lo mantenía enfocado y le permitía concentrarse en su trabajo, olvidando durante esos momentos la tristeza y el fatalismo en el rostro de Jian Li. Su corazón había sufrido varios vuelcos esa tarde en la Colina del Tigre junto a la pagoda.

El primero fue de júbilo al verla frente a sí, despejando las dudas de si tendría interés en verlo. El segundo fue al comprender lentamente lo profundo de sus sentimientos hacia ella, que emergieron al venerar cada gesto y cada palabra que salía de su hermosa boca. La conciencia de lo apremiada y encarcelada que se sentía en su destino desbordó de pena su espíritu, pero no fue eso lo que hizo declararle lo feliz que sería de poder unir por siempre sus corazones. Aunque no lo dijo en esos términos, era lo que experimentaba.

Tan pronto le hubo confesado su recóndito deseo, escondido hasta de sí mismo hasta el momento, llegó sin embargo el tiempo de la despedida formalizada en el apremio del alterado Ming. Solo ese pañuelo quedaría en sus manos como rastro físico del contacto tímido y respetuoso, de su mejilla y su mano. Nunca se había sentido tan unido a alguien, no de ese modo.

Pertenecían a dos mundos diferentes, aunque para ellos eso no importara. Pero sí al resto. Convenciones, tradiciones incluso odios nacionalistas los separaban. Se preguntó si eso sería siempre así. No esperaba sentir algo tan profundo por alguien más; su corazón tenía dueña aún cuando esta no pudiera reclamarlo.

El dolor que le provocaba evocarlo le hizo redoblar esfuerzos en destacarse como funcionario de la Corona y también lo precipitó físicamente a los brazos complacientes de su amante. El sexo y la labor lo curaban, lo impulsaban. Sin ataduras reales de ningún tipo

que no fueran las formales, sus nexos con compañeros y diplomáticos eran concisos y al grano, tanto que estos poco a poco dejaron de invitarlo a salir o simplemente a conversar.

Corría ya el año 1851 y era bien consciente que se cumplían los diecisiete de su amada y con ellos sobrevenía su casamiento. Sería de otro, invisible enemigo que odiaba sin conocer. Su amarga realidad sentimental no lo hizo estar ajeno de la cadena de acontecimientos que se iría tejiendo. Su función le permitía estar bien enterado de todo y fue por ello que apenas la marea de la revolución Taiping se levantó lo supo.

Sus compatriotas tenían ojos y oídos en todos lados y cuando no eran propios eran de aliados a los que el vínculo servía. Los rumores al comienzo fueron aislados y contradictorios pero la magnitud de la revuelta pronto les fue bien visible a los británicos, tal vez antes que a las propias autoridades imperiales chinas, inmersas como estaban en la corruptela y en la lejanía de Pekín.

La rebelión estalló en el sur, lugar más golpeado por la crisis y alejado del radio de acción más directo del Emperador y su corte. La que al comienzo pareció una más de las tantas insurrecciones campesinas en un país que las había atravesado por cientos, se convirtió por obra y gracia de la secta de los T'ai–p'ing en una gigantesca ola que arrasaba con su ejército y su particular modo de ver el mundo. Avanzando hacia el norte siguiendo el curso del río Yangsté, su prédica parecía imparable aún cuando poco comprensible para muchos.

Los diplomáticos y comerciantes británicos rápidamente evaluaron las posibilidades en su contra o a favor y en principio decidieron que esto no los afectaría. Cuando el peligro se hizo más obvio y cercano adoptaron una actitud hipócrita y pragmática que coqueteó entre el apoyo a Pekín y su Emperador y la inoperancia real, dejando que las diferencias internas fueran saldadas por los mismos chinos. En el ínterin, algunos aliados fueron arrasados.

Para Richard esto no fue más que ruido de fondo hasta que se percató de la novedad que este régimen imponía. De hecho le interesó saber que para esta secta hombres y mujeres eran iguales, que

aborrecían antiguas prácticas tradicionales y cuestionaban la propiedad privada de la tierra, así como practicaban un puritanismo religioso alejado del Budismo. La primera parte seguro que le gustaría a Jian, pensaba.

Pronto las implicancias reales de este nuevo régimen, aún batallando por vencer, se hicieron evidentes para los contactos que los ingleses solían tratar en Nanking y Suzhou. El revuelo y el miedo que las noticias de los triunfos rebeldes provocaban en la población y sobre todo en los mejor acomodados económicamente precipitaron los cambios aún antes de la llegada de la marea revolucionaria.

Richard asistió una mañana sobre fines de año a una tempestuosa reunión entre los funcionarios británicos encabezados por el Cónsul y la élite de Suzhou. Miró con atención al Funcionario Real de la ciudad apenas este ingresó al lugar, sabiendo que él sería o estaría por ser la nueva familia de Jian. Su rostro no demostraba nada pero las palabras que esgrimió y su pedido de ayuda y apoyo al Cónsul fueron cuasi patéticos, aún cuando él trató de traducir de la manera más respetuosa posible el pedido.

Evidentemente las autoridades chinas no confiaban en la ayuda de la dinastía Quing a la que el Emperador reinante pertenecía, de ahí a su solicitud de apoyo a los británicos. Dio a entender que en la ciudad se cocían traiciones y rebeliones solapadas que buscaban ser apoyo para los Taiping y que él no podría contenerlos por mucho tiempo.

La respuesta británica que él debió brindar fue amable, aunque fría y sin compromisos reales. El Cónsul se lavaba las manos y esperaban cual buitres al final de la carnicería, si es que esta acontecía. La retirada china fue digna pero el gesto de decepción de algunos fue claro.

Ya en su dormitorio no podía dejar de dar vueltas a lo sucedido. Si el Funcionario Real caía, si realmente perdía poder y apoyo, con él arrastraría a Jian. Esto en el caso que la unión ya se hubiera efectuado. Pero si no era así tal vez aún había tiempo de advertir a Piao y Jian; conocer la realidad podría cambiar el destino de su amada.

Poseer tal información se le antojó vital. Esperar era perder la oportunidad. Esa misma tarde tomó uno de los carruajes y fue hasta la ciudad, aún contradiciendo las recomendaciones del Consulado que pautaban permanecer en sus puestos y acercarse acompañados y solo en caso de necesidad a las regiones del sur como Suzhou.

La ciudad no parecía cambiada ni alterada, por lo cual se sintió algo absurdo al llegar a las cercanías de la casa de Piao. ¿Qué haría, le diría que debía suspender todo contacto con el Funcionario Real? Lo tacharía de loco y aún peor, de peligroso. ¿Qué pruebas reales tenía de lo que decía? La reunión había sido secreta y solo el hecho de estar allí ya implicaba una falta a la reserva a la función que tenía.

No podía invadir la tranquilidad e intimidad de un hogar con algo que podía tener o no implicancias. ¿Qué ocurriría si los Taiping fueran detenidos a tiempo? ¿Si el Funcionario conseguía el apoyo militar de su Emperador o aún tal vez de los franceses o estadounidenses? La suya sería una actitud propia de un loco y arruinaría la vida de Jian y su familia.

Sus impulsos se fueron acallando y la razón lo conminaba a retirarse, pero una pequeña voz desde su corazón le decía que debía advertir a alguien. Justo cuando este debate lo enredaba, vio salir a Ming de la casa de Piao. Su figura le recordó que había estado firme y leal a Jian cuando esta se lo pidió y si bien probablemente desconfiaba de un taipan como él, lo llamó quedamente al pasar a su lado, generando sorpresa y desconcierto inicial en él.

–Sube, Ming. Debemos hablar, es importante.

–No debe estar aquí. No debe ver a la amita, eso ya le debería haber quedado claro.

–No te irrites ni alteres. Tengo una razón importante para estar aquí. ¡Sube!–conminó.

Cuando lo hubo hecho, Richard rápidamente se alejó de la zona. Era importante no levantar sospechas y no comprometer al hombre.

–Mira, Ming. Tú sabes que soy intérprete y estoy al tanto de lo que va ocurriendo en toda la región, es inevitable.

El silencio fue la respuesta.

–Dime, ¿Jian ya se ha casado?

–Es algo inminente, se ha retrasado algo pero será efectivo pronto–contestó con renuencia.

–El Funcionario Real está teniendo problemas de credibilidad y apoyo, Ming. Hay una revolución en marcha, al sur. ¿Lo sabías?

Se encogió de hombros.

–Los hombres protestan hoy y siempre. Luego vienen los ejércitos y los aplacan.

–Esta es muy grande, avanza hacia aquí. Pronto llegará si nadie la detiene. Y tal parece que algunos perderán sus puestos, entre ellos las principales cabezas de la ciudad.

Había logrado captar la atención de Ming que lo miraba como tratando de entender mejor la implicancia de sus palabras. No dudaba de su lealtad a la familia Li, pero sí de su capacidad para interpretar la gravedad de la situación política, por lo que decidió ser claro.

–Si el Funcionario cae en desgracia también lo hará Jian y con ella su familia. Debe haber varios que apuestan a tomar las riendas del poder.

–Entonces…La unión sería un desastre más que una solución y seguridad para Jian–resumió con gravedad el chino.

–Eso es lo que intento decir. No es seguro, todo depende de cómo pasen las cosas. Pero temo por Jian y no quiero que nada malo le pase. Pensé ir yo mismo con Piao, pero… ¿De qué serviría? Él no confía en mí, yo soy un extranjero.

El hombre parecía sumido en sus pensamientos, tratando de evaluar todo con las escasas herramientas que poseía. Era un empleado, un ex campesino, no sabía de diplomacia ni alianzas.

–Yo…no quiero que le pase nada a Jian. Te advierto a ti para que veas cómo puedes hacer para trasmitir la información a Piao. Sin decirle que te enteraste por mí, para que observe y analice qué hacer.

–Lo haré.

–Y cuéntale a Jian que mi corazón aún late por ella y siempre será así.

Ming lo miró y bajó del carruaje sin comprometerse a lo último. Suspiró. Había hecho lo que podía, pero la espina de no saber a

ciencia cierta lo que pasaba lo acosaría día y noche de ahí en más.

2-

Jian transcurrió el tiempo que llevaba a su cumpleaños número diecisiete como si de una maldición se tratase, aún cuando los augurios no dejaban de ser alentadores. Era tradicional prestar atención a los detalles que pudieran anticipar una unión nefasta y nada de ello ocurría, para tranquilidad de Xian.

Ella aprendió a mostrar su mejor cara y procuró crear una pared que arrumbara sus más recónditos sentimientos a lo profundo de su memoria y tuvo éxito por momentos. A medida que se acercaba la fecha pactada dejó de pensar y actuaba mecánicamente, casi por la inercia creada de tanto ejercitar sus modales, tareas y posturas.

Las reuniones entre su madre y su futura suegra se sucedían en preparativos interminables; después de todo además de cumplir con los requisitos y tradiciones de rigor pretendían dar muestras de la importancia del Funcionario en la sociedad de Suzhou y eso exigía minuciosidad.

Cualquier muchacha de su edad se hubiera regocijado una y otra vez con el imponente ajuar creado para ella con las mejores sedas existentes, esas que se vendían desde la ciudad al mundo y que las damas de las altas sociedades occidentales adoraban. Sin embargo, los vestidos yacían primorosamente guardados y embalados por Huang sin que Jian hubiera posado sus ojos en ellos.

Notaba la mirada de Piao sobre sí que la analizaba y procuraba alentarla, pero poco es lo que podía hacer. Cierto día que se encontraba meditando en el jardín sintió su presencia a su lado.

—Me desalienta verte así, hija. La alegría que todo padre debe sentir ante tan grato momento para una mujer se ve eclipsada por tu evidente tristeza. ¡Anímate, ya verás que el futuro te sonríe! ¡No te estamos entregando a las fieras, hemos buscado con atención y cuidado a tu futura familia y no significa que nos pierdas! Ya me

cuidaré yo de ello.

—Lo sé, racionalmente entiendo que han hecho lo mejor para mí. Pero mi espíritu rebelde sueña con horizontes más abiertos. Llámame loca si deseas, pero la misma libertad en que me criaste me hace resignarme con pesar a un destino que no elegí.

—El tiempo y la convivencia te enseñarán que puedes ir gestionando tus espacios con cuidado y que nadie es dueño ni de tu pensamiento ni de tu corazón.

"Cuánto te equivocas en eso último, padre" pensó mientras forzaba con firmeza a su mente a no desviarse hacia fantasías más gentiles, donde ella y Richard compartían la vida y el amor.

—Siembra tu alma de paciencia, mi bella Jian. Aférrate a la vida que te damos, es lo único que te vamos a poder legar de seguro. Son tiempos difíciles, muy complejos.

—Hace muchos años que dices eso, desde que los taipans llegaron.

—Pues nunca mejor expresado que ahora. Corren rumores de revuelta y rebelión, querida. El gobierno de nuestro Emperador Xiafeng tiene a muchos disconformes y están encontrando en la inacción de su Corte de nobles los motivos para prosperar.

—¿Cómo podría eso afectarnos? —se interesó.

—No lo sé, ni siquiera es claro que pueda hacerlo, pero conviene estar atentos y en eso me concentro. La tarea del comerciante es conocer los vaivenes del mundo en que se mueve. Pero despreocúpate, no hablemos más de esto.

Sin embargo y como ominosas predicciones los cambios comenzaron a visualizarse, levemente al comienzo, con mayor fuerza después y luego como huracanados vientos que destrozarían la burbuja de seguridad que Piao había creado alrededor de él y su familia.

Lo primero que notó Jian con incredulidad es que los preparativos de boda parecían enfriarse para desesperación no declarada pero visible en los ojos de Xian. El cumpleaños arribó y nada aconteció salvo una íntima celebración con sus padres y Huang, además de Ming.

No se atrevía a preguntar qué ocurría, como si su simple curiosidad pudiera cortar la racha de suerte que parecía venir hacia ella. Tampoco fue necesario ya que la verdad se fue filtrando en los diálogos que pudo sorprender entre sus padres.

—¿Qué está pasando, Piao? ¿Por qué el retraso en la boda? Todo está listo, la esposa del Funcionario estaba tan entusiasmada como yo.

—Lo sé, querida. Pero no tiene que ver con ella, sino con la situación política.

—¿Qué quieres decir? ¿Se arrepiente el Funcionario? Dio su palabra. ¿Es que han conseguido una candidata más apta?

—Te he hablado al pasar del levantamiento en el sur del país. Es más grande de lo que creíamos y avanza hacia el norte. Arrasa con las autoridades imperiales y con todo lo que conoces como tradición.

—¿Tan grave es? —percibió el temor en el tono de Xian.

—No lo tengo tan claro, pero deja las preocupaciones para mí. Seguro que pronto las tropas del Emperador pondrán coto a esos rebeldes y todo volverá a la normalidad. Mientras tanto debemos ser pacientes. Es lógico que la cabeza del Funcionario esté en esa situación. Hablaría mal de él pensar en festejos y no en la seguridad de Suzhou.

Esos rebeldes se antojaron a Jian una respuesta del destino a su favor. No imaginaba cuanto lamentaría en su futuro haber pensado así o creído por un momento que los revolucionarios del sur estaban allí para mejorar las cosas.

Lo siguiente que pudo enterarse vino de la mano de Ming y le reprocharía más adelante que no le hubiera contado a ella en primer lugar. Sabía el respeto casi rayano en veneración que este tenía a su padre, pero era su amigo.

—Amo Piao…Debo decirle algo que he escuchado y me inquieta.

—Sabes que puedes confiar en mí, querido muchacho. ¿Pasa algo con tu familia, con la fábrica?

En esos momentos el peso de la producción fabril residía sobre los hombros de Ming a pesar de su edad. Piao confiaba en él de una

manera que Jian nunca se cuestionaba ya que las muestras de lealtad de este eran evidentes, solo quebradas cuando ella se lo había solicitado. Las fuerzas de su padre menguaban y aunque no había quejas de su parte si eran percibibles sus gestos de dolor al final del día. Su espalda lo traicionaba, además de sus ojos.

—Es sobre los Taiping… Estoy preocupado. Avanzan sin cesar y destruyen a su paso lo que encuentran y sobre todo a aquellos que creen sus enemigos. Quitan las propiedades.

—No debes preocuparte por los rumores, Ming. El Funcionario dice que serán controlados pronto.

—El Funcionario fue a pedir ayuda a los taipans y estos se la negaron.

—¿Ayuda a los extranjeros? ¿Por qué haría eso? El Emperador tiene su ejército y con seguridad estará pronto en camino.

—No cree eso, de hecho tiene miedo. Está secretamente preparando todo para irse de Suzhou—agregó y Jian pudo ver a través del biombo que el rostro de su padre se demudaba.

—¿Cómo sabes eso, Ming? No puedes repetir algo tan grave sin fundamentos, yo lo sé—lo conminaba a profundizar.

—Lo sé por una amiga muy cercana en la residencia del Funcionario—contestó con cierto envaramiento.

No sabía que Ming tuviera amistades y menos femeninas. Parecía siempre dedicado a su madre, pero lógicamente nunca había estado tan pendiente de él. Aunque eso era apenas una minucia, lo verdaderamente grave e importante estaba en la información.

—¿Piensa abandonar la ciudad? ¿Sin previo aviso? ¿Sin organizar la defensa? Porque si huye claramente el peligro es mayor del que pensábamos—murmuraba un desconcertado y cada vez más asustado Piao.

De pronto pareció envejecer varios años y doblando sus piernas alcanzó su sillón a duras penas. No pudo evitar salir de su escondite para atenderlo, preocupada por su salud. Aún a pesar de su estado Piao tuvo fuerzas para mirarla con reconvención.

—Fea costumbre has adquirido de escuchar detrás de paredes y biombos.

—Es lo menos importante ahora, ¿no crees padre? —lo miró con inteligencia.

Piao asintió y señaló a Ming.

—¿Escuchaste lo que dijo?

—Así es. Un vil cobarde ese Funcionario, nos entrega a las manos de unos desconocidos y huye amparado en las sombras y la mentira. Menuda familia a la que estuve a punto de pertenecer— claramente a esas alturas el compromiso era una ficción sostenida como pantalla para no dar atisbos de su marcha secreta.

—Solo conocemos verdaderamente a las personas en los momentos de mayor peligro o dolor, hija. Y por lo que deduzco nos acercamos a ellos.

—¡Deben irse de Suzhou cuando aún hay tiempo! —urgió Ming —. Su seguridad está en riesgo.

—Como la de todos, incluida la tuya, Ming—aclaró ella.

—Los pobres somos pasto de los poderosos siempre, no importa de qué signo o color sean. Solo cambiaríamos un poder por otro. Pero ustedes…

—Tenemos más para perder, sí—susurró Piao.

—Mamá debe saberlo, debes decirle, padre. Merece que descorras el velo de la ignorancia en que está sumida y que olvide de una buena vez ese casamiento. Todo cambiará.

Lo ayudó a levantarse y él asintió.

—Es así. Debemos prepararnos e irnos también, tú tienes razón Ming—aseguró mientras se dirigía a los aposentos de Xian.

Una vez afuera, Jian dio la vuelta y encaró a Ming, que bajó con rapidez la vista.

—¿Sabes algo más que sea de importancia? —le cuestionó.

—Bien, he omitido una parte de la información porque no venía al caso ni aportaría nada a la situación. Quien me puso en antecedentes y abrió mis ojos en realidad fue el taipan, Richard Baxter.

La revelación fue increíble. Richard era quien les avisaba, él se preocupaba por ellos y quería que pudieran tomar recaudos.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —exigió la información—. ¿Por qué no me

contactó a mí?

—Porque lo que hizo está fuera de su función y de hecho sus jefes considerarían de traición el hecho de involucrarse en estos asuntos. Los occidentales no intervendrán.

—Él… ¿Te dijo algo más? ¿Preguntó por mí?

—Vino porque usted está en el medio, amita. Debe ser lo único en lo que pensó. Pero no puede hacer nada y es vital que usted apure a sus padres a la retirada. La información fue buena pero yo desconfié al comienzo y por eso me moví en las sombras buscando confirmarla. Era peor de lo que imaginaba.

—¿No hay oportunidad que el ejército imperial llegue antes que ellos a la ciudad?

—¿Quién sabe? Algunos piensan que el Emperador está demasiado ocupado entre sus concubinas y sus reuniones con los extranjeros como para preocuparse de sus súbditos. Y sus funcionarios no parecen cumplir su tarea con eficacia. El nuestro es un ejemplo— soltó con desprecio.

—¿No podemos alertar y organizar la defensa?

—Somos campesinos, artesanos, fabricantes de seda. No soldados. Y ni siquiera los soldados son suficientes cuando se lucha contra alguien que está fanatizado con lo que cree.

Así pues, parecía que no había otra salida que la retirada. Huir. ¿Y dejar a la deriva a los demás? Se le antojaba tan cobarde como lo que hacía el Funcionario.

—Debemos advertir al resto.

—Yo haré mi parte, tal vez su padre hará lo suyo. Pero no hay tiempo para otra cosa, créame. Las tropas de los Taiping avanzan con celeridad e incluso algunos grupos se adelantan a los otros para ir ganando terreno.

En pocos minutos su mundo y la percepción que de él tenía habían girado ciento ochenta grados.

Capítulo 12.

1—

La actividad era frenética y había sacudido la tradicional rutina y modorra del hogar de Piao. Superada la sorpresa e impacto inicial este se percató de la necesidad de enviar a Xian y a Jian lejos, con su familia en Shanghái donde estarían tuteladas. Él permanecería en su lugar, protegiendo la fábrica en la eventualidad de tener que hacerlo.

Si bien confiaba y creía en la certeza de lo anunciado por Ming también sabía que las rebeliones estallaban con furia y se apagaban con igual rapidez en China, muchas veces por su propia debilidad o contradicciones internas y otras por el asedio de una fuerza mayor. Haría lo posible para organizar la defensa de la ciudad aunque esto fuera casi utópico. Peor era quedarse de brazos atados.

Decidió también confrontar al Funcionario Real para tener una idea más precisa de la situación. Esperaba en el fondo de su corazón que este rechazara la existencia de tal peligro o mostrara signos de estar preparando a sus fieles para contrarrestarlo pero solo encontró la confirmación de sus peores temores. Lo recibió entre apuros y cargamento de vehículos y no negó nada. Saldría al amanecer del día siguiente con su familia. Apenas si lo miró cuando Piao le mencionó la ruptura del compromiso matrimonial; el Funcionario corría por su vida y lo menos que le interesaba era eso.

Desalentado volvió al hogar y trató de mostrarse calmo ante una Xian que parecía haber olvidado su natural practicidad y daba vueltas por la casa sin saber a ciencia cierta qué hacer. Por fortuna Jian no había recibido en vano sus lecciones y apuraba a Huang a embalar aquello más necesario e imprescindible para el viaje y la estadía que harían en la gran ciudad.

La comunicación que él se quedaba fue recibida con estupor y luego con crecientes protestas y negaciones.

—¡Debes venir con nosotros, padre! ¿Qué puedes hacer tú solo? La fábrica es lo de menos, debemos preservar nuestra integridad.

—Esta fábrica es de mi familia y pretendo que siga siendo así. Haré lo que esté en mis manos, sin locuras, para protegerla.

—¡Pues nosotros nos quedamos contigo!

—Solo estaré tranquilo si las sé a ustedes seguras. Me puedo mover mejor así. No temas, querida—le indicó a Xian—. Tú sabes que estoy acostumbrado a negociar. Incluso los rebeldes más bravíos tienen que hacer que la economía funcione.

No se sentía tan convencido en su fuero interno pero no podía pensar en hacer otra cosa. Las horas siguientes las pasó recorriendo casas de amigos y negociantes y poniéndolos en detalle de la situación. Algunos desesperaban, otros se sorprendían, pocos creyeron realmente en la severidad de la amenaza. Este error sería cobrado con creces y con sangre brevemente.

Confiaba en que al menos sus mujeres ya estaban preparadas para la retirada y esa noche, tal vez la última vez que cenarían juntos en un tiempo, trataron que fuera lo más normal posible. Era difícil dada la preocupación de Piao y la depresión de Xian, que veía el futuro comprometido y sus planes arruinados. Para Jian, la mezcla era confusa. Miedo por lo que se podía avecinar, alivio por el fin del compromiso, desaliento por la separación y nostalgia por el inglés.

El final de la jornada lo encontró trazando líneas sobre el papel de arroz en una nota de despedida y tranquilidad para ambas. Sus manos de artista hicieron que el pincel diseñara lo que a la postre sería el último mensaje de amor a su familia aún cuando para él fue un hasta luego.

Los primeros albores llegaron a la par del ruido, gritos y una turba enfurecida pero metódica que invadió la ciudad de manera súbita, tal como una enorme ola parece surgir de la nada en un mar de tranquilidad. Sincronizados y absolutamente conscientes de lo que tenían que hacer, tomaron por asalto los principales centros de poder de la ciudad de Suzhou, entre ellos la mansión del Funcionario Real que vio así cortada de raíz su pretensión de huir. Sus informantes nunca supieron decir con certeza la cercanía de los enemigos y evidentemente fallaron, lo que costó la vida del político. Ninguno de sus intentos por negociar o comprar su libertad funcionaron; para los

Taiping no era más que la manifestación de un Imperio en decadencia y un Emperador sin honor.

Hacia mediados de la mañana la ciudad, sin defensa y mal preparada, estaba en manos de la vanguardia rebelde comandada por el devenido capitán Zhao, otrora campesino y luego fanático organizador del movimiento rebelde. Este tomó el palacete del recién ajusticiado Funcionario como sede de su nuevo poder y desde allí se abocó a lograr el sitio total del lugar. Asegurarse Suzhou era controlar uno de los centros neurálgicos del comercio y del tráfico y geopolíticamente quedaba muy cerca de los próximos objetivos: Shanghái primero, luego Pekín.

Sabían de la cercanía de la locación inglesa pero no les preocupaba en principio, ya que no habían hecho ningún intento por intervenir y en el caso de hacerlo tenían superioridad. Los días siguientes fueron de depuración sin piedad de aquellos señalados como sinónimos del poder imperial y de liberación de la población de las cadenas de la opresión que los más ricos imponían a los desfavorecidos. En esa idea comenzaron las confiscaciones de tierras y propiedades y la organización de las mismas para beneficio del movimiento rebelde.

La oposición aún tímida o velada se interpretaba como traición y se pagaba con la muerte. Cientos de propietarios de tierras o comercios fueron eliminados con saña y sin piedad, buscando imponer con este ejemplo las nuevas disposiciones.

Para Piao fue la peor pesadilla; jamás imaginó que la tragedia sobrevendría tan rápido y haría de su vida y la de su familia un horror. La percepción que ya no había tiempo de escapar hizo que temiera por su mujer y su hija en principio, mas luego que visualizó el tenor del nuevo régimen sus predicciones fueron aún más negras.

A la certeza que la oposición implicaba la muerte, y el ejemplo del Funcionario era solo uno de los casos que acontecieron, se sumó la realidad de la toma de control de la fábrica por parte de los nuevos dueños de la ciudad. El sentido común y el desesperado ruego de sus mujeres hizo que esto fuera sin protestas de su parte, aunque el dolor que sintió fue enorme al perder aquello que había sido parte integral

de su vida y a lo que tanto había dedicado.

Rogaba la llegada de las tropas imperiales, incluso hubiera agradecido el apoyo de los extranjeros pero el correr de los días le fue demostrando que nada de eso acontecería. El nuevo régimen implicaba que antiguos favorecidos y desfavorecidos debían trabajar a la par si querían sostenerse, gustara o no a los otrora poderosos de Suzhou. Por su parte no había inconvenientes, además de que sus conocimientos, necesarios para el comercio lo hacían útil para los Taiping, aunque más no fuera para obtener lo básico. La vida y los placeres se resintieron y debieron ajustar su presupuesto además de sus creencias y libertades al nuevo canon.

En la visión Taiping, hombres y mujeres eran iguales y eso llevó a mejoras en la posición de estas. Repudiaban antiguas tradiciones como la del vendado de pies y aunque fuera contradictorio con lo anterior, esto significó persecución hacia las que lo habían atravesado y sufrido en lugar de piedad e hizo que sufrieran los trabajos más arduos. La noción de que eso ponía a Xian en evidencia pronto llegó.

Si las primeras semanas el cambio de su vida y sus pérdidas fueron grandes no hubo parangón con las siguientes. Las torturas y castigos se hicieron repetidos y sangrientos para los que osaran siquiera mostrar alguna opción disidente, y esto fue válido para la religión, la vida en el trabajo, las tradiciones, el comercio. Quien no acataba de manera absoluta era exterminado.

Lamentablemente para la familia Li, esto pronto pasó en su seno y sin provocación siquiera. El extremo agotamiento que sus padres y sobre todo Xian comenzaron a sentir por los trabajos duros que debían cumplir, especialmente la última, los llevó a desfallecer. Su padre pareció envejecer veinte años y para el momento que la tragedia se cernió sobre su esposa nada podía hacer.

Ella y Jian habían sido destinadas al trabajo de recolección de la siega, algo absolutamente ajeno a ellas hasta entonces. La espalda de Xian se fue doblando por el peso de la labor y su piel, otrora cuidada por los afeites y las sedas, se fue cuarteando. Sus pies, diminutos muñones que apenas sostenían su figura, sangraban por el esfuerzo diario y al cabo de varias semanas las caídas y castigos por

ello se volvieron crueles. Una tarde colapsó finalmente frente a Jian; su corazón no resistió el dolor físico y mental.

Nada pudo hacer su hija, ni siquiera acunar su cuerpo o cumplir los requisitos más básicos. Su cuerpo le fue arrebatado y enterrado en una fosa común, sin ninguna posibilidad de resguardo o respeto. El odio que sintió hizo que su cuerpo temblara sin control y solo el abrazo de Tao, madre de Ming, fue lo suficientemente fuerte para apartarla del lugar y evitar que escupiera a los Taiping su dolor. No se le escapó que el líder de los mismos había presenciado todo y hacia él dirigió su mirada de absoluto desprecio, en un desafío mudo.

La noticia de la muerte de Xian golpeó a Piao como una bomba, quien incrédulo escuchó como su compañera lo había abandonado sin que pudiera despedirse. Su espalda se arqueó aún más y a partir de entonces se sumió en un parco silencio que no abandonaría hasta su deceso, infortunio que ocurrió apenas unos días después y en el silencio de la noche. Vanos fueron los intentos de Jian de despertarlo, sus sacudidas solo encontraron la frialdad y la evidencia de la muerte en su rígida mueca.

Incrédula y agotada de tristeza, sus ojos anegados por el llanto que no cesaba, permaneció junto a él un tiempo indecible. Cuando pudo incorporarse, lo vistió con sus mejores galas y extendió ante él sus objetos más preciados, encendiendo las velas y el incienso y rogando por su buen viaje a donde fuera que estuviera.

Los golpes en la puerta, violentos y sin cuartel, la trajeron a la realidad. Consciente que venían por ellos al no presentarse a trabajar, no le importó. Ya nada interesaba, estaba sola. En su cabeza, solo la imagen de Richard Baxter persistía, en muda e inútil requisitoria de ayuda.

No tenía nada ni a nadie. El fuego de las velas mordió con ansias las sedas ofrecidas por su mano y encendieron con rapidez la improvisada pira funeraria que había hecho para su padre. No lo había podido hacer con Xian, pero las repugnantes manos de esos rebeldes sin dios ni piedad no se harían con el cuerpo de Piao. Apenas fue consciente, por el humo y el calor, de las manos que la arrastraron fuera de la habitación y de la casa, salvando a duras penas su vida.

2—

Las noticias de la toma de Suzhou llegaron con rapidez al Consulado inglés, provocando interés y expectativa acerca de como esto impactaría en sus negociados y obligó a reuniones y comunicados buscando concretar la posición oficial a tomar. El camino adoptado fue la espera y el no compromiso con ninguno de los bandos, aún cuando se conversaba y tranquilizaba a los dos, que por supuesto no ignoraban que la intervención extranjera podía inclinar el plato de la balanza.

Para los británicos, protagonistas en el mundo hacía varios siglos la decisión no era difícil. Nada ganaban con involucrarse en la disputa intestina a favor de uno u otro. Lo más razonable era la no expresión formal, que a nada comprometía y dejaba siempre huecos de vinculación con cualquiera que ganara. Les era indiferente de hecho quien lo hiciera, siempre y cuando garantizara que la producción y el comercio seguirían su curso.

Richard vivió de lejos y con angustia la invasión, buscando hacerse constantemente de datos que pudieran arrojar alguna luz sobre la situación de Piao y su familia, pero solo llegaban algunos rumores y ninguno alentador. Al cabo de varias semanas, hubo algún resquicio de información al arribar un séquito de los nuevos dueños de la ciudad, que apostaban a negociar la seda pero bajo parámetros más duros y complejos. Su trabajo como traductor fue difícil; los Taiping imponían y no les interesaba una relación cordial; solo buscaban los réditos de la seda, probablemente para asegurarse mejores condiciones y demostrar que eran capaces de gobernar además de conquistar.

Trasladarse a Suzhou, tal como fantaseó en algún momento, era alocado y no solo pondría en riesgo su vida sino que comprometería la posición inglesa. Desesperaba ante la situación de inmovilidad a la que se veía obligado.

La llegada del primer cargamento de sedas desde la ciudad hizo respirar a los comerciantes ingleses, que se apuraron a pagar lo prometido sin chistar. Él no fue consciente de tal arribo excepto

porque implicó su contacto con Ming.

Este último se había consagrado a su trabajo como simple peón en la fábrica de Piao, en la que tanto había aprendido. Se limitó a obedecer ciegamente a los nuevos señores procurando mantenerse con vida y velar por su madre, Tao. Debió ahogar el enorme vacío y dolor que sintió ante la muerte de su patrón y el descalabro de la familia de aquel, que tanto había significado y a la que internamente había prometido ayudar siempre.

Su madre Tao no se había visto más afectada que los demás por los Taiping; acostumbrada a trabajar toda la vida en las peores circunstancias no veía diferencias entre uno u otro amo. Pero había presenciado la muerte de su benefactora Xian con congoja y angustia habida cuenta que con ella se iba la madre sustituta que había elegido para su hija. Le había dolido en carne propia el sufrimiento de Jian, ya que no por entregada diecisiete años atrás significó que se hubiera desentendido de su vida y destino.

Los años le habían regalado la dicha de comprobar que su tremenda decisión había sido sabia y se había conformado con mirarla crecer sana, segura y fuerte en un hogar que la mimaba y la sostenía económica y espiritualmente. Su propia vida había mejorado luego del deceso de su esposo y tanto Xian como Piao habían sido bondadosos al darle un lugar en su fábrica y al confiar en su hijo Ming como mano derecha.

La invasión rebelde fue la llave del desastre, dando vuelta de cabeza el mundo de Jian y por tanto el suyo propio. La muerte de la familia Li y las circunstancias del incendio que casi acaban con la vida de Jian la horrorizaron y llevaron a empujar a su hijo para que pensara en posibles salidas. Esto se volvió urgente cuando comprobaron el interés amoroso del jefe Taiping por la muchacha.

Zhao era su nombre y era un hombre duro y cruel. Conmutó la que hubiera sido una segura muerte para Jian por su acción de rebeldía en principio sin explicación, pero el traslado de la joven a uno de los pabellones del hogar adoptado por el rebelde dejó a todos convencidos del destino inexorable que la esperaba. Él tenía ya su familia constituida y su esposa formal, lo cual no era óbice para tener

varias concubinas. Una vida en las sombras y al servicio sexual del Taiping, eso sería el nuevo destino forzado de la joven. Tao se estremecía pensando en lo que significaría esto para Jian.

Sabía que esta preferiría incluso la muerte a esta vida. Lo intuía como madre, sabía que corrían por ella los genes propios y también la educación liberal que Piao le había brindado. Varias noches pasó en vela procurando armar una estrategia posible de solución, pero solo era una campesina, se lamentaba. No era una mujer de acción ni tenía las herramientas para liberarla.

Sin embargo Ming si podía intentarlo. Este nada le ocultaba y ella había sabido siempre los movimientos de Jian y su creciente interés por el taipan inglés. Había creído que el riesgo era inútil y que su niña desvariaba, pero era tan joven. Los sueños estaban permitidos a esa edad y tenía claro que nunca dejaría a Xian en la estacada y finalmente su buen juicio triunfaría, aceptando el casamiento arreglado.

La distorsión extrema de los planes mostraba ahora al demonio extranjero casi como la única opción de lograr liberar a Jian del yugo que estaba cerniéndose sobre ella. Por eso impulsó a Ming en sus planes y lo instó a encontrar el momento y la situación para informar al occidental de lo que había ocurrido. Si él sentía lo mismo que Jian sin duda buscaría el modo de ayudarla, al menos tenía esa esperanza.

El escaso peso que tanto ella como su hijo tenían en la ciudad hacía que sus movimientos no fueran vigilados y por tanto, siempre y cuando obedecieran y bajaran la cabeza, podrían encontrar aberturas de libertad o posibles escapes. Ella trabajaba ahora en el campo en la siembra, lo que le daba entrada y salida de la ciudad y tenía además vínculos esporádicos con Huang, la empleada de los Li que ahora servía en el palacete. Su hijo pudo encargarse de la preparación de los fletes en la fábrica, lo que le dio en primera instancia la oportunidad para llegar al Consulado inglés y contactar a Richard Baxter.

El encuentro fue brevísimo pero pudo trasmitir en pocas frases la situación. La faz del taipan se ensombreció y su quijada se encajó, en un gesto de furia e impotencia que le mostró que tanto él como su madre acertaban al visualizarlo como factible ayuda para Jian.

Este era el primer viaje con seda, le contó, pero habría dos más. Si estaba dispuesto a hacer algo por la muchacha, mañana sería la oportunidad de comenzar. Podía arreglar llevarlo entre los cajones vacíos; era riesgoso pero la única forma de llegar a Suzhou, ya que los caminos estaban controlados. Estos mismos arribos eran vigilados pero de manera casual, ya que Ming se mostraba como un simple burro de carga que obedecía sin cuestionamientos. No esperarían nada de él. Ahora bien, le advirtió, si decidía hacerlo la operación tenía que ser rápida y en las sombras de la noche siguiente. El tiempo urgía.

3—

El impacto que experimentó al enterarse de las desventuras de Jian hizo que lo embargara la tristeza primero y la furia después. Su dulce muchacha, tan frágil y pura, debía aceptar el fin de su familia y las urgencias amorosas y sexuales de un déspota. Solo de pensarlo le provocaba nauseas. Maldijo en principio a las autoridades chinas imperiales, tan encerradas en su palacio de Pekín, ignorantes e indiferentes al cruel destino de tantos de los suyos. Luego dirigió su silenciosa rabia a sus propios compatriotas, a quienes nada importaba la vida de miles de chinos siempre y cuando la seda continuara llegando y el opio consumiéndose, llenando sus arcas.

Luego de algunas horas, el exigente trabajo y la disciplina que su padre le habían impuesto tantos años ganaron la partida. Su mente se enfrió y comenzó a analizar la situación desde la perspectiva de Ming. Sabía que idolatraba a Jian y haría lo que fuera por ella y eso lo había llevado hasta él, arriesgando su vida.

Confiaba en que él podría hacer algo y se preguntó si estaría a la altura. Los Taiping eran organizados y tan sanguinarios como fuera necesario para imponerse. Él era… un cambiador de palabras, no un soldado. “Te equivocas. Eres un luchador, tu padre te preparó para esto. Nunca mejor empleado todo ese conocimiento”. Ming evidentemente tenía la forma de hacerlo llegar hasta Jian. Luego sería su turno de actuar.

Visualizó el terreno, buscando recordar los caminos que había

recorrido en el jardín las veces que había ido en misión oficial. Esto le trajo a la memoria sus encuentros con Jian. "¿Qué sería de ella, qué pensamientos pasarían por la mente de la joven? La desesperanza y el dolor debían ser atroces" suspiró.

Había lugares donde esconderse y esperar en el jardín pero necesitaban una ruta de escape de la ciudad. ¿Y después? La huida debía ser hacia el norte, rumbo a Shanghái, donde los Taiping no tenían injerencia. Aún.

Si todo salía bien, Jian sería libre. Pero debía pensar también en la contingencia; buscó sus armas y las limpió con calma. Se aprovisionó de municiones y preparó sus cuchillos de combate. "¿Estoy tan loco?" inquirióse. "Jamás he herido ni matado a nadie, rechacé ser marinero de guerra. ¿Y ahora me encuentro dispuesto a enfrentarme a una turba de sangrientos chinos?". Ella era la única razón por la que lo hacía, el único motivo valedero. En el hastío diario de su vida, era la llamita que mantenía su esperanza en pie. De un futuro mejor, de una vida juntos.

El día siguiente lo encontró listo y decidido. Presenció la llegada del nuevo cargamento con pretendida indiferencia y cuando pudo se escabulló y acabó entre los cajones que se iban vaciando y regresando al carruaje de carga que conducía Ming. El traqueteo le indicó que partían y por un instante el miedo lo paralizó. Pero no había vuelta atrás ni la pretendía.

El camino era largo y al arribar ya anochecía. Antes de ingresar a la ciudad comenzó a sentir la voz de Ming como una letanía que le advertía: "cuando yo lo diga deberá saltar del carruaje y esconderse en la carreta en la que una campesina está completando con pasto para los animales. No tenga temor, es mi madre. Le llevará a nuestra casa donde podremos pensar en cómo actuar".

Cuando así se lo indicó aquel se deslizó por el carro, procurando casi fundirse con su base y luego saltó hacia el mencionado vehículo hundiéndose en el pasto fresco, recién segado por la herramienta de la campesina que proseguía su labor sin descanso. Vio alejarse la comitiva de carruajes hacia la entrada de Suzhou y suspiró.

Vio a la mujer acomodarse para manejar el caballo que tiraba del carro. Su rostro le era vagamente familiar, seguramente le recordaba algo en Ming. La mujer le habló quedamente:

—Ingresaremos ahora. Hay guardia en la puerta pero he hecho esto diariamente por semanas. No habrá peligro si usted no se mueve.

Procedieron de esa forma. Contuvo el aire al sentir la orden seca que le ordenaba a la mujer continuar. Luego de minutos interminables de quietud se animó a mover algo el pasto para otear el panorama. Iban recorriendo una de las calles junto al canal; alcanzó a percibir el viento fresco y la luna que se levantaba sobre el cielo.

Cuando la marcha se detuvo Richard se encontró en el patio pequeño e interior de una humilde vivienda. Había una vaca y un cerdo en sendos corrales. La mujer descendió y abrió la puerta que evidentemente era trasera y luego de mirar hacia todos lados, le hizo señas de ingresar. Trató de hacerlo con rapidez, pero las horas de inmovilidad le pasaron factura y rodó penosamente, provocando chillidos de susto en el cerdo que tuvo que ser aplacado a escobazos por la mujer. Avergonzado por la primera imagen que obtenía de él y preguntándose si podría superar la torpeza y lograr su objetivo entró a la pequeña casa.

La mujer demoró pues descargó el pasto y alimentó a los animales con él. Cuando finalmente ingresó encendió unos faroles y le señaló el lugar menos expuesto y una litera.

—Allí. Podrá descansar. Prepararé algo de comer y esperaremos a Ming.

Capítulo 13.

1—

No tenía idea exacta del tiempo transcurrido ni le interesaba. Para ella se había detenido en el momento que sus padres habían muerto y lamentaba no haber podido concretar su deseo de irse con ellos. Si durante años suspiró porque su destino cambiara, jamás soñó siquiera que podía ser para algo tan malo. La naturaleza parecía reírse de los mortales y en su caso le había jugado una macabra jugarreta.

Se encontraba prisionera en la antigua mansión del Funcionario Real, en uno de los pabellones lujosamente adornados y rodeada del jardín que durante tantos años había visitado y admirado, lugar donde además había visto por primera vez a Richard. La sola imagen del hombre le dolía, su mente aún deliraba por él y su corazón mantenía tibia la llama que por él ardía.

La utopía del amor y la oscura realidad a la que se veía enfrentada la corroían. Su vida dependía de los caprichos de Zhao quien se había presentado ante ella con sus mejores galas y sonrisa, aunque esta no podía disimular ni por un instante la crueldad de su mirada ni su lascivia cada vez que posaba sus fríos ojos en ella. Notaba su deseo y tal vez hubiera procedido con mayor rapidez en otras circunstancias pero se creía dueño y señor de la ciudad y sus almas y su orgullo probablemente le impedían tomar el cuerpo de Jian sin que ella manifestara por un instante su acuerdo. No porque él lo necesitara en realidad ni porque fuera respetuoso, sino por vanidad.

No creía que esto durara mucho tiempo y hubiera preferido la muerte ante que entregarse a él. En sus fantasías toda ella pertenecía únicamente a Richard, a él consagraba su pureza y su ardor. El único consuelo que tenía era la presencia de Huang que había sido llevada para que la atendiera en sus necesidades. El incendio de su casa hizo que todo lo perdiera por lo que todo un ejército de costureras se había dedicado a prepararle los mejores trajes. Allí estaba ella, vestida con las más finas telas, peinada exquisitamente y preparada diariamente

casi como si fuera una autómata.

Rogaba a Huang que le diera algo para terminar con su vida, pero esta asustada había escondido todo lo que pudiera ser peligroso y la alentaba a continuar, esperanzándola en un cambio que pudiera venir, en un golpe del azar que la salvara. Sabía que esto era un imposible y rendirse a los pies del Taiping parecía la única lógica de sobrevivencia. “¿Pero a qué costo? Una prostituta de lujo, un pájaro encerrado en una dorada jaula para disfrute de un ser vil. Terminaría siendo un objeto.”

Los días anteriores había estado sola, pero en dos ocasiones Zhao había ingresado mostrando su porte de amo y señor, obligándola a tomar el té de manera ceremonial y dejando claro con sus palabras que pronto sería el momento de comenzar un vínculo más directo y carnal. Era despiadado hasta con sus palabras, ensuciando con las mismas el que debería ser un acto único y de unión de seres que se idolatran. Así había sido con sus padres y de tal forma había sido instruida por Xian que no escatimó detalles en su preparación matrimonial. El sexo era parte del orden natural y no debía haber culpa en practicarlo y disfrutarlo, pero era una unión que se practicaba en la intimidad de una familia y la pareja, con fines reproductivos y también de completud de ambos seres. Era casi un acto sagrado, le había confiado Xian.

Todo eso se diluía ante los apetitos descarnados de un ser despreciable y ruin por el que nunca podría sentir más que desprecio y odio. Él era el culpable de todas sus desgracias y de la ruptura trágica de su familia. Era el símbolo de todo lo que detestaba: destrucción, caos, opresión y manipulación.

Ese día su ánimo permanecía incambiado pero no pudo evitar notar que Huang se movía con presteza y la miraba repetidamente. Seguramente estaba inquieta por ella, había estado siempre pegada a su madre y para ella misma era sinónimo de su familia e infancia. Al cabo de un buen rato se acercó a ella y tomándola de la mano la hizo sentar frente a sí en una de las ricas alfombras.

—Hay una salida—susurró con nervio en su voz—.Pero es riesgoso.

Sus ojos se abrieron como platos y por primera vez en tiempo sintió latir su corazón y su garganta agitarse por la expectativa.

—¿Cómo?

—Ming y su madre…

Ming, siempre ahí. Probablemente intentaba ser fiel a la promesa que había hecho a su padre de cuidarla y protegerla. La algarabía del comienzo se aguó un tanto. No quería comprometerlo y cualquier acción de su parte lo expondría, así como a su madre.

—No quiero que les pase lo que a tantos otros.

—Están dispuestos a ayudarte y su compromiso es irreductible. Tienen una deuda de sangre contigo—mencionó misteriosamente—. Pero además han logrado que el inglés que traduce los ayude.

—¿Richard? —casi gritó—. ¿Está aquí, viene por mi?.

Todo su cuerpo tembló irracionalmente. ¡Venía por ella, no la había olvidado!

—¡Calla! ¡Nadie debe sospechar nada! La única esperanza es proceder con absoluta sorpresa y silencio. Vendrán por ti. Esta noche. Te prepararé y fingiremos tu huída.

—Pero los guardias están por todos lados.

—Todo está planeado para distraerlos. Pero no puede haber errores y tú debes obedecer sin chistar.

Dicho esto la mujer se abocó a preparar la frugal comida y continuó limpiando todo como habitualmente. Salió con parte de su ropa para procurar lavarla, según dijo y al volver venía con un paquete que guardó.

Jian sentía que los nervios y la intriga la carcomían pero la posición que le tocaba era callar y obedecer. Cuando las sombras de la noche comenzaron a caer vio que Huang preparaba bebida y salía con ellas al pequeño patio y corredor que rodeaban el pabellón en el que se encontraba. Brindó los vasos a los guardias que aceptaron gustosos. Dejó para ellos una botella que escondieron entre los arbustos.

Al regresar le hizo un gesto de silencio y abrió el paquete que antes había traído, desplegando un traje oscuro de hombre, un sencillo conjunto de pantalones y blusa holgada. La ayudó a vestirlo y luego la sentó con calma y procedió a cortar su cabello, en una acción

repentina que la asustó.

—Debemos lograr cambiar tu apariencia. De otro modo no podremos sacarte de aquí.

La dejó hacer y la caída de cada mechón era un símbolo más de su vida que cambiaba otra vez. Cuando la mujer terminó la hizo levantarse y le entregó un pequeño cuchillo labrado que le hizo guardar entre sus ropajes.

—¡Ten! No dudes en usarlo de ser necesario. Tu vida se juega en ello. Ahora esperaremos.

Miró hacia afuera y salió brevemente para luego reingresar.

—Están dormidos—se refería a los guardias.

Se escuchó un breve golpe y al abrir ingresaron con rapidez dos hombres: Ming y Richard.

Quedó sin aliento solo de mirarlo, no esbozó sonido pero sus ojos conectados expresaron el sentir de ambos.

—¡Vamos!¡Es hora! —instó Ming a la vez que golpeaba con saña a Huang y la hacía caer inconsciente.

—¡No! —su grito fue cortado por la mano de Richard que se posó con fuerza en sus labios y la levantó en vilo.

—¡Es necesario! Ella estuvo de acuerdo. De otro modo sería ejecutada cuando se compruebe que no estás.

Vio a Ming mirar hacia afuera y señalar la salida. Se tomó con fuerza del cuello de Richard y por primera vez en largo tiempo sintió que vivía. Salieron al pequeño patio y recorrieron con prisa el sendero. Pasaron ante inmutables guardias que si bien parecían vigilar, eran estatuas dormidas gracias al brebaje proporcionado por Huang. Rogó que nada de esto hubiera quedado en el pabellón porque sería culpada su buena amiga. Cuando estaban a punto de colarse entre la espesura de unos árboles altos divisaron una figura que se deslizaba rumbo al pabellón.

Se tiraron al suelo con rapidez y para su pavor reconoció a Zhao que se movía con cierta rigidez y en solitario. Seguramente iba en busca de su trofeo. Descubriría lo que pasaba antes que tuvieran tiempo de escapar. Vio la mirada de desesperación de Ming a su amado y como este la soltaba y hacía amagues a Ming de que

continuara.

Trató de hacerlo ir a él también pero la fuerza de su amigo la arrastró hacia los árboles y la obligó a correr.

—¡Debemos ayudarle!

—Él sabe defenderse y vino aquí a por ti. No podemos dejar de correr y cumplir aquello por lo que se arriesgó.

Corrieron hasta que sus corazones parecían salirse de sus pechos y cuando finalmente emergieron de la espesura, había una carreta esperando por ellos. Hizo lo que Ming, hundiéndose entre unos cajones y cueros viejos de olores nauseabundos y entonces el conductor partió.

—¡Richard, debemos esperarlo! —habló casi histéricamente.

—Pararemos brevemente unas calles más allá, sería sospechoso seguir aquí—indicó Ming—. Mi madre conduce. Nos llevará a casa y mañana antes del amanecer partiremos hacia el campo de labor, ambos escondidos. Luego veremos.

El traqueteo del vehículo se detuvo luego de algunas calles y luego finalmente recomenzó. Richard no aparecía. La exaltación por su liberación se llenó de angustia por no saber de él y conocerlo en peligro.

2—

Se hincó sobre una rodilla a la vez que sacaba su cuchillo y lo sostenía con firmeza. No había opciones ni elección, si no detenía al Taiping y lo silenciaba toda la jauría iría tras Jian y eliminaría a Ming y a él mismo cortando de raíz su objetivo.

Una vez lo tuvo a su alcance saltó sobre él dispuesto a herirlo de muerte. La sorpresa inicial jugó a su favor pero Zhao era fuerte y a pesar de estar alcoholizado lo pudo contrarrestar. Estaba acostumbrado al trabajo duro y la lucha cuerpo a cuerpo por lo cual rápidamente se echó sobre el inglés, que en el envión perdió su arma y con esto la ventaja inicial.

El Taiping lo golpeó con fiereza mas pudo sortear algunos puñetazos y conectar alguno que provocó la caída de aquel, con tanta

mala suerte que pudo alcanzar el cuchillo perdido. La sonrisa que se dibujó en su rostro al lanzarse contra él se amplió al lograr herir superficialmente a Richard. Procuró rematarlo pero entonces tropezó y cayó, quedando a su merced y sin pensar conectó un mazazo en su rostro y luego dobló su mano, forzando el cuchillo sobre el pecho del rebelde. Sintió como este abría la carne y se hundía y vio la sangre brotar a borbotones. El brillo de la mirada se perdió en Zhao y su inerte cuerpo quedó en sus brazos, pero rápidamente lo quitó de encima. Estaba agotado e impresionado por lo que acababa de hacer. Sabía que la posibilidad existía pero fantaseó con poder lograr la huida con limpieza. Pues ya estaba, no había podido ser. Y peligraba.

Sacudió todo remordimiento y pensó con rapidez. Ming y Jian ya deberían haber alcanzado la carreta y si procedieron como debían estarían en movimiento. Su propia posición quedaba expuesta; no tenía vehículo y moverse en las sombras de la noche no sería fácil para un extranjero que además debería sortear los guardias colocados estratégicamente por la ciudad. Pero además su acción implicaba que al verificar la muerte de Zhao y la huída de la muchacha los rebeldes organizarían la búsqueda despiadada. No habría salida al amanecer.

La única opción era ahora. Un alocado plan se abrió en su mente y decidió hacer caso a su instinto. Desvistió a uno de los noqueados guardias agradeciendo que la poderosa bebida narcotizada servida por Huang fuera garantía de su quietud. Tomó luego al inerte Zhao y lo limpió como pudo para eliminar la sangre. Quien lo viera creería que era uno de los custodias transportando hasta la casa al borracho jefe. Por fortuna no se cruzó con nadie, la noche era impenetrable y los Taiping se consideraban inexpugnables.

Cuando llegó al patio principal miró con cuidado y luego se dirigió con su pesada carga a la zona donde se guardaban los vehículos, contigua a las caballerizas. Tomó uno y eligió los caballos que se le antojaron más fuertes. Apostó el cadáver de Zhao en el interior de modo que pareciera que dormía la mona y se apuró a mover el carruaje. Debería pasar por la entrada con calma y así lo hizo.

Los guardias dormitaban y uno de ellos miró con cierta

sorpresa, por fortuna a lo que podía verse del jefe y no al cochero. Pero el temor que el hombre inspiraba evidentemente opacaba toda inquisición y pudo atravesar sin problemas. Una vez afuera apuró la marcha y se dirigió a la casa de Ming. Debían moverse con presteza para garantizar la salida de la ciudad. Llamaría pronto la atención un carruaje de gala en la vivienda de la humilde Tao.

Golpeó quedamente y le abrieron con prontitud no bien comprobaron su identidad. Pretendió ahogar toda conversación con su plan pero Jian se precipitó a sus brazos casi con histeria, mientras farfullaba lo asustada que había estado y lo feliz que la hacía verlo nuevamente. Tomó su cara con ternura pasando su mano por el ahora desmechado cabello. Ni siquiera así se podía disimular su arrobadora belleza. Posó sus labios en un beso tierno y rápido y la abrazó a su costado, conminándola a la calma.

Miró ahora a Ming y le relató los hechos así como el plan. No había opciones, por tanto la discusión no existió. Tao llevó a Jian a un rincón y la calmó mientras los hombres armaban todo. Ming sería el cochero y los demás irían escondidos en el carruaje. Deberían seguir usando, pese a lo terrible que les parecía, el cuerpo de Zhao como escudo. Una vez lejos, si es que lograban traspasar, deberían abandonar el vehículo y arriesgarse a continuar a pie o en lo que consiguieran.

—Iremos hacia Shanghái. El camino es largo para el que huye y los rebeldes nos perseguirán con saña cuando descubran lo que pasó. Deberemos confiar en la buena voluntad de los campesinos con los que nos topemos.

Empacar fue sumamente sencillo: no mucho más que lo puesto y algunos alimentos por lo que apenas tres cuartos de hora pasaron hasta que emprendieron la marcha. Los rostros de Tao y Ming aunque procuraban estar impávidos, no pudieron evitar un dejo de angustia al dejar atrás el que había sido su hogar toda la vida. Estaban ahora echados a su suerte y con el peligro pisándole los talones. Admiró la entereza y entrega para con Jian que los llevaba a exponer todo por salvarla.

Una vez acercándose a la guardia de la puerta de entrada a la

ciudad, todos se tensionaron. Ming condujo sin alterar el ritmo y antes de llegar su voz se hizo sentir, conminando a los guardias a dejar pasar al jefe que salía de la ciudad. El carruaje era amplio pero cuatro cuerpos en su interior eran bastante, lo que obligaba a las mujeres a ir acurrucadas contra el piso del mismo. Richard se había apostado al lado del cuerpo de Zhao, cubierto por las cortinillas. Al pasar hizo escurrir el brazo del muerto y agitarse en señal de saludo, como quien movía un títere.

Siguieron su camino temiendo cada segundo la voz de alto o la persecución que hiciera notar que el engaño había sido descubierto, que su artimaña no funcionaba, pero muchos minutos después la voz de Ming exultante los liberó momentáneamente del miedo.

—¡Pasamos y circulamos sin escolta! Por un momento temí que quisieran acompañarnos. El amanecer sobrevendrá en unas horas. Seguiré conduciendo y antes que el sol se eleve deberemos dejar coche y cuerpo escondidos.

—El tiempo que demoren en entender lo que pasó y en encontrar al jefe es vital—señaló el inglés—. Nos da más margen de huída.

Las mujeres suspiraron y se estiraron, procurando adoptar posiciones más cómodas. Al hacerlo Jian rozó el cuerpo de Zhao y se estremeció.

—¿Es necesario que viajemos con él? Es inmundo y me atemoriza.

—Cuando encontremos un lugar donde dejarlo sin huellas, así será. Pero por ahora es vital.

La miró con intensidad y tomó su mano, apretándola con fuerza. Ella la llevó a su mejilla.

—Pensé que nunca te volvería a ver—le susurró, mientras él asentía—. Mi vida ha sido un infierno. Mis padres…

—Lo sé—procuró consolarla—. Déjalo ahora, estás libre.

—Gracias a ti. Soñé muchas veces que venías por mí, pero era una fantasía loca que borraba de mi mente.

—Gracias a Ming y a Tao—miró a la mujer, que miraba con calma hacia la negrura exterior—. Ellos fueron quienes prepararon

todo, quienes me contactaron y me dieron los medios para llegar a ti. Sin ellos, nada hubiera ocurrido.

Jian se precipitó en los brazos de Tao, que la recibió con amor y acariciando su cabello la arrulló cual niña pequeña.

—¡Nunca podré devolverles lo que han hecho por mí! El riesgo que tomaron, tuvieron que abandonar todo por esto—sollozó.

—Calla, mi niña—urgió la más anciana—. Desde que Xian murió, eres y seguirás siendo mi desvelo. Siempre estaré ahí para ti.

El ambiente era extraño: impregnado de emoción y amor mutuo de distinta índole entre los huidos: el amor filial que se traslucía pero no podía ser dicho por Tao, el amor romántico no declarado pero evidente, y la muerte que los contemplaba desde los vacíos ojos de Zhao.

Capítulo 14.

1—

Su corazón saltaba de gozo y palpitaba la emoción de sentirse viva y libre después de mucho, cuando ya creía que su futuro era oscuro y maldito. Él había ido por ella tal como lo soñó alocadamente y ahora marchaban juntos rumbo a la salvación. No podía desprender los ojos de su apostura resaltada aún más si cabe por sus vestiduras de campesino, demasiado estrechas para su figura.

Aun cuando faltaba mucho trayecto por recorrer y el peligro no estaba lejano, sentía que por primera vez sus fantasías comenzaban a cobrar vida. “Aunque a qué costo” razonó. Su familia, sus queridos padres muertos y su hogar devastado. La fábrica por la que su padre había perdido horas de sueño en maños extrañas. Tao y Ming sin hogar. “¿Y Richard?” se inquirió de pronto. “¿A qué se exponía, qué dejaba atrás?”. De pronto sintió remordimientos.

—Jamás quise que todo se desmoronara. Soñé con evitar un matrimonio arreglado y a cambio obtuve la muerte y destrucción— señaló con angustia—. ¿Qué será de tu vida ahora, Richard? ¿A qué te has expuesto al ayudarme así?

Este la miró y levantó los hombros en señal de ¿indiferencia o pesar?

—Eso ha quedado atrás. Debemos concentrarnos en el aquí y el ahora. Todavía estamos en riesgo y la cautela es fundamental.

El amanecer se acercaba y por tanto al llegar a un punto del camino donde este se rodeaba de vegetación tupida escondieron el cuerpo de Zhao, procurando cubrirlo con ramas y piedras. Enterrarlo llevaría demasiado tiempo. “No lo merece, arrojó a mi madre a una zanja con otros” pensaba con furia.

Un poco más adelante quedó el carruaje y desde allí todos continuaron a pié. No era extraño encontrar familias que se dirigían a uno u otro lugar aunque en este particular grupo destacaba la presencia de un extranjero, detalle indisimulable a pesar de las

vestiduras. Mientras nadie se acercara demasiado podría pasar inadvertido, sin embargo.

Caminaron durante un largo trecho deteniéndose apenas a consumir el frugal alimento que llevaban y que no alcanzaría a evadir el apetito por mucho tiempo. Al cabo de un tiempo el cuerpo le comenzó a pasar factura a Jian, poco acostumbrada a los esfuerzos físicos de cualquier índole excepto la danza. Trató de seguir el ritmo pero llegó el momento en que se hizo evidente que se retrasaba y esto implicó pensar en detenerse en alguna de las casas de campo y labranza que se veían de tanto en tanto y solicitar amparo.

—Me adelantaré y pediré hospedaje y alimento a cambio de trabajo. Diré que son mi madre y hermanos. No debes dejarte ver, tapa tu cabeza lo más que puedas y diré que tienes una lesión.

Así fue como Ming consiguió que les cedieran un espacio en un pequeño galpón que hacía las veces de granero y donde la familia campesina que los auxilió guardaba sus reservas. La humildad del lugar y la gente era obvia pero se acompañaba por su hospitalidad. Tanto Tao como su hijo ayudaron en las tareas de labranza que estaban haciendo transportando bolsas con grano hacia el lugar donde se quedarían. Además de compensar de esa manera la ayuda evitaban que se acercaran tanto como para descubrir la condición de taipan de Richard.

Liberado este de la tensión del peligro inmediato y la adrenalina, aflojó su cuerpo y se tendió sobre las bolsas que servían de improvisado lecho. Lo miró con ternura y con tal intensidad que él debió sentir el fuego de sus ojos sobre sí, pues se dio vuelta para confrontarla.

—Ha sido una larga noche y nos espera mucho. Pero ahora debemos descansar. Tú estás agotada, ven aquí, tiéndete a mi lado. Es imperioso recuperarse para poder continuar.

Así lo hizo, un tanto intimidada por la cercanía de ambos cuerpos. Aún cuando muchas veces lo había soñado la cohibía.

—Nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí.

—No lo pretendo. Lo hice también por mí; sentí que moría cuando Ming me contó tu tragedia y las intenciones de ese rebelde.

Hacía mucho que te extrañaba, pero no te busqué antes porque sabía que no querías evadir tu destino.

—Si quería hacerlo, pero no podía. Se lo debía a mis padres y era lo correcto. Pero la invasión hizo todo mucho peor.

—¡Debes haber sufrido lo indecible!

Las terribles escenas de lo que fue su vida en los últimos meses se sucedieron ante sus ojos y anegaron su rostro. Pretendió esconder el llanto pero este sacudió su cuerpo. Richard la tomó en sus brazos y besó sus lágrimas con dulzura. Ella se aferró a él como un náufrago a un madero y lo besó a su vez. La pasión entre los dos, contenida y no expresa, encontró en el largo y fiero beso el canal de salida.

—No he dejado de pensar en ti, nunca he podido desde que te conocí—le susurró él, para su dicha.

Temía siempre vivir en un sueño individual pero esa declaración le hacía ver que el sentimiento era mutuo, que eran dos almas en búsqueda constante.

—Para mi has sido el único hombre en el que he podido pensar. Desde que era niña, cuando te vi por primera vez en el jardín del Funcionario. Me asustaste por tu condición de taipan pero invadiste mi mente.

El ruido en la zona de ingreso los trajo nuevamente a la realidad. Ming volvía con novedades.

—Las incursiones de los Taiping apenas se han hecho visibles por esta zona. Pero saben quiénes son. Esta gente es amable y nos ofrecieron quedarnos más, pero le hemos dicho que solo por esta noche. Han ofrecido compartir su cena y aceptamos aunque argumentamos que tú evitas el contacto con la gente pues te sientes avergonzado de tus quemaduras. No será extraño que no acudas. Y tú puedes quedarte a hacerle compañía.

—¿No será muy sospechoso?

—Son gente de trabajo y sencilla, acostumbrados a los viajeros. No hacen preguntas. Antes que salga el sol mañana, partiremos nuevamente.

El sueño abatió a todos con prontitud y trataron de aprovechar las horas de tranquilidad para reponer las energías que sabían serían

vitales para continuar hacia el objetivo: Shanghái. Al anochecer madre e hijo se acercaron a la vivienda principal, modesto reducto de los campesinos. Habían provisto previamente a los jóvenes de algo de paz, arroz con vegetales, carne de cerdo y agua.

—Un banquete—sonrió Richard.

Ella asintió y se abocaron a comer con ansiedad. Se sintió observada y al mirarlo tan atento sobre su figura se sonrojó.

—Estoy muy desaseada y mi cabello es un desastre. La pobre Huang hizo lo que pudo.

—Te ves tan bella como siempre. Más aún si eso es posible—contestó haciendo que sus ojos brillaran por el halago.

—Seguramente no compito con tus compatriotas, esas taipans tan coloridas y con vestimentas y peinados tan extraños.

—Prefiero verte a ti en tu vestimenta de campesina una y mil veces—la tomó por la barbilla y le dio un beso suave.

Era la primera vez que su cuerpo tomaba contacto con el de un hombre y afortunadamente era él, con quien tanto había fantaseado. Sus sentidos despertaban y su mente la movía hacia él, buscando experimentar las delicias de la ternura compartida. Se perdió en sus labios y se apretó contra su pecho buscando su calor. Sus respiraciones entrecruzadas hablaban de hambre mutua de exploración y disfrute.

—Tus labios y tu piel son tan suaves como las sedas de Suzhou —señaló él —. Y ni siquiera los momentos pasados y la tensión vividas pueden quitarte ese suave olor a flores que tanto me gusta.

Las palabras salían de su boca y asemejaban perlas para sus oídos, deleitados por saberse objeto del gusto y la pasión del amante. Ella tomó su rostro entre sus pequeñas manos y lo sintió áspero, fruto de la sombra de barba que comenzaba a asomar por la falta de afeite. Admiró su anguloso rostro y se perdió en sus brumosos ojos grises. Sus manos ascendieron para entrelazar el rebelde cabello negro.

El pasar de los minutos hizo subir la temperatura y el tenor de las caricias se hizo más osado. Liberados de las ataduras que imponían las buenas costumbres y sus respectivas culturas así como incentivados por la peculiar y peligrosa situación en la que navegaban, ambos

tenían dificultades para reprimir lo que sentían. Tendidos sobre un lecho de bolsas y suave heno se abrazaron y besaron hasta el hartazgo hasta que Richard reaccionó y la apartó con suavidad, con evidente esfuerzo.

—Lo lamento, Jian. La pasión que siento por ti es difícil de reprimir. No quiero faltarte el respeto ni que sientas que me debes algo por haber colaborado en tu liberación.

Lo miró con atención. No había pasado esta idea por su mente ni por asomo. La embargaba la misma pasión que a él y no veía motivos por impedir que esto se expresara. Solo tenía idea de lo que significaba la unión íntima de dos seres desde la descripción fría de Xian pero intuía que era la consumación del amor cuando se daba entre quienes se elegían. Por ello apoyó su mano en el hombro de su amante y le dijo:

—El hilo rojo de nuestro destino nos trajo aquí hoy. No sabemos si podremos seguir juntos, si podremos escapar, si permaneceremos con vida mañana. Nuestro amor es ahora—lo urgió.

Richard la miró y pareció ella más adulta y madura. Acostumbrado tal vez a pensarla desde la castidad y el amor platónico le resultaba en principio embarazoso visualizarla como amante. Pero pronto estos pruritos quedaron de lado al ver que dejaba caer sus sombrías y pobres vestiduras y descubría la belleza de su cuerpo nacarado, firme y terso que se ofrecía ante él sin embagues. La amó aún más por eso.

Tomó sus pechos tensos y admiró sus rosados pezones los que cubrió de besos, provocando que ella se cimbrara como un sutil bambú. Sintió su excitación crecer y su energía yin activarse; sensaciones desconocidas la embargaban provocándole gemidos. Perdida totalmente cualquier timidez que pudiera haber sentido, se concentró en quitar la camisa del amante y recorrer con admiración sus músculos. Acarició y masajeó abdominales mientras él alternaba sus besos entre su cuello y sus senos hasta hacerla delirar.

Ya desnudo también él, se admiraron mutuamente, recorriéndose con lentitud con manos y bocas, casi como si el mundo se hubiera detenido y el tiempo estuviera de su parte. Él la conducía

con gentileza y sabiduría, buscando su complicidad, sin apuros ni conflictos. Cuando la excitación alcanzó su cumbre, él la penetró con suavidad buscando vencer la natural resistencia que su cuerpo virgen ofrecía. Una vez que la molestia inicial pasó, sintió que entendía a lo que se refería su madre cuando describía el acto como “divino”. No recordaba haber sentido jamás esa sensación de plenitud, casi como si otra pieza de su cuerpo se hubiera ensamblado. Al sentir que el derramaba en ella su energía yang sintió que el ciclo se cumplía y ambos fortalecían sus cuerpos. Consumada la unión física a la vez que espiritual, permanecieron fundidos un momento y luego él se apartó con suavidad, acariciando su rostro.

—Te amo, Jian. Como nunca pensé ni esperé querer a nadie. Como nunca lo sentí por nadie.

—Estás fundido en mi, Richard. Somos dos espíritus destinados a quererse hasta el fin de los tiempos, lo presiento. Pase lo que pase, será así.

Diálogo simple pero que trazaba en palabras lo que sentían cuerpos y corazones. Recompuestas la vestimenta y alcanzada la calma, se abrazaron con infinita ternura. No sabían que sería de sus vidas y si podrían compartirlas, pero el mágico momento dejaba huella imperecedera en ambos.

2—

El agotamiento los durmió y por ello no escucharon a Ming y Tao regresar. Richard despertó cuando aún era noche cerrada y trató de acostumbrar sus ojos a la oscuridad reinante. A su lado escuchaba la respiración pausada de Jian. El recuerdo del momento vivido hacía pocas horas lo embargó y lo emocionó. No era tanta la experiencia que tenía con mujeres y la sexual se restringía casi exclusivamente a la de la casa de citas de Suzhou. Pero había tenido una maestra sabia y ello le permitió proceder con absoluta calma buscando dar placer al tiempo de recibirlo, conduciendo a su inexperiente amante por los senderos del amor físico. Tuvo temor al comienzo pero luego el amor que se tenían cumplió el rol que debía. Nada tenían para lamentarse y

sí para agradecer.

Ahora tocaba continuar. Roto el mágico instante la oscura realidad se asomaba y le avisaba lo urgente de seguir. Por ello despertó a Ming y le preguntó hacia dónde irían.

—Seguiremos por el camino hacia el norte. El campesino me dijo que a unos cuantos kilómetros podremos abordar un barco que lleva pasajeros por el Yang—tse. Debemos llegar.

—Saldremos en poco tiempo. Preparemos todo para el trayecto.

Así lo hicieron y con las primeras luces del alba partieron, en silencio. Varias horas de trayecto cada vez más duro bajo un sol inclemente hicieron mella en ellos y se detuvieron a la sombras de unos sauces. Al poco tiempo alcanzaron a ver una figura que se acercaba, solitaria. Aún así la cautela hizo que Richard se ocultara como pudiera. Al llegar a ellos, un sorprendido Ming lanzó una interjección. A lomos de un caballo que se veía bastante agotado venía uno de los hijos del campesino que les había dado asilo.

—¿Qué ha pasado? —gritó Tao.

—Me ha enviado mi padre. Hemos recibido la visita de un pequeño grupo de hombres taiping, nerviosos y armados.

Un sudor frio corrió por su frente pero se resistió a salir de su escondite; Ming averiguaría lo necesario.

—Buscaban a una mujer y un taipan—relató el joven—. Estaban furiosos y casi arrasan con nuestra casa en su busca. Dicen que mataron a su gran jefe. Mi padre pensó que esta información podría serles útil. Nada dijimos y fingimos jamás haberlos visto.

—Gracias—susurró Tao tomando la mano del niño—. Regresa y agradece a tus padres. ¿Hacia dónde fueron?

—Están buscando en todos los alrededores, pero esperaban a otros grupos que se unirán a ellos y se encaminaran hacia donde van ustedes.

—Regresa ahora—conminó Ming—. No te detengas.

El joven así lo hizo. Mientras lo veían perderse nuevamente por el camino, esta vez de regreso, Richard se unió a los demás.

—Han descubierto todo y es cuestión de tiempo nos encuentren —dijo una alarmada y temerosa Jian.

—Bendito ese campesino. Sospechó la verdad y nada dijo. ¿Pero cómo es posible que los Taiping sepan que tú estás involucrado? —dijo Ming pensativamente.

—La única explicación es que hayan obligado a Huang a hablar y confesar. No deben haber creído su no involucramiento—señaló Tao con pesar.

Esto solo era posible si la pobre mujer fue objeto de torturas, lo sabía bien. Adoraba a Jian y no la expondría salvo una situación excepcional. No dudaba que los rebeldes podían ser crueles. Imploró mentalmente por la anciana mujer.

—Esto los ha llevado a recorrer las zonas aledañas. Obviamente encontraron a Zhao. La cacería comenzó y no nos darán tregua—señaló.

Nada había mencionado el mensajero de Ming y su madre, por lo que era evidente que no habían hecho aún la conexión y tal vez no la hicieran. Sospecharían de otra ayuda interna pero era más que improbable que pudieran saber cual, habida cuenta su condición de invasores extranjeros en la ciudad. Llamó al otro hombre aparte y le comentó esto.

—Al único que pueden reconocer por la evidencia de mi condición de occidental es a mí. En este momento soy para ustedes un escollo más que una salida. Soy la denuncia pública de su condición de huidos.

El muchacho asintió con pesar. Era claro para ambos que si no se separaban las probabilidades de sobrevivir eran remotas para todos.

—Debo dejarlos—murmuró con intenso pesar.

Le dolía en el alma abandonar a Jian ahora, pero quedarse era exponerla a la muerte.

—Ustedes tres pueden pasar por una familia campesina. Jian está irreconocible. Yo buscaré como llegar a la legación de mi país. Es mi única opción, aunque provoque el mayor dolor de cabeza a mis compatriotas.

—No puedes moverte a pié. Eres un blanco ambulante—argumentó Ming—. Deberemos ver cómo conseguirte un caballo. Es una pena que hayamos dejado ir a los del carruaje.

—Eran fácilmente identificables por ellos. Dado que nada tenemos para cambiar, deberé robarlo. No me hace gracia dejar sin recurso a algún pobre campesino pero no tengo otra chance. Y cabalgaré tentando a la suerte y a mi destino.

El breve intercambio de palabras había sido contemplado con expectación por las mujeres. Una vez interiorizadas del mismo, Tao calló mientras Jian gritaba su desacuerdo.

—No hay otra posibilidad. Separados somos menos identificables. Ustedes tendrán más oportunidad de tomar el barco hacia Shanghai y yo de llegar a territorio neutral. Después, será cuestión de tiempo el reencuentro—procuró tranquilizarla con voz más segura de lo que internamente sentía.

—¡Iré contigo, no te dejaré solo!

—¿Y tirarás por la borda lo que hemos logrado? ¿Qué oportunidad crees que tendríamos juntos? Incluso si contáramos con una impensable buena suerte y llegáramos al Consulado, estoy seguro mis compatriotas te entregarían de vuelta para evitar problemas.

Esto provocó el horror y la incredulidad en ella pero poco a poco los argumentos de los demás la convencieron, a pesar de lo que su corazón le dictaba. Presentía que si se separaban no habría vuelta atrás.

—¿Cómo escaparás y lograrás llegar dónde el resto de los extranjeros? —señaló Tao—. Nosotros podemos ir lento pero tú no puedes darte ese lujo. Tampoco te puedes hacer visible en horarios de mucha luz

—Conseguiré un transporte como sea.

—Yo lo haré por ti—dijo Ming—. Tu condición te cierra las puertas de cualquier sitio poblado al que te acerques. Hay algunas casas más adelante. Iré y veré que puedo conseguirte.

Sin mayor discurso se dirigió con rapidez por el camino y desapareció. Varias horas transcurrieron en relativo mutismo. La inminencia de la separación ponía una barrera de angustia entre ambos, especialmente en ella. Por momentos parecía a punto de estallar en lágrimas o berrinches pero lograba sobreponerse. Tao se acercó varias veces y la consolaba tratando de distraerla y apuntando a posibles actividades cuando llegaran a Shanghái.

Con las sombras de la noche reapareció Ming, montando penosamente un corcel que evidentemente sobrepasaba sus habilidades de jinete.

—¡Lo has logrado! ¿Cómo has hecho?

—Mejor no preguntes. Alguien va a sufrir fuertes dolores por varios días—agregó.

El aprieto en el que estaban ponía a prueba hasta la decencia y el honor, pensó Richard, pero sin pruritos aceptó el caballo. Agradecía nuevamente las lecciones de su padre que lo habían entrenado para poder montar con solvencia. No habría podido de otro modo: en Liverpool jamás había montado antes.

—No debes perder tiempo. Corre como el viento, aprovecha la noche y descansa de día. La distancia no es grande. Nosotros proseguiremos como hasta ahora. Hay un lugar más adelante donde podremos pedir ayuda y ofrecer nuestro trabajo. Necesitan manos laboriosas, tienen un extenso sembradío y muchos animales. Con suerte nos haremos de lo necesario para tomar el barco en algunos días.

Asintió y se preparó. La Legación estaba cerca del río y si se pegaba a él llegaría a sus proximidades. Conocía el camino por haberlo recorrido muchas veces, aunque de noche y evadiendo obstáculos sería un desafío. Ya listo, pues nada tenía para llevar consigo, se despidió con énfasis de Tao y Ming y buscó la mejor forma de hacerlo de Jian. Las palabras se agolpaban en su garganta y sabía que ella se debatía entre el amor que le tenía y la rabia de dejarlo ir.

—Jian… Eres mi destino. No lo dudes nunca. Pase lo que pase, una parte de mi queda contigo. Solo la recuperaré cuando volvamos a estar juntos. Ojalá que eso sea pronto pero si no lo es, por alguna razón ajena a mí, no me olvides. Lo único que tengo es tu amor.

Ella tomó su rostro con ambas manos y lo besó con fuerza, largamente. La dulzura del gesto se mezcló con el sabor salado de las lágrimas y dio la vuelta para alejarse. Lo último que vio al partir fue su silueta recortada en las sombras. Rogó tener vida para regresar junto a ella.

Capítulo 15.

1—

Su vida había sido pacífica y tranquila los primeros diecisiete años. Sin embargo al cumplir esa edad parecía que había ingresado en una rueda que giraba a una increíble velocidad y había trastocado la misma para siempre. Sin familia ni pertenencias, acosada por el miedo y la angustia de volverse la esclava sexual de un rebelde sin escrúpulos había sido luego rescatada por sus únicos amigos y por el hombre que amaba. Había subido y bajado una montaña de ilusiones y sensaciones con él solo de compartir algunas horas, que atesoraría para siempre. Y cuando creía haber ganado las mieles de la pasión y el amor eterno el azar volvía a jugar sus cartas y le quitaba a Richard. ¿Qué sería de él? ¿Lograría llegar? ¿Podría volver a verlo en Shanghái?

La noche se hizo corta y sus ojos se secaron de tanto derramar llanto. A pesar que trató de guardar para sí la angustia, Tao lo sabía.

—Podrías abastecer al Yang-tse con tus lágrimas, niña— le dijo con ternura al amanecer—. La vida está llena de vaivenes pero debes tener fe y continuar. Somos meras plumas lanzadas al viento; volamos y giramos a su antojo. Pero este siempre reúne, más allá o más acá, lo que separa.

—Es más lo que separa que lo que une, me parece— acotó tristemente—. Pero ya está de lamentos, lo afirmo. No seré un estorbo para ustedes. Son mi familia ahora y trabajaremos a la par.

Su talante se imponía por encima de sus angustias y la forzaba a levantarse y continuar. Recibió la aprobación de Tao y una palmada en la espalda de Ming.

—Por cierto que somos familia y es un ejemplo del destino—dijo—. Seremos madre e hijos en tránsito a Shanghái. Buscamos mejores oportunidades y tenemos familia allí. Ese será nuestro discurso.

—La familia de mi madre vive allí, estoy segura que nos darán ayuda y asilo—comentó.

—Pues bien, adelante. Marchemos y hagamos lo que sea necesario para llegar—terció Ming.

Caminaron un par de horas hasta que llegaron al lugar que el muchacho había visto el día anterior. Al acercarse a la casa principal fueron recibidos por un hombre que en principio se mostró esquivo, pero al solicitarle asilo y comida a cambio de trabajo aceptó. Faltaban manos para las tareas que había que realizar. La tarde transcurrió entre labores y recibieron comida abundante. La ayuda de Ming era muy buena, era un joven fuerte y ágil y Tao sabía bien qué hacer. Entre ambos lograron guiar a una inexperiente Jian en las tareas de recolección, limpieza, alimentación del ganado y más. Al finalizar el día estaba tan agotada que siquiera podía pensar.

Planeaban continuar el día siguiente pero el dueño de casa ofreció tarea extra por varios más a cambio de un salario. Sería temporal pero permitiría que reunieran el dinero suficiente para continuar el viaje sin aprietos. Se les antojó la mejor opción, habida cuenta además que el hombre comentó que pronto debía trasladarse hasta la zona donde la mentada barcaza a Shanghái atracaba y podría acercarlos.

—¿Ves, Jian? Esto es una muestra que las cosas no son todas grises —indicó Tao—. Una vez embarcados estaremos salvados.

—¿Y si los Taiping vienen mientras estamos aquí? —musitó con desconfianza—. El muchacho dijo que recorrían la zona.

—Es probable que lleguen—razonó Ming—. Muy pronto. ¿Pero no sería razonable pensar que esperan que sigamos huyendo? Además, buscan a un occidental. Nosotros somos una familia de trabajadores. Aún cuando vinieran, podemos pasar desapercibidos.

—A ti te han visto ir y venir con los cargamentos de seda —se preocupó su madre.

—No me prestaban tanta atención y estaremos trabajando en el campo por varios días.

Tomaron finalmente la decisión de aceptar el ofrecimiento del campesino pues era la única que garantizaba acceso

en mejores condiciones de seguridad y alimentación hacia la meta. Dos días más tarde y al promediar la mañana, estando las mujeres en plena tarea de recolección de heno para alimentar a los animales, una nube de polvo anunció la llegada de una tropa Taiping. Cabalgando pasaron sin prestar atención a ambas, que habían quedado prácticamente heladas de temor. A pesar de ello Tao arengó a Jian para que continuara trabajando sin prestar atención a sus ganas locas de huir.

Vieron que dos o tres hombres descendían de sus corceles y asediaban al dueño de casa. Se metieron en las casas y revolvieron lo que pudieron generando caos y miedo en quienes miraban todo sin entender lo que pasaba. El que parecía ser el jefe gritó a continuación que cualquiera que ayudara a fugitivos y especialmente a occidentales sufriría la muerte más cruel y para dejar constancia de lo dicho golpeó con salvajismo al patrón. Pretendían generar un miedo tal que obligara a confesar o delatar a los posibles prófugos. Jian entendió entonces lo sabio que había sido Richard al retirarse. No habrían sobrevivido mucho con él al lado.

Luego de ir y venir por el lugar, pisoteando y rompiendo sin piedad lo que fuera se les interpusiera, finalmente se retiraron. Se notaba la frustración y el enojo en sus rostros. Quienes habían huido parecían haberse evaporados y la posibilidad de vengar a su jefe se escapaba de las manos. Las mujeres solo respiraron con calma cuando el último jinete traspuso la zona de ingreso e incluso entonces temieron su vuelta por horas.

El pobre hombre que les había dado trabajo sufrió severos cortes y golpes generando la culpa en ellos, pero no podían hacer nada. Nadie parecía entender que ocurría y muy pocos conocían a los agresores. Ellos mismos se mostraron incrédulos y asustados, fingiendo el mismo desconcierto que los demás. El miedo continuó latiendo en la pequeña propiedad por muchas horas. Finalmente, la noche trajo calma y la rutina de los siguientes días no se vio alterada. Parecía que habían sorteado con éxito el escollo.

Al finalizar la semana dos grandes carros fueron preparados con productos para llevar a embarcar. La propiedad

abastecía algunos pequeños comercios de Shanghái de verduras, carnes y granos. Con ellos estuvo su pasaporte de salida. El viaje fue lento pero seguro y al llegar un agradecido hombre les pagó puntualmente una cifra no muy abundante pero suficiente para poder ingresar a la barcaza.

Una vez en ella y al abandonar la orilla, Jian y su familia postiza dijeron adiós definitivo a Suzhou, los Taiping y su antigua vida. Y a Richard. Mientras se deslizaban morosamente por el caudaloso y ancho río que cruza cual arteria principal a China, apreciaron los paisajes por última vez. Belleza agreste de las elevadas montañas a lo lejos, vegetación lujuriosa y colorida, concentraciones de poblados que se hacían cada vez más densos al acercarse a Shanghái, lugar donde terminaba el extenso delta en el cual el río moría en el Pacífico.

La visión de la ciudad frente a sus ojos luego de un tiempo de recorrida los hizo abrazar y ver que habían triunfado. El libro de la vida de los tres cerraba un capítulo y los aventuraba en otra.

2—

Dejando atrás a Jian y el resto Richard procuró habituar sus ojos a la noche y el camino a la vez que amoldaba su cuerpo al galopar del caballo. Trató de imponerse un ritmo ágil, que le permitiera trasponer rápidamente los kilómetros que lo separaban de su objetivo. No eran tantos, lo complicado sería sortearlos sin toparse con las bandas de Taiping que estarían barriendo la zona.

No hizo caso a dolor o molestia alguna, incluso al hambre; de hecho solo se detuvo luego de tres horas para dar descanso al pobre animal, sometido a una demoledora carrera. Continuó luego de una hora de inactividad y así hasta encontrar resguardo al abrigo de una elevación circundada de árboles, no lejos del camino. Esto fue antes que el sol se elevara en el horizonte.

Lo esperaban horas y horas de quietud y nervios. No quería arriesgarse a viajar a la luz del día, no tenía la protección de

sus compañeros y no había disfraz que disimulara su origen taipan. Era como tener una diana a su espalda, tanto si se encontraba directamente con los rebeldes como si lo veían otros que podrían señalarlo. Ató al corcel luego de asegurarse que había comido y bebido bien y se dispuso a descansar. Como pudiera, pues cada ruido, cada movimiento lo obligaba a tensionarse.

Sobre mediodía, cuando el sol caía de plano y el ritmo del tráfico se enlenteció en el camino, cayó en una duermevela plena de imágenes. Se vio con Jian, felices y libres. Luego acosado y perseguido y casi perdido, su cuerpo ensangrentado y a los pies de un Zhao que reía locamente. El despertar fue brusco, su rostro perlado por la traspiración. Las piernas y sobre todo las caderas dolían por el traqueteo infernal al que se vio sometido en la noche y se imaginó haciendo otro tanto. Cambió la posición, elevó las piernas e ignoró el hambre que comenzaba a campear en su estómago. Si sorteaba todo, llegaría desfalleciente de cansancio e inanición al campamento inglés. Pero vivo.

A esta idea se aferró, consciente que para rencontrarse con Jian primero debía salvarse. Había sido lo mejor, separarse. Se preguntó cuál sería la reacción en el Consulado una vez arribara. Había desaparecido por varios días sin dejar constancia de dónde iba y por qué. No se le hubiera permitido, claro. Pero de algún modo era casi una deserción, aún cuando no era un soldado.

Una vez que supieran lo que había pasado y el papel que había jugado en Suzhou en la muerte del principal jefe Taiping, ¿lo apoyarían? Sus compatriotas podían ser muy versátiles en sus decisiones y especialmente muy pragmáticos. En este momento de revueltas internas preferían resguardar posiciones y él los había expuesto. Decidió dejar las cosas para que se resolvieran cuando llegara y concentrarse en el aquí y ahora. Nada importaría si no lograba arribar.

Las horas transcurrieron lentas y sin novedades hasta el atardecer, cuando comenzó a prepararse para continuar. Le resultaba extraño que ningún movimiento de búsqueda se hubiera registrado hasta entonces. No sabía en ese momento que las partidas de

rastrillaje eran esporádicas y desorganizadas en virtud de la falta del cabeza principal, muerto por su mano, y la dificultad de los subjefes de ponerse de acuerdo. Las cuotas de poder comenzaban a ser disputadas entre los herederos de Zhao y jugaban a su favor.

Promediando la madrugada siguiente su loca carrera le permitió alcanzar la meta, el Consulado inglés, sin novedades. Fue recibido en principio con alarma y recelo por guardias armados hasta los dientes, pero cuando su identidad fue visualizada pudo trasponer el umbral de la salvación y llegar a su habitación, luego de un pasaje arrasador por la cocina general.

Los guardias informarían a sus superiores en la mañana, ahora se tomó el tiempo para higienizarse, cambiar su ropa y caer sobre su camastro, duro lecho que esa noche sin embargo parecía la cama de un rey. Rogó antes de dormirse que sus compañeros corrieran con tanta fortuna como él.

Los golpes en la puerta se sintieron como tiros luego de lo que parecieron minutos de descanso. Se levantó como pudo para abrir y frente a sí encontró a la plana mayor del ejército apostado en el Consulado, cargo que hasta no hacía mucho había sido ocupado por su padre.

Su mente algo nublada no dejó de notar la gravedad de sus rostros y la urgencia por inquirirlo. Asintió y afirmó que en quince minutos estaba en el cuartel general. Se vistió con celeridad y trató de estar tan presentable como fuera posible por más que bien sabía que su posición dejaba mucho que desear.

Una vez en el lugar le fue señalado un lugar para sentarse donde tuvo que esperar aproximadamente una hora hasta que fue llamado. Trató de pensar las palabras a decir, el discurso a presentar pero todo quedó atrás ni bien traspuso el umbral y se encontró con el jefe principal más el representante de mayor confianza del Cónsul.

—Ha excedido usted por mucho sus atribuciones, joven —le señaló el jefe con severidad—. He conocido descalabros provocados por muchachos a su edad, pero nunca algo tan caótico y delicado como lo que usted ha provocado.

—Tiene una explicación—barbotó.

—No, no la tiene. Tal vez en su fuero interno crea que actuó a conciencia y con justicia, incluso es posible que se considere un héroe. Pero ha provocado un incidente de proporciones, que estoy seguro no tiene idea.

—La vida de alguien de mi estima peligraba y no quise comprometer la ayuda del Consulado.

—¿No quiso comprometer? Yo creo que usted deliberadamente actuó en su nombre y sin dar aviso de sus intenciones porque entendía que lo que hacía era un golpe tremendo para este Consulado—dijo con frialdad el diplomático presente.

—Actué individualmente y sin uniformes comprometedores y…

—¿Usted entiende que su condición de extranjero, de inglés, ya compromete nuestra situación? —discrepó con ira el militar —. Esto no es un juego de fichas, estamos en terreno movedizo, en peligro constante de revueltas contra nuestra presencia. El Imperio Inglés logró con esfuerzo penetrar barreras que eran inexpugnables y solo se mantendrán abiertas si procedemos con cautela. ¡Usted ha deshonrado su puesto y su condición de extranjero!

—¡Los Taiping son asesinos despiadados! Gente de mi aprecio estaba siendo dañada.

—¿Gente de su aprecio? ¿Desde cuándo un inglés osa tomar aprecio por extranjeros inferiores? —se escandalizó el diplomático—. Es el mayor absurdo que he escuchado. Nos hemos movido por todos los continentes y lo que nos ha permitido sobrevivir y conquistar es nuestra superioridad.

—Mire, joven. Usted debe haber pasado por momentos de confusión y la lejanía de su padre y patria le han distorsionado la mente. Esto es lo que pensaremos y diremos por respeto supremo a Fred Baxter y los gloriosos servicios que este ha prestado a su Majestad.

—No quiero involucrar a mi padre—señaló.

En verdad lo menos que pretendía era atravesar el momento en que su padre le echaría en cara su locura y su falta de

criterio, así como los reproches por la posición en que lo había dejado.

—Esto no se trata de lo que usted quiera—repuso el furibundo militar—. Se trata de lo que se debe hacer.

—Reparar el error garrafal que usted cometió y el delito de sangre que se le atribuye es algo muy grave, no sé si logra visualizar lo precario de su situación.

Para ese momento Richard se preguntaba cómo era posible que supieran con tanta exactitud lo que había acontecido y ante su cuestionamiento la respuesta fue clara.

—Siempre sabemos lo que nos interesa. Tenemos nuestros aliados y soplones, ¿cómo cree usted que hemos sobrevivido en territorio hostil? Es vital conocer con rapidez y si es posible de antemano lo que va a acontecer. Por eso es aún más vil la forma en la que usted, nuestro compatriota, actuó. Casi merecería que lo entregáramos a los Taiping—escupió el diplomático con rabia—. Pero además los rebeldes lo identificaron pues alguien lo señaló.

—Estoy dispuesto a asumir la culpa y el castigo necesario —susurró con contrición.

—Lo hará, vaya si lo hará. Pero de acuerdo a nuestras leyes. ¿Todavía cree que esto se trata de usted nada más? Si dejáramos que cualquier rebelde nos juzgara como quisiera esto sería un desmadre. El que no muera de la peor forma lo deberá usted a la extraterritorialidad que nos ampara.

Enarcó la ceja en gesto de incomprensión; no entendía a que se refería el hombre. Pero ya el momento de las respuestas había pasado. Fue engrillado y llevado a la zona de calabozos, donde permanecería varias semanas. Recién entonces comenzó a entender y a asumir el costo que tendría la ayuda que había proporcionado a su amada.

Fue tratado de la forma más penosa por sus carceleros, probablemente por orden de sus superiores, que procuraron dejarle bien claro en ese tiempo el error garrafal que había cometido. Casi un paria para sus compañeros, que no se atrevieron a acercarse en el temor de quedar señalados como amigos de aquel que ponía en peligro a toda la delegación.

Varias semanas después comenzó su juicio ante un tribunal mixto de mayoría inglesa pero en el que había presencia Taiping. Comprendió lo que significaba la mencionada extraterritorialidad, concepto que su padre se encargó de aclararle personalmente. Apareció un día ante él inesperadamente. Ceño fruncido, puños cerrados y voz metálica que daban cuenta de la furia que le provocaba la situación que su hijo había suscitado. Verlo en las condiciones desastrosas no mejoró las cosas.

—Es demoledor para mi verte así, Richard. Has caído tan bajo como ha sido posible. Creí haberte instruido y preparado para una vida de probidad. Mala decisión la que tomé al no obligarte a ir conmigo.

—Lo siento, padre. Pero yo elegí. No quiero que lo que me pasa te comprometa.

—¡Eres un Baxter! ¡Cómo no sentirme comprometido! ¡Cruzaste los límites de la cordura y la decencia! ¿En nombre de qué has matado y huido, provocando un escándalo de órdago?

—En nombre del amor—susurró, sabiendo que serían palabras en saco roto.

—¿El amor? ¿Hacia una china? Esa falsa sensación de romance sin duda viene de las ideas sentimentaloides que tu madre alimentó mientras yo no estaba.

—¡No te atrevas a mezclar a mamá en esto! —gritó dolido—. No te lo permitiré.

—Dejaremos eso, pero tú no estás en condiciones de permitir o no algo. Eres un prisionero común, acusado de homicidio y está en juego tu libertad por años. ¿Alcanzas a ver en qué lío te metiste?

—Soy responsable y…

—¡Quita ya, si lo fueras no estaríamos así! De aquí en más seré el que hable y trataremos de transitar esta vergüenza e ignominia de la mejor manera.

Agachó su cabeza y a partir de allí Fred Baxter se encargó de gestionar su defensa en el tribunal en el que sería juzgado. Afortunadamente para Richard, la primera guerra del Opio que había

abierto los puertos chinos a su país había impuesto también, entre otras cosas, el tratado de Nankin que daba a los extranjeros la posibilidad de ser juzgados por tribunales no chinos o mixtos, garantizando mejores condiciones para los occidentales. Era una forma de resguardarse y liberarse del control o cualquier acción que los autóctonos quisieran entablar.

En virtud de esto fue que si bien la acusación de asesinato contra Zhao existiera y fuera corroborada por algunos Taiping que declararon haber escuchado que había sido Richard el culpable, no había testigos directos del hecho. Al haber muerto la única fuente fiable de la información (la pobre Huang no resistió los castigos impuestos) y solo existir rumores sin fundamento de pruebas, la parte acusatoria no pudo probar fehacientemente el hecho. Por tanto luego de varios días de juicio, finalmente no hubo condena.

Esto significó un alivio en medio del desastre pero implicó a su vez el comienzo de una vida nueva para Richard. Una impuesta, no buscada ni querida, que le costó sus ilusiones y esperanzas de reencuentro con Jian Li y lo condenó a años de soledad y ostracismo en el mar. Fue su padre el encargado de trasmitirle las nuevas, en lo que para él seguramente fue un triunfo, habida cuenta que su deseo fue siempre convertirlo en un marino.

—Has tenido más suerte que muchos. En principio, de haber podido escapar con vida de esa loca aventura en la que te metiste y luego de salir indemne de un juicio que pudo cercenar tu futuro para siempre. Pero has quedado marcado por tu estupidez, no solo por los rebeldes que bien identificado te tienen y si te encontraran te despedazarían. Tu trabajo y tu figura ya no son bienvenidos en el Consulado.

—No pretendía quedarme, mi intención es ir a Shanghái y …

—¿Realmente crees que podrás hacer lo que quieras, instalarte y hacer una vida como si nada hubiera pasado? —indicó con asombro y furia Fred Baxter.

—Tú has dicho recién…

—Qué tienes prohibido quedarte, aquí y en cualquier

zona de China. Has sido expulsado, no puedes quedarte.

—¡Pero he sido liberado!

—Porque no se probó lo que sabemos hiciste. ¡No importa que idea de justicia tengas, nuestro Imperio no va a arriesgarse por acciones individuales inconscientes!

—Prometí que volvería…—señaló con angustia.

—¿A quién? ¿A esa chinita por la que casi pierdes todo? —sindicó con desprecio.

—¡No hables de ella así! ¡No la conoces!

—Ni lo haré. Y tú no la verás más. No hay elección aquí, hijo—atemperó su vozarrón—. La opción es volver a Inglaterra o quedarte bajo mi mando en la flota de mar. No podrás pisar tierra china, pero tendrás la oportunidad de conocer muchos lugares y de dignificarte ante los ojos de la Corona.

Terribles opciones ambas que implicaban el adiós definitivo a su amante. Apenas habían logrado probar las mieles de su amor, embriagarse de pasión y eran separados con la violencia inusitada de un destino que se empeñaba en alejarlos.

Volver a Liverpool era el retorno a los viejos lugares de antaño, a la rutina de la vida sencilla, al pasado. Pero su visión había cambiado; ya no era el de antes. El mar era un reto que lo atemorizaba. Mas arrancar a su amada y lo que había soñado de su cuerpo implicaría una tarea titánica, así que lo mejor sería que su futuro fuera de desafío.

¿Qué más daba? Ya todo lo que realmente ambicionaba estaba perdido.

Capítulo 16.

Shanghái bullía de actividad y las tareas no eran menores en el taller donde tanto Tao como Jian trabajaban diariamente, dando vida y alma a las bellas sedas que seguían llegando desde el interior de China. Corría el año 1856, tres habían transcurrido desde los sucesos que habían trastocado la vida de ambas para siempre hermanándolas en una aventura alocada pero exitosa.

El traslado a la gran ciudad portuaria cosmopolita y superpoblada de autóctonos y extranjeros, había sido sin contratiempos. Cada milla que el barco transitó por el río Yang-tsé las alejó de la muerte y la destrucción Taiping, pero también de su rutina y bienes materiales. Al llegar, no eran más que tres seres unidos por el sentimiento de amor y agradecimiento mutuo, pero sin nada que les permitiera pensar en gestarse por sí mismos un futuro promisorio.

Jian Li apostó a la familia de su madre, de la que tan orgullosa aquella había estado y afortunadamente los primeros auxilios existieron. Estos asistieron horrorizados a la llegada de una andrajosa y hambrienta muchacha, casi inidentificable en su cabello mal cortado acompañada de dos campesinos. Lloraron la muerte de Xian y se compadecieron de lo vivido, ofreciendo asilo y amparo a los tres seres que llegaban desde el miedo y el caos. Las noticias que se tenían eran confusas y era la primera vez que escuchaban de primera mano la situación.

Días enteros les llevó recuperar la noción de la calma y olvidarse de mirar sobre su hombro por el temor de verse perseguidos. Sus figuras recuperaron carne y con esta vino la noción que tenían que comenzar otra vez. Esto era mucho más claro para Ming y Tao que eran huéspedes obligados de la familia, por lo que pronto anunciaron se iban, en humilde retirada.

La sola idea de perderlos a ellos también sonó devastadora a Jian, que rogó y clamó porque no la abandonaran, provocando la pena de ambos y la compasión de uno de sus tíos, que

ofreció empleo a madre e hijo y les acondicionó un lugar cercano donde podrían acomodarse. La muchacha podría verlos cuando quisiera.

Las heridas o agotamientos físicos fueron fáciles de recuperar, pero para Jian la procesión era interna. Esperaba diariamente la llegada de Richard o noticias suyas, apostando a la promesa que se habían hecho de amarse y compartir la vida. Cuando los días, semanas y meses transcurrieron, la esperanza comenzó a marchitarse y un dolor indecible se instaló en su pecho. La única explicación plausible era su muerte. Los Taiping lo habían atrapado y había pagado con su vida el haberla salvado.

Nadie podía entender su sentir salvo Tao que había visto el tenor del amor que los unía. Su familia era buena y la apoyaban, pero no podrían comprender jamás su pasión por el extranjero. Albergaban la misma imagen de ellos que la mayoría: diablos occidentales que habían forzado su entrada a su imperio y que la declinante tarea de sus gobernantes no había podido detener. No podían saber de su sensibilidad, de su amor por la cultura china, de su interés por conocerla y aprender de ella. No sabían que la amaba y que ella le correspondía, porque para ellos el amor no cruzaba razas y era la concreción de pactos de unión cuasi comercial. No eran malos, solo era…tradicionales. No en vano su madre tenía aquellas ideas con las que tanto la había machacado.

Pudo fácilmente integrarse a las tareas de la casa tal como Xian la había preparado, pero con el paso del tiempo anheló roles más amplios y liberales. El demostrar cierta solvencia en las tareas financieras en los negocios de su tío le dieron un poco más de aire pero no en exceso, pues este sentía que tenía que asumir el compromiso de su hermana de casar apropiadamente a su sobrina venida en desgracia.

Esto comenzó lentamente pero al segundo año de estar viviendo en la cómoda casa de sus parientes cristalizaron planes para acercarle algunos importantes señores, en su mayoría comerciantes, que estaban aún solteros o habían enviudado. Era entendible que las circunstancias que la muchacha había atravesado y el hecho que no

tenía nada para proveer como dote no estaban dentro de las cualidades de Jian, pero esto era compensado por su belleza y pronto había varios interesados que respetuosamente le fueron presentados.

En principio pudo evadir con solvencia la situación, era entendible que estuviera aún shockeada pero con el tiempo se volvió apremiante. Sentía que fallaba a la familia que se preocupaba por ella y a la vez no quería ser una carga económica. Las viejas presiones volvían, la situación que tanto la había rebelado contra Xian estaban ahí otra vez. Pero no podía pensar en nadie, en ninguno de esos hombres como aquel con el cual compartiría su vida. No era tozudez lo que le impedía mirar a los candidatos con interés sino la sensación de saberse de otro, quien aún ausente la poseía.

"Richard, Richard, ¿qué fue de ti?" sollozó muchas noches en infinita agonía. Llegó un momento que su tristeza le impedía continuar y sabía que debía hacerlo. Pero no en un ambiente donde se la atosigara con casarse aún cuando no estuviera en su corazón. La convicción que algo debía hacer se le fue tornando clara y la meditó con Tao, quien sabiamente le aconsejó que esperara y diera tiempo a las cosas.

—Niña, entiendo tu pesar. Es mucho lo que has perdido y todo se te antoja ahora irrecuperable. Pero no ganas nada con negarte a todo, estoy segura que tu familia solo quiere ayudarte.

Ella asintió, sabía bien que lo hacían desde una posición desinteresada.

—Por otra parte—continuó la mujer—es tiempo que mires hacia adelante y vayas robusteciendo tu corazón. Se de tu amor y tus expectativas, pero … Mucho tiempo ha pasado ya y si el taipan quisiera o pudiera ya habría venido.

—¿Qué dices exactamente, Tao? —la miró con cierto desconsuelo.

—Me apena romperte el corazón aún más. Pero hay dos posibilidades, según veo. O él murió, no pudo escapar de la cacería de los Taiping—aspiró con fuerza—. O eligió no venir.

—¡Eso último sería imposible!

Tao la abrazó con fuerza, como consolando a una niña.

—¡Eres tan pequeña, tan sabia y tan ingenua también! No digo que haya ocurrido, pero el corazón de los hombres es como una veleta que el viento agita para un lado y otro.

—¡El arriesgó su vida por mi! ¿Por qué lo haría si no me quería?

—¡Niña, niña! ¡No dije que no te quisiera! No dudo que era así. Realmente fue heroico que expusiera su vida por ti. Digo que a veces las cosas cambian. Pero solo es un pensamiento, no me hagas caso. A lo que voy es que debes moverte, mirar por ti y seguir adelante.

Pensar siquiera la opción que Richard no viniera por ella por elección se le tornó angustioso. ¿Podría ser posible? No había forma de saberlo y el paso inexorable de los años le mostraba que quedar varada en el camino de la vida no la conducía a nada salvo al dolor y la soledad. Así fue que poco a poco fue arrumbando el amor que sentía al desván de su conciencia y puso una losa sobre cada pensamiento que tenía sobre su amante. Así hasta que su recuerdo dejó de estar diariamente y doler.

Se concentró en vivir, pero desde sus condiciones. Con la mayor calma y decisión del mundo suplicó a su desconcertada familia que ya no le presentaran señores y que dejaran ese tema a su cuidado. Cuando alguien apareciera que mereciera ser parte de su corazón lo sabrían. Esto causó sorpresa y pesar, tanto que hubo un espacio considerable de tiempo en los que sus tíos la consideraron loca irrecuperable.

Finalmente, su voluntad de trabajo prevaleció y su exquisita mano para la confección de prendas, otrora desagradable condición que su madre imponía, la llevaron a convertirse en parte importante de uno de los talleres. Y así como sus parientes eran tradicionalistas también eran buenos negociantes y percibieron que su sobrina era útil y eficiente. No insistieron más.

La ciudad portuaria era sede de entrada y salida de productos autóctonos y extranjeros, tanto ingleses como franceses o estadounidenses. Los imperios se disputaban el control comercial de la zona y habían establecido sus zonas de residencia en distintas áreas de

la urbe, por lo cual esta comenzaba a ser una variopinta muestra de arquitecturas, colores y sabores. Esto seducía en parte a Jian, que recorría asombrada y azorada el mundo que se ofrecía, siempre bien acompañada por Tao o Ming. Este último trabajaba en el puerto y conocía al dedillo las idas y venidas de los barcos, que lo fascinaban. El antiguo campesino y obrero de la fábrica de seda era ahora un amante del mar abierto.

En cierta manera el cambio de vida los había favorecido; su condición material había mejorado fruto de las mayores oportunidades que una ciudad en constante crecimiento ofrecían. Tao parecía siempre igual aunque más abierta a expresarse y a reír. Ming era feliz y se le notaba y de hecho pronto mostró sus sentimientos por una tímida y linda jovencita vecina del barrio en que vivían, hija de marineros. Esto alegraba a Jian, que mucho tiempo cargó con la pesada cruz de la culpa por haberlos obligado al exilio.

Liberada de las cadenas del amor imposible y decidida a hacer su vida dentro de los parámetros que sus padres le habían enseñado, fue encontrando brechas de contento y alegría. Luego de mucho decidió abocarse nuevamente a la caligrafía como forma de expresarse y recuperar la calma diaria. Fue confeccionando día a día un cuaderno de pensamientos que pronto derivó en un testimonio íntimo de su sentir y pensar, visible solo para ella. Esa hora diaria se convirtió en la entrada a su fuero más íntimo y el único momento a solas consigo misma y sus más recónditos sentimientos, puerta que abría y cerraba con una imaginaria llave. Puerta al pasado, que se aseguraba todas las noches de cerrar para que no convirtiera su día en sombrío. Porque en el fondo la corroía la inmensa pena de lo que no pudo ser.

Como si de dos personas se tratara y sin llegar a desdoblar su personalidad, aprendió a lidiar con lo bueno y lo malo y apreciar las novedades que venían a ella. Dentro de estas últimas comenzó a perfilarse la figura de uno de los abastecedores de telas del taller, un hombre joven y apuesto llamado Shun que provenía de Cantón y que había arribado siguiendo los buenos negocios que extranjeros y chinos tenían establecidos.

Atento y de pocas palabras pero de un mirar muy intenso y de modales impecables era sin duda de un atractivo innegable. Comenzó a venir de manera asidua incluso cuando no traía productos, interesado en las técnicas del taller o en la calidad de las texturas y diseños que Jian proponía. Vestía de manera poco ortodoxa, en ocasiones dando oportunidad a las ropas extranjeras. No era el típico chino que despotricaba contra los occidentales mientras se beneficiaba de los negociados que efectuaban.

Ella se fue acostumbrando a su presencia y a sus elegantes formas, a la vez que se encantaba con sus profusos relatos de lugares remotos que había visitado y conocido. Era educado sin ser pretencioso y galante sin caer en la pesadez, que tanto ella detestaba. Poco a poco comenzó a ser parte de su entorno, encantando a su familia y también a Tao, que era celosa juez de los talantes y personalidades ajenas.

Claramente su interés excedía el comercial o incluso la amistad y esto quedó demostrado bien pronto al decirle directamente que le interesaba convertirla en su esposa. A Jian le desconcertaba la rapidez con la que los hombres trazaban planes y a la vez la asustaba, sin embargo en esta oportunidad no se negó de plano. Él le gustaba y le parecía interesante y bien podía imaginar una familia a su lado. Demás está decir que sus tíos estaban exultantes, máxime tratándose de uno de los mayores intermediarios de Shanghái, cosa que Jian no tenía nada claro porque él no había hecho ostentación de su excelsa posición económica.

A medida que la relación tomó ribetes más serios Jian comenzó a sentirse intranquila. Sentía que no era honesta con Shun al permitirle pensar que ella era una ingenua mujer ignorante de las artes del amor. Si bien su experiencia sexual se limitaba al mágico encuentro aquella única vez con Richard, era suficiente para fulminar cualquier intención seria de un hombre que se preciara de la candidez y virginidad de su esposa. La castidad era un valor más que preciado y ella lo había perdido. No se arrepentía, resguardaba el recuerdo de la pasión y lo haría hasta el fin de su vida. Pero Shun debía saberlo si es que ella decidía considerarlo como futuro esposo.

La avergonzaba infinitamente encarar el tema y además no sabía cómo. No tenía experiencia en diálogos amorosos y no imaginaba una situación en que contarle su intimidad fuera siquiera natural. Finalmente no pudo evitar buscar a Tao y comentar lo que le ocurría. Era su único referente, aún cuando jamás habían hablado de asuntos íntimos. No supo en principio como comenzar y luego farfulló, ante una divertida mujer que se rió olímpicamente de ella.

—Supuse que algo así había pasado, claro. Era evidente el calor que los envolvía. Nunca te arrepientas de aquello que haces desde el corazón, niña. Pero hoy el problema es otro, ¿verdad? Aunque no lo veo como tal.

—Debo ser honesta con Shun. Si él me acepta debe ser porque lo decide.

—Yo no creo mucho en eso, Jian. Los hombres son criaturas desconfiadas y simples, así te lo digo. Están acostumbrados a mandar y reinar, aún en la pobreza de un hogar humilde. En muchos casos solo tienen su orgullo; no es el caso de Shun, claro.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos pueden tener mujer sin que sean fieles, esposa y concubinas. Muchas veces las viudas quedan atadas a las familias de sus maridos y vegetan por siempre. Esas condiciones los favorecen. No es justo, ¿no lo crees?

—Claro que no, pero es como son las cosas.

—No has sido tú precisamente la que las acepta ciegamente. Yo veo una salida muy sencilla, que no te expone y no le va a doler a él. ¡Finge!

El desparpajo de Tao la azoró. ¿Cómo se puede fingir tener algo que ya no está? Y además, ¿qué honor habría en ello?

—No puedo hacerlo—contestó—. Tampoco quiero.

—Lo sé, eres una buena niña y muy joven—sonrió—. Pero no deja de ser una opción. Como yo lo veo, ¿qué ganas con decirle de buenas a primera algo así? Si él te quiere a su lado no debería importarle.

La charla no la tranquilizó, antes bien la dejó con más dudas. ¿Cuánta razón podría tener Tao? ¿Podría vivir con su

conciencia de hacerlo? Su indecisión terminó una noche cuando escuchó la postura de Shun acerca de los noviazgos tradicionales, en una de las cenas a las que se había vuelto asiduo en la casa familiar de la joven.

—Los tiempos van cambiando. Sé que en las zonas rurales hay tradiciones que se mantienen pero hoy día la mujer tiene más posibilidades. Pueden elegir y está bien que así sea.

—Así le va al mundo con tantas libertades—señaló el tío —. Las buenas costumbres y valores se van perdiendo.

—Creo en la igualdad de hombres y mujeres—argumentó Shun, guiñando su ojo a Jian—. Eso es lo único que comparto con los Taiping.

Estas palabras la tranquilizaron y decidió mantener para sí su relación con Richard. Después de todo, las palabras de su pretendiente mostraban a las claras su posición. Era momento de avanzar, dar un paso hacia su nueva vida. Por tanto la siguiente vez que Shun le insinuó sus intenciones de formalizar ella asintió con energía, provocando la alegría de aquel y por trasmisión la de su familia que veía por fin cumplidos sus deseos de casarla adecuadamente.

Las únicas condiciones que estipuló es que quería una boda sencilla y sin las tradicionales ceremonias; argumentó que esto le recordaba los preparativos de su madre y sus desvelos. Cumpliría por fin los deseos de aquella de verla desposada por un hombre que la proveería de seguridad económica. Para ella significaba el fin de una etapa de frustraciones, amores y desamores. A sus veintiun años, era joven pero vieja por sus vivencias y aspiraba a formar una familia y vivir feliz. Creía en Shun como el esposo para ello.

Capítulo 17.

1—

Podría decirse que la vida de Richard Baxter había mejorado si lo consideraba desde la posición de su padre. Por imperio de las circunstancias e imposición de sus líderes era miembro de la Royal Navy, el cuerpo selecto de las fuerzas navales británicas que llevaba la delantera en la conquista de los mares y tierras ajenas. La influencia paterna era importante y logró su concurso en la fragata que él mismo lideraba con orgullo y personalidad férrea.

Por supuesto que de acuerdo a la disciplina feroz que imponía y considerando la absoluta inexperiencia de su hijo en el mar, sus comienzos no fueron fáciles. De hecho, el primer año fue insoportable, tanto que muchas veces pensó en huir y dejar atrás sus responsabilidades y deberes. Solo lo detenían la convicción de no tener adonde ir y la idea que solo el agotamiento físico extremo le impediría pensar en Jian Li. Y si hubo que algo que sobró en ese tiempo fue absoluto cansancio.

Las tareas que le fueron en principio impuestas correspondían al grado de grumete, el más bajo en el escalafón naval. Esto le permitió conocer desde cero las tareas de un marinero y reconocer el barco de cabo a rabo, de proa a popa, además de incorporar la disciplina y la jerga. Hubo mucho que limpiar, baldear, muchas e interminables cuerdas que enrollar y desenrollar mientras el bamboleo del navío revolvían su cabeza y su estómago. Así fue por semanas hasta que un día la fuerza de la costumbre se impuso y se sintió cómodo.

La fragata era realmente grande, con sus velas cuadradas y sus cañones en la cubierta superior, lo que dejaba la inferior para camarotes. Su casco era largo y permitía una velocidad importante, vital para el ataque o la defensa, que de eso había mucho al ser custodia generalmente de buques mercantes. Las tareas del navío liderado por Fred Baxter se abocaban a la navegación del mar de la

China, por lo cual transitaban los puertos habilitados del país desde Cantón a Shanghái. Cuando el clima era cálido la navegación era fluida y calma pero en la época de tifones la vida en cubierta se convertía en un infierno de agua y viento.

Si bien podría pensarse que su condición de hijo del capitán era una protección, en muchos casos actuó de manera contraria. La inflexible mano de Fred despertaba rencores en algunos marineros, que trataron de usar a su hijo como chivo expiatorio. Mal negocio resultó, pues si algo detestaba Richard era ser objeto de pullas o violencia. A su entrenamiento militar se sumó la fortaleza que sus músculos adquirieron de tanto lidiar con velas, mástiles y redes. Luego que dos o tres sufrieran sus puños, su condición de duro quedó establecida. Una reputación que no le interesaba pero que le facilitó las cosas. Jamás usó su pretendida influencia ni esgrimió quejas por las tareas. Aunque odió la mayoría del tiempo lo que tuvo que hacer, al menos los primeros años.

Su disposición inexorable al trabajo y su parquedad le fueron ganando el respeto de sus superiores y los consiguientes ascensos en la escala jerárquica. Hacia el año 1856, año en el cual la tranquilidad imperante entre chinos y extranjeros comenzó a deteriorarse, era ya auxiliar de los oficiales de cubierta y por tanto la cercanía con su padre aumentó.

Si bien muchos de los días transcurrían en el mar, de tanto en tanto se licenciaba al personal y se lo habilitaba a bajar a puerto con el fin de distraerlos. En la mayoría de las ocasiones, al comienzo, Richard hacía caso omiso y permanecía en camarote. Prefería dormir.

Pero el correr de los años le permitió darse el gusto de apreciar los mundos que visitaba y comenzar a interactuar más. No fue poca la influencia que tuvo en esto Ian Bentley, un simpático marinero que desde el comienzo se empeñó en ofrecerle su amistad desinteresada. Alto y flaco, su rubia cabellera y sus pecas de adolescente (a pesar de pasar la treintena) hacían las delicias de las mujeres que puerto tras puerto contactaba. Y se empecinó en enseñar a Richard a disfrutar y a vivir. Su condición de infatigable optimista

no podía tolerar la tristeza constante del ceño de Baxter y su desprecio a la vida.

—Pero hombre—le dijo una de las primeras oportunidades que tuvo de conversar con él—. Tal parece que te han robado el alma.

Richard sonrió; era el primer diagnóstico acertado en mucho tiempo. Así se sentía. La progresiva amistad que se forjó lo llevó a contar al hombre sus pesares. Ian no tenía prejuicios en general y no le pareció alocada la idea de un amor como el que le describió, mas le sindicó lo fútil de seguir prendido de una historia que era pasado. Le dolió escucharlo pero luego lo entendió y le permitió salir del encierro en el que estaba. Esto implicó peleas en bares, corridas en mercados, borracheras memorables y amores esporádicos sin nombre en puertos varios. Su amigo vivía el momento y le enseñó a hacerlo.

Al mirar hacia atrás le parecía que el niño que había arribado a Shanghái expectante y nervioso había recorrido un largo camino. Los años que vivió en las cercanías de Suzhou lo marcaron a fuego y diría que fue la única vez que vivió como quiso. Disfrutando de aprender, conectándose con la cultura china a la que aprendió a querer y por sobre todo enamorándose como nunca lo haría otra vez. Le dolía Jian Li, le dolía el adiós no dicho y la incumplida promesa de estar juntos. Cada vez que la memoria se concentraba en esa etapa y se complacía en escocerlo, trataba con furia de pisotear el recuerdo que por bueno le mostraba el vacío de su vida actual.

Si bien arribaron a Shanghái en varias oportunidades no intentó bajar. Era orden expresa de su padre y condición para su permanencia en la flota y en las cercanías de China. Podría haber desobedecido, pero ¿para qué? Los años habían transcurrido y seguramente Jian Li se había desengañado y lo había olvidado. Era más que probable que tuviera una nueva familia, que hubiera podido rehacer su vida y en esta él solo sería un estorbo molesto del pasado.

2—

Hacia 1856 las relaciones entre la dinastía reinante en China, los Qing, y los imperios occidentales comenzaron a deteriorarse. Estos últimos habían aprovechado al máximo la victoria conseguida en la primera guerra del opio, pero como suele suceder aspiraban a mucho más. De hecho la diplomacia buscaba hacía meses la aprobación del Emperador de modificaciones a los ya leoninos tratados firmados en la década del '40, esos que habían abierto puertos y mercados. De esta forma lograrían liberalizar aún más el comercio y acceder a toda China, además de abolir impuestos internos que les encarecían fletes y hacer legal la comercialización del opio.

El rechazo a estas presiones fue manifestado por la corte imperial de Pekín y precipitó al país a la segunda guerra del opio enfrentando a Inglaterra y Francia, conflicto que estalló en el 1856 y se extendería hasta 1860. El inicio se dio cuando autoridades chinas abordaron y revisaron un navío denominado Arrow, de dueños chinos pero registrado en Hong Kong y que navegaba bajo bandera británica. Se acusaba al mismo de piratería y contrabando. Esto fue visto o pretextado como provocación por parte de los ingleses y precipitó lo que a la postre sería desastroso para el Imperio Chino: una guerra que volvía a poner de manifiesto el atraso tecnológico del otrora gran ejército y la superioridad estratégica y técnica de los líderes de la Revolución Industrial.

Desde el punto de vista de la Royal Navy significó apresuramiento y alistamiento de los barcos de guerra y su posición de conflicto en el Mar de la China. Hasta ese entonces los enfrentamientos más graves habían sido escaramuzas con piratas que asolaban como una infección a los navíos comerciales. Amparados en los cientos de atolones e islotes que eran característicos del mar, estos bandidos de distinto origen racial, social y étnico hacían de las suyas.

Richard se había acostumbrado al ocasional silbato que marcaba la presencia de alguno de estos corsarios y al fuego de los cañones que los ponían en rápida huída. Pero una guerra implicaba una dimensión mayor y el estado de alerta. Así lo planteó Fred Baxter al reunir a la tripulación y ponerla en antecedentes de lo que ocurría. No era común que aconteciera, frecuentemente la red jerárquica

funcionaba sin preguntas, pero la situación requería atención y concentración de la marinería.

—¡Marineros!—gritó desde la zona alta de cubierta—. Estamos en guerra. El incidente ocurrido en Cantón demuestra el poco respeto que las autoridades chinas adjudican a los tratados que firmaron. Por tanto es tarea de nuestro ejército y de la Royal Navy actuar para mantener los beneficios obtenidos. Nuestra flota está bajo el mando del honorable almirante Michael Seymour y este ya está elaborando los planes para obrar en conjunto toda la flota del Mar de la China, lo que nos incluye obviamente. Espero de ustedes la mayor eficiencia y obediencia, habida cuenta que estaremos en zona de guerra abierta y apostamos a su valor y patriotismo. Es todo. Pondremos rumbo hacia las zonas del Guangzhou.

Aún cuando sintético les permitió a todos hacerse una idea de lo que les esperaba. Se rumoreaba hacía días el incidente del Arrow y especulaban con la reacción de los jefes. Pues bien, ahí estaba. Todos metidos en un conflicto de proporciones.

Los siguientes dos años fueron de intensa movilidad y acostumbraron a los tripulantes al olor de la pólvora y el rugir de los cañones. A fines de 1857 se tomaron varios baluartes portuarios chinos luego de intensas luchas. La dinastía Quing se debilitaba intentando equilibrar su lucha contra los Taiping, que todavía controlaban zonas del interior, y la coalición anglo—francesa, que además contaba con el apoyo de estadounidenses y rusos. Esto los llevó a un armisticio en 1858 que les costó la apertura de diez nuevos puertos, libre tránsito de extranjeros y productos por el interior así como la posibilidad de evangelizar sin barreras y tener embajadas en la capital, Pekin.

Los occidentales hacían pedazos poco a poco la autonomía de China. Las barreras que pretendían ser impuestas fracasaban e incluso luego del tratado de Tianjin se continuó el conflicto. Este recién culminaría en 1860, año en que el emperador Xianfeng huiría al ser tomada Pekín por las tropas anglo—francesas, que incluso llegaron a destruir el Palacio de Verano, insignia de una monarquía imperante e incuestionable por siglos.

Richard asistió con sentimientos ambiguos a este proceso que marcó la victoria de su bandera y la gloria para la Royal Navy por su actuación memorable en el mar y en los puertos. Su papel fue bien residual en realidad ya que se encargaba de la parte de pertrechos, control de finanzas y enseres, una labor cuasi administrativa pero imprescindible. En el fragor de las batallas estaba lejos de los cañones, mirando con expectación y casi lástima como se destruían lugares maravillosos.

La situación le pareció particularmente angustiosa al ser asediada Shanghái. Temía que en algún lugar o posición estuviera Jian Li. Ojalá su vida no fuera sacudida directamente. Una vez el control se restableció, decidió por primera vez ingresar a la ciudad. Las antiguas prohibiciones no existían o nadie estaba interesado en recordarlas, sumidos como se encontraban en hechos más inmediatos.

Caminar por el puerto le recordó su llegada hacía ya tantos años, su desconcierto y miedo. A pesar de la reciente destrucción, la ciudad brillaba como la perla cosmopolita que era. Barcos de banderas extranjeras que ondeaban orgullosas exhibiendo su recién ganada supremacía se sucedían con los pesqueros tradicionales. La arquitectura ecléctica mostraba como el lugar que rodeaba al mar se había ido convirtiendo poco a poco en reductos o posiciones inglesas, francesas o americanas.

Al adentrarse en las zonas comerciales se encontraba el carisma y formas tradicionales del Shanghái auténtico. Refulgían los colores, las formas arquitectónicas de pagodas, los grabados. Los kipaos y haifaos se hicieron más densos, las sedas brillaban y atraían desde los escaparates con su fineza. Aún en el medio de la guerra, el comercio se mantenía.

Tenía la absurda sensación que en cualquier recodo del camino podría toparse con Jian. O tal vez la necesidad de hacerlo, no lo sabía con claridad. El punto es que luego de algunas horas de recorrer y sumergirse en la urbe, quiso volver. Nada había allí para él, salvo el despecho que observaba en las miradas aviesas aunque pronto retiradas de los lugareños. Era un inglés, un taipan invasor y siempre lo sería.

Su decisión de retornar se hizo saber a través de un seco comunicado a Ian, que lo miró sin entender. Creía que iban a disfrutar de tiendas y tabernas un buen rato más y el malhumor de su amigo lo fastidió, lo cual no fue óbice para que lo acompañara. Sabía de sus demonios y veía que la ciudad le comenzaba a pasar factura.

Ya en el puerto y a un centenar de metros de la fragata, Richard se envaró y su asombro fue mayúsculo, tanto que por un instante temió estar equivocado. A unos cincuenta pasos, un hombre chino enrollaba la cuerda para atar un pesquero recién llegado, con morosidad y la mirada fija en los barcos extranjeros. Veía el perfil, pero estaba seguro que era Ming. Avanzó hacia él con calma, torciendo el trayecto original hasta alcanzar una distancia de tres o cuerpos.

—¿Ming? —dijo en voz baja para luego elevar el tono— ¡¡Ming!!

Este giró sobre sí mismo con sorpresa al verse inquirido por una voz gutural y con acento y al reconocer a Richard Baxter, sus ojos mostraron una sorpresa mayúscula.

—¿Es usted? —musitó con asombro—¿Realmente está vivo?

La relación entre ambos nunca había sido fuerte ni cercana; para Richard aquel era el hombre que ayudaba a Jian y para Ming el taipan era el amor irracional de su hermana. Pero el verse luego de tanto y en circunstancias tan azarosas los acercó al punto de darse la mano, reverenciarse y palmearse.

Ming era sinónimo de Jian y si él estaba aquí, también ella había llegado. El pequeño y oculto temor de que algo les hubiera ocurrido en el camino años atrás, dejaba de existir. Contuvo el inmediato deseo de gritar por su amada y su paradero. Por el contrario, presentó a su amigo Ian al chino y le explicó que ambos eran marineros en la fragata anclada metros más allá.

—Así que forma parte de la marina inglesa que tanto daño nos ha hecho—sentenció con amargura Ming.

No pudo menos que asentir.

—Está al mando de mi padre. En ella estoy desde que

llegué al Consulado y fui juzgado por el crimen de Zhao. Mi castigo fue el exilio de tierra china, Ming—explicó en pocas palabras el calvario de esos años.

Él otro asintió y miró a su interlocutor con calma y cierta nostalgia en el rostro.

—Pensamos… Jian pensó que no lo había logrado. Que los Taiping le atraparon y eliminaron. Esperó por años su regreso.

—No podía. Y luego de un buen tiempo, no creí que fuera bueno. Ella habrá hecho su vida. Será feliz, tendrá su familia ya armada.

El asentimiento de Ming le oprimió el pecho, confirmando lo que creía.

—Eso trató. No ha sido fácil. A veces lo que se elige parece oro y no es más que latón—sentenció el chino con envaramiento, generando su desconcierto.

—¿Es feliz? —preguntó con ansiedad que se trasuntaba en su tono y su cara.

—Todo lo que puede serlo una mujer en China—le contestó sin mayores datos, mirando a sus lados y haciendo gesto de retirarse. Había culminado su tarea.

De pronto parecía que tenía urgencia por irse. Lo entendía. Él fue un incidente en su vida y tal vez no era bueno que lo vieran conversando con uno de los invasores.

—No te quito mayor tiempo, Ming. Me alegro estés bien, espero que también lo esté Tao. Si ves a Jian…—de pronto se frenó. ¿Qué podría decirle? ¿Qué mensaje iba a tener sentido o servir de algo? Meneó la cabeza—. No es nada, déjalo así.

Dio la vuelta e hizo gesto a Ian que el diálogo había terminado. Se encaminaron al barco y al ascender giró la cabeza, para encontrar la mirada de Ming fija sobre sí. Saludó y se perdió en el interior de la fragata.

Capítulo 18.

1—

La ciudad había vuelto a la calma luego de días de agitación, miedo, humo y ruido de artillería. Jian había vivido con la misma ansiedad y temor que el resto de los habitantes de Shanghái la escalada de violencia desatada por los extranjeros aún a pesar que su casa distaba bastante del puerto y de la zona comercial.

Una vez casada, Shun la agasajó y llevó a vivir a una suntuosa residencia en la zona más selecta. Era una casa grande y decorada al mejor estilo tradicional chino, con espacios especiales para el descanso y la reflexión y una zona verde encantadora, que hacía las delicias de la joven y le recordaba su vivienda en Suzhou.

Los primeros tiempos como desposada fueron buenos, nada escapaba a los modales encantadores y elegantes de su esposo. Los esponsales se ajustaron a la sencillez que Jian pidió aún cuando él hubiera preferido algo más amplio para dar cabida a su extensa lista de amigos y clientes. Se comportó como un caballero afligido por lograr hacerla sentir a gusto y cómoda, incluso en los primeros encuentros sexuales.

Estos fueron exploratorios y a veces incompletos ante lo que él interpretaba como agitación de su parte, que solo era ansiedad por el encuentro y el recuerdo de la pasión vivida con Richard. Su temor a ser tachada como hipócrita e impura también incidían, por supuesto. La concreción del acto sexual se dio varias noches adelante, estando él bastante bebido y si bien no se acercó ni por asomo a lo sentido en el pasado, tampoco fue un desastre.

El correr de las semanas y luego los meses fue demostrando sin embargo algunos rasgos de la personalidad de su marido que habían permanecido ocultos pero que la intimidad y la gravedad de la situación económica—política pusieron en evidencia.

Detrás de su fina apariencia y sus elegantes maneras, Shun era un déspota controlador y obsesivo celoso, que fue

recluyendo a su mujer a su casa, impidiéndole poco a poco la relación con su familia y amigos. Tenía un espíritu posesivo que al comienzo Jian confundió con amor egoísta pero luego se percató que estaba unido a un sutil gusto por el sufrimiento ajeno. Era imposible de trasmitir y probablemente nadie le creería, pero él gozaba con su dolor.

El sexo se convirtió en un momento de temor para ella. Trató de amoldarse a él y seguir sus directivas y deseos, porque expresaba claramente lo que quería y cómo. A medida que los meses transcurrieron la galantería dejó de existir y en su lugar un hombre con deseos sexuales constantes y duros se fue mostrando. Tal parecía que una máscara hubiera cubierto su real ser y sentir hasta tener a Jian en sus garras y no viera luego el sentido de fingir.

La muchacha pasó a ser una bella flor a exponer en las reuniones sociales en las cuales su hermosura brillaba fruto de las costosas joyas y vestidos hermosos que él se empeñaba en regalarle y hacer vestir. Pero en realidad era una frágil paloma encerrada en una hermosa casa al servicio sexual de Shun.

Su natural alegría e independencia se fueron apagando con los meses y únicamente la llama de la rebeldía flameaba cuando él comenzó a golpearla y lastimarla las veces que volvía por las noches embriagado de alcoholes y oliendo a opio. Esto se hizo más notorio cuando el asedio occidental fue mayor, complicando las actividades de su esposo.

Lo que tal vez comenzó siendo un hábito que pretendía controlar pareció cobrar factura y apoderarse de la vida de Shun. Entonces era un demonio enfurecido y cruel, que pretendía jugar con la piel y la sangre de su mujer, empeñado en cortarla y marcarla, casi como un recordatorio que podía hacer con ella lo que quisiera. En esos momentos trataba de defenderse como podía y en dos ocasiones llegó a golpearlo con fuerza y furia. Solo sirvieron para exaltarlo aún más y que cobrara con creces la osadía, mancillando su cuerpo y su alma.

El pasar de los años y el empeoramiento de la situación la llevó a pensar varias veces en el suicidio. No podía contar la situación a su familia pues estos de todos modos nada podrían hacer.

La superior posición económica de Shun lo ubicaba en una jerarquía casi inexpugnable. Únicamente Tao supo de su dolor y su caótica existencia, las pocas veces que se las arregló para sortear el cinturón de sirvientes que la atendían pero también vigilaban. Las marcas de la violencia se escondían bajo los caros vestidos pero ella lo intuyó y lo corroboró.

—Nada puedo hacer—sollozó Jian—. Él es mi dueño, todo lo que me queda es callar y aguantar.

Tao friccionó las manos y sus ojos se tornaron brillosos, enturbiados por las lágrimas que se negaba a derramar. Había tratado de salvar a su hija de la miseria y el dolor y sin embargo ahí estaba la demostración que el destino tiene sus vueltas y prima sobre los deseos de los mortales. Se encontraba atada de pies y manos y tristemente sabía que Jian tenía razón. No había a quien recurrir ni dónde ir.

¿A quién le iba interesar la vida o sufrimiento de una mujer en manos de un poderoso señor que además era su legítimo marido? Los signos externos no podían ser más contradictorios; Shun no perdía su sonrisa y temperamento ante el resto. Y aún si lo hiciera, nadie iba a interponerse en la intimidad de su matrimonio. Las rebeliones y las invasiones se sucedían en China pero el rol de la mujer seguía siendo de tercera clase.

Tao puso en antecedentes a Ming de lo que ocurría y trató de desahogar en él su dolor de madre impedida de ayudar a su hija. La vería sufrir y marchitarse como una flor que pierde su frescura y color y se transforma en una sombra de lo que fue. Ella que era tan vital y alegre, tan libre y buena.

En sus conversaciones se sucedieron planes alocados de salvarla, de liberarla, incluso de eliminar a Shun. Pero este no era cualquiera, tenía su protección y además ellos no eran asesinos. Los únicos momentos en que Tao respiraba y se aliviaba por Jian era cuando él se iba de viaje, en ocasiones por varias semanas. Entonces el cerco sobre aquella se aliviaba y ella podía visitarla y alegrarle algo la vida. Había recuperado su placer por la danza y la practicaba a solas, aferrándose a la música como si de un salvavidas se tratara.

—¿Sabes, Tao? —le comentó en una ocasión—. Cuando

bailo me sumerjo en un mundo propio. Me pasaba lo mismo con la caligrafía, pero ahora no puedo hacerlo, me lo ha prohibido. Cuando bailo o cuando sueño, es mi universo. Mis recuerdos son mi tabla de salvación. Almaceno y repaso los momentos felices, aquellos en los que realmente viví.

Estas expresiones le partían el corazón a Tao.

2—

La invasión puso a la ciudad patas arriba y para Ming y Tao implicó complicaciones a la hora del trabajo y la inquietud propia de sentirse amenazados. La mujer se preocupó pues sabía que el descalabro que esto implicaba para los negocios de Shun se cobrarían sobre el cuerpo de su hija. De hecho no la vio por semanas enteras y cada vez que lo hacía se le antojaba que estaba al borde de su resistencia. Por ello la novedad que le trajo aquella tarde Ming fue como la respuesta a sus oraciones.

—No vas a creer esto, madre. ¡El taipan está aquí!

No entendió a su hijo al comienzo: la ciudad se había visto invadida por estos, toda China estaba inquieta y asolada. Casi inmediatamente reaccionó; por supuesto que el único al que podía referirse, por conocerlo, era a Richard Baxter.

—¿Vive? ¿Lo viste? ¿Estás seguro que era él? —señaló con desconfianza.

—Él me reconoció y vino hacia mí, en el puerto. Es marinero de una de las embarcaciones de guerra.

Se sentía confundida; creyó siempre que no había podido escapar de la requisitoria Taiping, de otro modo, ¿cómo no había venido por Jian, a la que evidentemente amaba? No era una mujer que creyera en falsedades y fantasmas, la vida había sido dura con ella y era bastante buena juzgando caracteres y almas. Ella había visto el amor en él, se había sacrificado y corrido riesgos impensables para cualquiera por liberar a Jian.

—Me dijo brevemente que lo habían juzgado por la muerte del jefe Taiping. Sus propios compatriotas. Y lo obligaron a

irse y no volver.

—Entonces esa fue la razón—musitó.

—No supe si creerle. Me miraba como tratando de justificarse—le indicó Ming.

—¿Y qué necesidad tendría, querido? El solo hecho de haber ido por ella fue suficiente para que estemos en deuda eternamente con él. ¿Te preguntó por la niña?

—Sí, quiso saber si era feliz. Le contesté un tanto enredado.

—¿Tú crees que aún la quiere? —soltó de sopetón.

—Madre… que se yo. Apenas si lo vi y nuestra charla fue breve. No quería que los demás me vieran fraternizando con el enemigo — se quejó él.

Ella asintió y se concentró en sus pensamientos. La trama del destino volvía a enredarse y otra vez la carta que aparecía era el inglés. No creía demasiado en los augurios, pero ¿podía ser casual que las veces que su niña estaba más asfixiada su amado apareciera como enviado? Era cuestión de averiguar si el sentimiento por ella estaba aún ahí. No dudaba de que Jian aún lo amaba, si bien no era un tema del cual hablaran.

La mente de la mujer esbozó con calma el inicio de un plan que apostaba a liberar y salvar a su hija del dolor y el encierro. Su planteo tenía muchas lagunas y dependía de la buena voluntad y el querer de los principales involucrados. Sería menester encontrar al taipan y apresurarse; Ming decía que era un marinero y estos no estaban mucho en puerto, máxime en momentos tan serios.

—¿Tú sabes en qué barco está él? —inquirió.

—Le vi ascender a uno bastante grande, acompañado por un amigo al que me presentó.

—Mañana me llevarás hasta él—le ordenó, generando el desconcierto de Ming.

—Madre, es un barco de guerra y son extranjeros invasores. ¡No podemos exponernos frente a los nuestros! ¡Y los occidentales nos arrojarán a patadas! ¿Qué pretendes con esto?

—Tú tranquilo. Solo quiero ver ese gran barco. Siempre

me han hecho ilusión el mar y navegar—sintió sobre si la mirada incrédula de su hijo, que sabía bien que era una campesina de alma.

—Cada uno ha hecho su vida aparte y no debes involucrarte, madre.

—Lo que veo es que han sido llevados por el designio de otros hacia destinos que no planearon. Y no creo que sean felices, ¿tú sí?

Ming bajó su cabeza y calló. Sabía que a su madre le roía el alma ver a Jian maniatada y abusada y su propio corazón lo lamentaba. Pero no había opciones. Al día siguiente pretendió evadirse muy temprano y evitar a Tao. Siempre pasaba por su casa al ir a puerto. Pero ese día esta lo esperaba al costado del fuego, charlando amigablemente con su esposa. Nada pudo hacer para impedir que la anciana lo siguiera y lo conminara a indicarle la fragata. Luego le pidió que se fuera tranquilo e hiciera su trabajo. Ella se sentó en las cercanías del lugar de embarque y desembarque y por horas mantuvo esa posición. La observaba de tanto en tanto mientras trenzaba cuerdas y limpiaba redes. A nadie parecía importar ni extrañar su presencia.

Al promediar la tarde Tao se encontraba cansada y temiendo haber cometido un error, perdiendo el tiempo que podía haber dedicado a sus labores. Fue entonces que vio a un marinero muy alto que descendía con otros del barco señalado. Parecía corresponder a la descripción del amigo del taipan, por lo que decidió seguirlos e intentar hablar con él.

La suerte la favoreció, pues luego de algunos metros el hombre golpeó su frente y gritó a los otros que había olvidado su arma y debía volver, que se adelantaran. No perdió la que sabía sería su única oportunidad y lo enfrentó, con las únicas palabras que podría comunicarse.

—Richard Baxter, taipan. Jian Li…

Ian Bentley la miró con extrañeza y pretendió evadirla, pero ella lo tomó por el brazo y repitió dos o tres veces más el nombre. Él se sacudió con alarma y entonces pareció entender, por la chispa que vio en sus ojos. Asintió y siguió su camino hacia la fragata.

Ella volvió a ubicarse en su posición y esperó. Luego de un tiempo considerable, vio a Richard Baxter asomarse acompañado del rubio que le indicaba el lugar donde estaba. Lo miró con calma mientras avanzaba, evaluando sus cambios: el tiempo había sido benigno. Más curtido, más musculoso, su traje de marinero le sentaba bien. Tal vez sus ojos más opacos y sin brillo, aunque ahora la miraba expectante al acercarse. La reconoció sin dudas y esbozó una sonrisa.

—Tao, eres tú. Me alegra mucho verte y saber que están bien—seguía teniendo buen acento a pesar que probablemente hacía mucho no lo usaba.

Ella inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y decidió ser directa. No tenía sentido mostrarse charlando con el extranjero y exponer a su hijo a comentarios del resto de trabajadores. Y unas pocas palabras podían ser la carnada ideal si él decidía morderla.

—Richard Baxter. Me alegro no murieras, lo pensamos cuando no llegaste.

—No pude—bajó su cabeza.

—La vida tiene vueltas. Por mucho tiempo estuvimos bien. Hoy no tanto.

—Lo sé, hemos invadido de la peor manera—señaló con contrición, casi asumiendo la culpa de la invasión.

—Es más que eso. Ming y yo estamos bien. Jian no. Ella no ha tenido suerte al formar la que creyó su familia.

Vio el brillo que se apoderaba de su mirada al mencionar su nombre y el leve temblor que movía su labio inferior al inquirir:

—Pensé que había logrado establecerse y ser feliz.

—Lo creyó también. Pero hoy es prisionera en su propia casa, esclava de su marido cruel y egoísta.

—¿Sufre?

—Mucho. Temo por ella y la decisión que pueda tomar.

La alarma fue visible y cualquier duda que hubiera tenido se perdió. El tiempo no había quebrado el amor que el taipan sentía por Jian. Ahí estaba, tal vez adormecido y noqueado por la falta de contacto y noticias. Pero solo escuchar de la terrible vida lo

rebelaba.

—¿Cómo puedo ayudarla? —dijo angustiado.

—Si realmente quieres hacerlo, pasa por mi casa con sigilo cuando quieras. Conviene vayas acompañado con alguien de confianza por si alguno de mis compatriotas decide cargar en ti la rabia de la invasión.

Le deslizó una pequeña nota donde constaba su dirección y luego se retiró. Cerró los ojos mientras caminaba y aspiró el aire salobre. Tocaba ahora esperar que él no se arrepintiera de sus palabras.

Capítulo 19.

1—

El estado en que se encontraba no podía definirse de otra manera que no fuera de perturbación. Haber visto a Ming ya había sido removedor de por sí, pero el encuentro y la charla intensa que sostuvo con Tao lo llevaron al pasado. Había imaginado a Jian casada y feliz y sin embargo nuevamente la describían presa del sufrimiento. Esto lo hizo recordar cuanto lo había movilizado su cruel destino en el pasado, cómo se habían arriesgado.

Quiso corroborar que todo había tenido un desenlace agradable aunque fuera para ella, pues él vegetaba en la soledad y el aislamiento, y las palabras de Tao refutaban esa imagen. Jian sufría, era prisionera. Su corazón se aceleró, como hacía mucho tiempo no le pasaba.

La curiosidad de Ian no se satisfacía con facilidad y esta había despertado. Desde el momento en que una alocada china lo sacudió y le susurraba el nombre de Richard, quiso saber que ocurría. La mención que aquella hizo de Jian, la que sabía era la amada de su amigo no le dejó dudas que el pasado lo alcanzaba. El rostro coloreado y la agitación no lo dejaban mentir.

—Debes contarme todo, estoy aquí para ayudarte en lo que sea.

—Pues no es mucho, salvo que la que te habló es la mujer que ayudó a Jian a huir. La madre del hombre que vimos ayer. Quería verme.

—Curiosa la viejita. ¿Ver si no habías cambiado, si eras un espíritu? —sonrió—. ¿Solo eso? ¿O hay más?

Richard dudó pero finalmente decidió describir lo que sabía, que no era mucho. Ya estaba decidido a ir por la casa de la mujer y ampliar la información y no quería que esto se filtrara de modo alguno a su padre. Este haría todo lo posible por impedirle actuar nuevamente. Pero necesitaba ayuda.

—Me contó que Jian está casada pero en condiciones muy duras y complicadas. Que teme por ella.

—¡Carajo, hombre! Es una lástima, con lo que te arriesgaste en su momento para ayudarla. Pero ni modo, así es—lo miró con ojos entrecerrados evaluando su reacción.

—Pues así como me arriesgué antes, quiero saber ahora de primera mano cómo está—enfatizó—. Y ayudarla si puedo.

—¡Quita tú! ¡Realmente eres extraño! Tienes las condiciones para ser el mejor partido para muchas inglesas de estirpe y pierdes los pantalones por una chinita que no ves hace años.

—No me gusta tu descripción—encajó los dientes y adelantó el puño con ganas de estrellarlo en su cara.

—Pero Richard, tú sabes que yo no tengo problemas raciales—señaló—. Te describo lo evidente. Vas de nuevo a la boca del lobo por alguien …

—¡A quien amo y nunca he dejado de amar! —dijo sencillamente.

—Me queda claro, compañero. Y eso te hace digno de ayuda, realmente. Y la vas a necesitar. ¿Qué planeas?

—Saber más. Ir a la casa de Tao y que me ponga en mayores antecedentes. Y en base a eso, actuar.

—Te acompañaré. No pensarás caminar solo por Shanghái.

Se alegró de haberse sincerado con él. Probablemente no comprendía sus razones pero era un amigo fiel y lo respaldaba. Era más que suficiente por ahora.

El barco estaría en puerto por una semana más, lo cual le daba el tiempo suficiente para visitar a la mujer y hacer lo que estuviera en sus manos por su amada. Resignarse a perderla era el sacrificio más grande que había hecho, pero no quedaría quieto frente a su dolor.

Al día siguiente y bastante temprano se encaminó al lugar acompañado por Ian. Afortunadamente era una zona comercial bien transitada, no muy lejana y llegaron con facilidad. El golpe en la puerta fue atendido prontamente por Ming, que retrocedió con

sorpresa indicando a su madre que tenía visitas. Ingresaron y cerraron con rapidez.

—Ming, vete ya. Estoy bien y el señor Baxter está aquí por mi pedido. Pero no quiero que participes de esta conversación. Tú tienes tu trabajo y tu familia y te debes a ellos—ordenó de manera categórica a su hijo.

Este asintió y luego de un titubeo cerró la puerta tras de sí, no muy convencido.

—Gracias por venir, señor Baxter—hizo una reverencia —. Tengo té, ¿desea?

Él asintió y le indicó que su amigo no tomaba. Este daba vueltas por la habitación con cierta incomodidad. Además de sentirse fuera de su elemento, no entendía nada de lo que se conversaba. Asintió ante la indicación de sentarse más atrás y permaneció en silencio el resto del diálogo.

—Entiendo que fue obligado a irse de tierra firme y se convirtió en marinero.

Asintió apresuradamente y fustigó a Tao con preguntas que quemaban su garganta. No estaba aquí por un intercambio de información sobre su vida.

—Dijiste que Jian sufría.

—Durante varios años vivió bien. Su familia materna la recibió con cariño y aprecio. Se preocuparon por su futuro. Ella pudo estar cómoda, aunque extrañaba su presencia y luego se hizo a la idea que había muerto. Esto fue doloroso, lo sé bien.

Él no pudo evitar el remordimiento. No pudo cumplir su promesa de retornar y luego fue cobarde. Temió perder la posición que había ganado, temió que ella lo rechazara.

—Un hombre apareció. Buen partido, amable. La hizo creer que podía formar una familia y ser feliz.

Los celos inexplicables le atenazaron el pecho. Ella solo podía ser feliz con él, todo lo demás serían apenas suplementos o parches. La pasión, breve pero de una intensidad sin límites, los había unido por siempre.

—¿Qué ocurrió?

—No todo lo que reluce es oro—sentenció ella—. Poco a poco las cosas se complicaron. Es un hombre rico, un comerciante que se enriqueció y las guerras lo han complicado. Pero también el consumo del opio y la bebida.

La descripción sonaba compleja, pero lo que siguió le heló la sangre.

—Él … es un sádico. Tras sus modales finos y su semblante amable se esconde un ser que goza maltratando, humillando y castigando físicamente a Jian por todo lo que no le gusta o le va mal.

—¿Le pega? —no pudo evitar gritar.

—La ha cortado varias veces. La tortura. Y es cada vez peor. Temo por su vida, porque él un día se extralimite y la mate… O porque ella decida terminar con todo,

Era una situación desesperada. Su bella y frágil mujer amante sometida a los peores instintos de un hombre cruel. Era como un condenado en potencia, con la espada de Damocles pendiendo sobre su cuello. ¿Cuánto podría resistir?

—¿Cómo podemos ayudarla? —se adelantó.

—Es difícil y ahora no puedes hacerlo directamente—contestó ella—. Todo además depende en última instancia de Jian. Si lo desea, yo me encargaré de sacarla de donde está. Pero lo puedo hacer si sé que estará segura después.Y eso solo tú lo puedes lograr–lo tuteó.

—¡Estoy dispuesto a todo por ella!

—Hace mucho que no la ves—rebatió ella mirándolo con fijeza. Necesitaba seguridad en él.

—Los ojos del corazón han estado siempre posados en ella. Si tengo la oportunidad de vivir a su lado, me arriesgaré. No es vida la que tengo ahora pero con ella… Con ella la viviría en cualquier lugar del mundo.

Tao asintió y tomó su mano.

—Ella es mi hija, ¿sabes? —le contó.

—Sé que desde que su madre murió usted ha sido su familia y lo agradezco.

—No…Realmente es mi hija. La di a Piao y Xian apenas nació porque no podía mantenerla y mi marido no la querría. Le di la oportunidad de vivir mejor y bien y durante muchos años así fue. Pero luego todo se complicó.

Richard estaba absolutamente asombrado por la revelación; veía la verdad en los ojos de la anciana y entonces pudo entender realmente las razones del sacrificio y el riesgo asumidos por ella y Ming.

—Haré lo que sea necesario para asegurarle el bienestar. Pero sola nada puedo hacer. Cuando Ming me dijo que te había encontrado… Pareció la respuesta a mis oraciones.

—Responderé con mi vida por ella.

—No quiero te arriesgues. No esta vez. Tú debes estar seguro, pues eres el boleto de huída. Parece egoísta lo que digo, pero soy una madre desesperada.

Entendió el entreverado argumento de Tao. No le pedía más que la llevara con él, lejos del dolor y de China. Tendría que pensar a dónde y cómo, pero lo haría. La ventaja de estar en un puerto tan transitado y cosmopolita como Shanghái era que las opciones eran muchas. Tenía dinero ahorrado.

—En dos días espero tener resuelto todo—le indicó Tao —. Si Jian acepta, me las arreglaré para hacerla huir. Es resto estará en tus manos. Nos comunicaremos a través de Ming.

El retorno al barco fue rápido y fue evasivo ante las preguntas de su amigo, pero luego le contó todo. Necesitaba un oído y consejos. Su pecho ardía en deseos de volver a ver a Jian y liberarla de su prisión, pero lo aquejaban las dudas lógicas del tiempo transcurrido. ¿Sería capaz ella de perdonarle el abandono en que la había dejado? ¿Podría comportarse él a la altura y ser el hombre que merecía, brindarle el amor que necesitaba? De algo si se sentía bien seguro: la vida actual no era tal ni para él ni para ella. Cualquier horizonte sería mejor que el que tenían.

—Te metes en un lío bien gordo, Richard. Si bien la anciana correrá tal vez con los peligros que puedan existir, tú debes pensar que ni en China ni en Inglaterra podrán rehacer sus vidas.

Serían perseguidos en un lado y discriminados en el otro. Y tú arriesgas la relación con tu padre y los logros que has obtenido en la Royal Navy.

Tenía razón, claro. Tal vez lo más costoso sería frustrar nuevamente los deseos de su padre y contrariar a la única familia real que tenía. Pero Fred Baxter vivía por y para la marina, lo había demostrado al dejar a su familia en Inglaterra y volver solo de tanto en tanto. La relación entre ambos era correcta pero inflexible. Seguramente se recuperaría, pensó con cierta ironía. Con respecto al desarraigo, no le asustaba empezar de cero en otro sitio. Uno nuevo, limpio de las sombras del pasado y de los conflictos.

—América podría ser un buen destino, ¿qué piensas? —inquirió.

—Veo que estás resuelto—se quejó Ian—. No hay vuelta atrás.

—Salvo que ella no acepte, así es.

—Pues creo que los Estados Unidos serían un buen lugar, sí. Un país de acogida, que recibe a los migrantes de brazos abiertos, tan despoblado y salvaje es aún. Me han contado que el oeste está siendo poblado a pasos agigantados. Y hay zonas de oro como California.

—No voy por riquezas. Busco un sitio seguro y donde asentar una familia.

—Pues no se cuan seguro pueda ser. Pero es la única opción que veo.

—Sí—susurró con ensoñación—. Llegan barcos americanos constantemente a este puerto. En alguno encontraremos un hueco y el traslado que necesitamos.

2—

Jian se levantó penosamente del lecho en el que yacía tratando de descansar de una noche agitada y violenta. La vuelta de Shun no había sido feliz: embriagado y furioso por las cargas comerciales fracasadas o hundidas por el conflicto bélico, había

golpeado con ferocidad a la muchacha al negarse esta a complacer sus oscuros deseos.

—¡Crees que puedes decidir cuándo, prostituta! —había reaccionado con desdén—. ¡Puedo tener a la mujer que quiera a mis pies y no serás tú, mi esposa, la que burle mis deseos!

Los golpes fueron al comienzo con la palma pero luego el frenesí se apoderó de él y arreció el ataque con un látigo corto, cortando brazos y espalda desnudos de la inerme chica, que solo atinaba a cubrir su rostro y suplicar piedad. En el silencio de la noche finalmente solo quedaron sus sollozos. Agotado él, se hundió en un sueño de alcohol.

Atendió sus heridas como pudo, lavando y cubriendo las mismas con pañuelos. Se encontraba en un estado de total angustia, detestando su vida y despreciando a su vez su falta de carácter, que le impedía tomar la decisión que sabía era necesaria para sobrevivir. Matar o huir, eran las dos opciones posibles. Ya había pasado la etapa de conmiseración en la que pensó en auto eliminarse.

Pero la atemorizaba el después. ¿Huir dónde, cómo? No tenía los medios y no pensaba comprometer a nadie de los suyos. Suficiente habían hecho por ella ya. Matar había sido un pensamiento repetido en las últimas semanas. No le ocasionaba pruritos ni remordimiento y menos aún cuando el grado de dolor que le ocasionaba Shun traspasaba cualquier límite. Pero ¿qué escape sería ese? El castigo correspondiente era mil veces peor; una mujer que se atrevía a asesinar a su marido, reconocido comerciante, galante, amable, patriota. Nadie lo conocía como ella y por ello nadie se interesaría por las razones que pudiera esgrimir.

Buscó refugio en la pequeña y camuflada glorieta en un recodo del jardín al escuchar la voz de Shun que pedía a gritos a sus empleados por el desayuno, la ropa, papeles. No la buscó y ella se mantuvo fuera de su alcance. Probablemente debía irse ya y no le interesaba saber el estado de su esposa. Al menos por ahora. Sintió la preparación del carruaje y el tronar de la voz del cochero que indicaba la partida. Pasaron cerca y cruzaron el portón de entrada con celeridad, mientras otro lacayo corría desde la casa para cerrarlo.

Mientras este llegaba, Jian alcanzó a ver una sombra que se colaba hacia los matorrales de jazmines en flor y permanecía quieta mientras la zona de ingreso era clausurada.

No sintió temor; no tenía mayor enemigo que no fuera su propio esposo. Cuando el criado se perdió en el interior de la edificación, vio que la figura se incorporaba y la alegría la inundó. Era Tao, bendita sea, que se metía como una ladrona para verla y consolarla, sin dudas. Las últimas semanas habían sido de incomunicación total. Vio que la anciana veía a todos lados para evitar ser descubierta y entonces le silbó, sorprendiéndola. La casualidad había hecho que ella estuviera afuera, casi como esperándola.

Se acercó sigilosamente y al llegar a su lado tomó sus manos y la besó con infinita pena. Las pruebas del castigo eran inconfundibles, marcas que ningún pañuelo podría cubrir.

—Mi niña, mi niña—le dijo mientras acomodaba su cabello con dulzura—. Esto tiene que terminar o acabará contigo.

—Nada puedo hacer, mis caminos son limitados—sollozó.

—Escucha bien. Hasta ahora lo eran, pero las cosas cambiaron. El inglés ha vuelto, niña querida. Y está dispuesto a ayudarte.

La miró con confusión y sorpresa. ¿El inglés?

—¿Qué dices, Tao? ¿Has enloquecido?

—No, querida. He estado al borde de la locura al saberme sin posibilidades de ayudarte. Pero mis plegarias fueron oídas. Richard Baxter está aquí, en Shanghái.

—Pensé… Supuse que había muerto—señaló.

Esa fue su tortura por años; creyó que lo habían matado, de no ser así…¿Por qué nunca vino por ella? ¿Por qué la dejó sola?

—También yo. Pero todo este tiempo estuvo en el mar. Es marinero de las tropas inglesas.

Por tanto nunca tuvo intenciones de ir hacia ella; hizo un camino diferente al que le prometió. Le juró volver y sin embargo…

—Sé lo que estás pensando, Jian. Lo entiendo, tu cara te

delata. Crees que te abandonó y traicionó tus esperanzas.

—Así fue, querida Tao. No niego que me ayudó, nos salvamos por él. Pero yo creí en su amor y en la posibilidad de un destino juntos. Y él nunca regresó.

—Porque no pudo. Fue llevado a juicio por la muerte de Zhao y su condena fue no pisar tierra firme y abocarse a servir a su patria como marino. Ha sufrido todos estos años.

—¿Te lo ha dicho él? —señaló con desdén—. Mintió antes, ¿por qué no lo haría ahora?

—He visto sus ojos, he conversado con él. Lo busqué cuando supe que estaba aquí. Le relaté tu pesar y está dispuesto a ayudarte.

—¡Qué samaritano el taipan! —farfulló.

—No dejes que la rabia y el dolor que sientes se canalicen así, mi niña—le habló con dulzura Tao—. No pagues en él tus años de desvelos.

—Podríamos haber sido felices, podríamos haber tenido otra vida—las lágrimas caían con fluidez por sus mejillas, penando por los años de olvido y por el dolor de las heridas físicas.

—Pero no fue posible porque otros decidieron por ustedes. Ahora es el momento de hacerse cargo del destino que tienen juntos.

—¡No quiero la lástima de ese hombre!

—Tienes el amor de ese hombre, mi querida. Él te ama, no dudó un segundo en ayudarte antes y no lo hace ahora. Está dispuesto a todo para estar contigo.

Los pensamientos apasionados enredaban su razonamiento. Creía a Tao, lo que decía, y la sabía buena jueza de las personas. Amaba a Richard Baxter como la primera vez, no lo había olvidado aún a pesar de creerlo muerto. Pero saber que había estado cerca y no había corrido hacia ella la rebelaban. Si en sus manos hubiera estado habría saltado cualquier barrera por alcanzarlo, por estar juntos.

—Aún cuando lo que dices sea así y no lo dudo por ti, Tao, bien lo sabes. ¿Qué podría hacer él?

—Como yo lo veo es simple. Él te ama, tú lo amas y no me lo niegues. La salida es huir juntos e irse lejos, muy lejos de Shun, de la marina inglesa, de China.

—Eso sería imposible—susurró.

—¿Por qué? Si es lo que ambos desean, solo es cuestión de planearlo. De hecho, yo ya lo he pensado por ustedes—dijo con fuerza.

—¿Cómo dices? —se sorprendió por la vehemencia de su anciana amiga.

—Pensé que podrías tener esa actitud de confusión y la entiendo. Tu mente tiene mil cosas por procesar y ustedes tienen mucho para hablar cuando estén juntos, solos y fuera de peligro. Pero si no tomamos el asunto en serio y aprovechamos esta oportunidad, estarás muerta en poco tiempo.

La crudeza de la imagen que Tao trazaba la asustó pero supo que tenía razón. No aguantaría el creciente nivel de violencia que era ejercido sobre ella. “¿Qué puedo perder?, pensó. “Tengo una vida que no es tal y un futuro que puedo construir si acepto ahora.”

—Sí—dijo—. Sí, acepto, tienes razón.

—Sabía que entrarías en razones. Mañana al atardecer dejaré en el mismo portón por donde entré una nota con las indicaciones. Prepárate y no dejes ver tu estado de ánimo, compórtate normal. Todo estará dispuesto. Ahora, vigila y distrae a los criados mientras yo me retiro. Nadie debe sospechar nada.

Ingresó obedientemente y se consagró a su rutina diaria. Cuando estuvo a solas repasó la charla y volvió a estremecerse al pensar en Richard. Su imagen estaba clara y firme como si lo hubiera visto hacía horas: el inconsciente había abierto la puerta de los recuerdos enterrados y estos volvían con la fuerza de un vendaval. Estaba vivo y dispuesto a salvarla, a huir con ella.

Nuevamente era la cuerda que la sacaba del pozo en el que se hundía cuando se encontraba perdida y al borde de la rendición. Los nervios y la expectativa fueron suplantando a la inicial rabia por sentirse abandonada. Y luego el temor… ¿La amaría él con la misma fuerza que ella a su recuerdo? ¿Se reconocerían ambos a

pesar del tiempo y los sucesos vividos y soportados? Ella ya no era la inocente joven que él desfloró en nombre del amor; era una mujer que había sufrido vejaciones y humillaciones, a la que habían hecho conocer la peor cara del sexo y el deseo. ¿Soportaría él eso?

Las horas pasaron y dar vueltas sobre lo mismo la agotó, para finalmente pensar que tal vez era un error. Mas la vuelta de Shun y sus renovadas humillaciones y desprecios durante ese día y el siguiente la convencieron que cualquier situación era mejor que esa. Y que nada perdía con intentar otra vida.

Así que la tarde de la siguiente jornada paseó por el jardín y se acercó al portón. Debajo de una piedra visualizó la nota y la tomó agachándose para quitar una falsa mala hierba. Continuó su ronda con calma y luego de un buen rato, al resguardo de su abanico preferido leyó la misiva. “Portón, mañana noche. Ropa oscura. Escucha al grajo y abre, súbete al carro.” Destruyó el mensaje y se apostó a soportar la tensión por otro día. Si todo salía bien, sería el último.

Desenlace.

1—

Varios años después de aquella vez en que trasladó al inglés y luego a Jian y el resto por las calles oscuras de Suzhou, cuando los peligros eran tantos, Tao estaba otra vez apostada con un carro de trabajo cerca de la mansión de Shun, dispuesta a lo mismo: liberar a su hija.

Como en aquel momento sentía la adrenalina correr pero en forma más calma; era más vieja, el peligro no era inminente. Shun había salido como todas las noches que estaba en casa a su habitual ronda por tugurios y fumaderos de opio. Sofisticados lugares donde encontraba el placer y que demoraban su retorno. Esto le brindaba la oportunidad ideal para la fuga. Los criados, habituados a la rutina de Jian de años no sospechaban siquiera que esa noche sería la última de la joven en ese que soñó su hogar pero se había transformado en cárcel.

Todo estaba preparado: transportaría a Jian al puerto y allí la dejaría con Richard Baxter. Este, actuando con celeridad increíble, lo que hablaba del interés y deseo de reencuentro, había logrado un camarote sencillo en un barco norteamericano que zarpaba al amanecer hacia los Estados Unidos. Buen dinero le había costado pues no era de pasajeros precisamente, pero el metálico había comprado el lugar y el silencio del capitán.

Al poco tiempo de espera vio que Jian traspasaba el portón con suavidad, vestida con sedas oscuras y cubierta su cabeza con una capa que ocultaba su condición. Ella hizo el sonido del grajo para indicarle su posición y la muchacha vino hacia ella, trepando el pescante sin hablar. Partieron sin prisa, sin mirar atrás y luego de unos buenos quinientos metros recién hablaron algo.

—Tao, no tengo palabras para agradecer la vida de dedicación y entrega hacia mí—señaló procurando que su voz no delatara la emoción que la embargaba.

—No espero tu agradecimiento, el que estés bien para mi es suficiente. Incluso si eso significa, como es el caso, que nunca más te veré.

—Esa posibilidad estruja mi corazón, mi amiga. Tú y Ming han sido mi familia.

—Pues hay momentos en que hay que dejar atrás los afectos para garantizar la vida.

—¿Qué será de mi ahora? —inquirió curiosa y expectante.

—Todo está listo. Te vas de China, Richard Baxter se ha encargado.

Tao vio el temor en su rostro.

—Él va contigo, Jian. No estarás sola. Será el comienzo de una nueva vida.

—¿Crees que podremos recuperar el tiempo perdido? ¿Empezar de nuevo como si nada hubiera pasado en el medio?

—No se trata de eso, niña—reprendió—. Lo que han vivido los hace lo que son hoy y nada bueno sacarían de pretender cambiarlo. La felicidad vendrá de mezclar lo que los unió en el pasado con los aprendizajes del presente.

—Eres sabia—asintió—. ¿Y qué pasará con ustedes y mi familia? Shun hará un escándalo e irá por ellos y por ti. Sabe que son mi única referencia en Shanghái. Me provoca miedo lo que pueda hacerles.

—¿Y qué podría ser eso? ¿Qué puedo yo perder? No sé nada de ti, hace mucho. Él mismo se encargó de alejarme y no dejarme acceder. Tu familia está posicionada y tiene tradición en Shanghái. Luego de un tiempo, ellos mismos sospecharán que tal vez Shun haya hecho algo contigo.

—Estará furioso por mi desaparición y además… Me traje sus reservas de monedas de oro, todas las que pude, Tao. Y mis alhajas. Creí que sería bueno tener un respaldo.

—¡Pues es lo mejor que pudiste hacer!

—No quiero que me veas o me recuerden como ladrona.

—Pobre pago es ese teniendo en cuenta lo que ese

hombre te hizo sufrir. Ese dinero les comprará tiempo donde vayan.

La calle se abría adelante y desembocaba en el puerto. A la hora en que transitaban la luz mortecina de la luna mostraba las sombras de velas y mástiles. Una figura se desprendió del inicio de la zona del apostadero y les hizo seña para que se detuvieran. Tao refrenó el caballo y mencionó el nombre clave. Entonces el hombre se descubrió y mostró su rostro sonriente. Era Ian Bentley, que había sido comandado por Richard para recibir y guiar a Jian hasta el barco en cuestión.

Esta miró a Tao que asintió con confianza. Bajó entonces del vehículo, no sin antes abrazar y besar con fuerza y por un largo instante a su amiga y salvadora. Luego siguió al hombre mientras Tao daba la vuelta para retornar al hogar.

Ahora sí, su tarea estaba cumplida. Rogó no haberse equivocado en su juicio del taipan. La muchacha nunca sabría que ella era su madre. No le interesaba. Había estado cuando debía hacerlo y se contentaba de haber podido ayudarla a completar su destino. Era suficiente.

2—

Richard aguardaba con la ansiedad haciendo estragos en su estómago y en su garganta. Había logrado arreglar el viaje con relativa facilidad dada la alta cifra que tuvo que pagar. El barco seleccionado había sido idea de su buen amigo Ian: un mercante que trasladaba sedas pero también opio en sus bodegas, aunque por supuesto este estaba bien escondido y camuflado para evitar cualquier acusación de contrabando y tráfico. Se dirigía a California.

Serían varias semanas de trayecto y deberían pasar lo más recluidos posibles para evitar mezclarse con la tripulación, especialmente Jian. Para ella sería tal vez complicado dado que nunca se había hecho a la mar, para él como estar en casa luego de los años en la Marina.

Su decisión precipitada y no consultada impactaría a su padre y por décima vez lamentó no poder despedirse de él

apropiadamente. Pero solo hubiera complicado las cosas y tal vez impedido. Era menester la velocidad y el secreto para tener éxito. Solo su buen amigo le había acompañado y ayudado, hasta el último minuto.

Al sentir el golpe se elevó a tal velocidad que se dio la cabeza contra la litera superior. El camarote era minúsculo pero contaba con lo básico, entre ellos dos camas, mesa, sillas y un lavabo. Abrió y dio paso a Ian, seguido por una indecisa Jian que apenas se distinguía entre las ropas oscuras y amplias. Su corazón dio un vuelco al verla luego de tanto tiempo y presintió que la misma sensación la golpeó a ella, que clavó su mirada en su rostro buscando reconocerlo. El hacerlo la alivió.

—Bueno, mi buen amigo—citó Ian—. Hasta acá las cosas. Te voy a extrañar pero no dudo que has tomado la decisión que querías. La señorita Jian Li está a tu cargo ahora. Hazla feliz, sean felices y coman perdices—culminó con humor, haciendo una reverencia exagerada y abrazando luego a Richard. El fuerte apretón de manos selló el adiós.

Al cerrarse la puerta y quedar por fin solos luego de tanto tiempo y anhelo, apenas atinaron a mirarse. Buscaban el pasado, las pruebas que lo vivido entonces no era una falacia ni una trampa de la mente y el corazón para sobrevivir los intensos momentos que les tocó vivir apartados. Buscaban reconocerse y volver a sentir el mismo fuego.

Él se acercó y arrodillándose frente a la figura que permanecía sin saber bien qué hacer besó sus manos y acurrucó su mejilla en ellas. Entonces Jian aflojó su tensión y acarició el rostro tan recordado y tan querido. Más áspero, más curtido, con líneas de expresión pero con la misa intensidad en la mirada. Y rompió en llanto de alivio y desespero, quebrada la pared que contenía las angustias pasadas, las vejaciones sufridas y la desesperanza de volver a verlo.

—No llores, mi vida. Estoy contigo, te pido perdón por no haber venido por ti, no podía, no debía…—ella cortó su diálogo con un dedo sobre su labio y asintió.

—Lloro de alivio y emoción, también por el miedo. No sé qué va a ser de nosotros. No tengo nada claro. Solo quiero irme de aquí e intentar ser feliz.

—Ven, querida, siéntate. Tenemos una larga noche antes de zarpar para ponernos al tanto. Te propongo comenzar despacio, no forcemos las cosas y procuremos estar a gusto. El tiempo nos irá demostrando si tomamos la decisión correcta. Pero te juro aquí y ahora que seré tu guía y te protegeré. No estarás sola.

Había pensado decirle tantas cosas pero las palabras quedaron atragantadas en su garganta. No era el momento adecuado, se encontraban luego de tanto. La observó acomodarse en el escaso lugar y poco a poco los rasgos que añoraba se hacían presentes. Al caer la capa el fino y largo cabello se mostró como el adorable marco para una tez sin mácula. La última vez que la había visto sus mechones habían sido cortados para hacerla irreconocible. Sus labios dibujados casi con maestría mostraban ahora la sombra de un golpe y esto le hizo erizar la piel de furia. ¡Ese malnacido había cebado su fuerza en ella!

Las manos gráciles se desprendieron de telas que descubrían pañuelos de seda enrollados y ante su extrañeza ella desenvolvió varios, mostrando una pequeña fortuna en joyas: jades, perlas, oro. El peso de los mismos debía haber sido considerable.

—He traído algo que puede servirnos para empezar de nuevo—anunció sencillamente—. Tao dice que es precio minúsculo para lo que he pasado, pero aquí está. Una especie de dote, si lo piensas—susurró en un intento de distender la situación.

Sin dudas sería de utilidad cuando llegaran. Debían establecerse, buscar un lugar donde vivir, en qué trabajar. No sabía a ciencia cierta con qué se encontraría, pero le habían dicho que en el Nuevo Mundo lo que sobraba era trabajo para manos que no le temieran.

—Claro que servirá. Vamos a California, en los Estados Unidos. Tal vez nunca oíste hablar de ese lugar. Un mundo diferente, aún para mí. Pensé que era lo mejor; empezar donde nadie nos conoce ni le importan nuestras vidas y las razones que las unieron.

—¿A nadie le importará que seamos de distintas razas y orígenes?

—Probablemente no, me han comentado que van migrantes de todo el mundo. Aunque los hombres y sus ambiciones no han de ser distintos aquí, en Inglaterra o en América.

—¿Tardaremos?

—Un tiempo. Este es un buque de carga y levantará mercadería en otros lugares. Pero me han garantizado viajaremos tranquilos. Trataremos de no distorsionar y no podremos mezclarnos con el personal del barco. Pero hay lugar para que tomes algo de aire y sol. Me temo que necesitarás acostumbrarte a la vida en el mar y este pequeño espacio llegará a ser asfixiante.

—Puedo soportarlo. Viví en lugares amplios e igual parecían cárceles. Considerando que este es el vehículo hacia mi libertad, será un palacio—sentenció.

Eso lo alivió. Temió encontrarla reacia y melindrosa, pero ahí estaba la muchacha práctica y liberal que recordaba, probablemente renaciendo de sus cenizas.

—Tendremos tiempo de reconocernos y contarnos nuestras andanzas. E incluso de que aprendas mi idioma, será necesario en América.

—Serás tú el que esta vez me enseñe a mí.

—Así es, y procuraré ser tan buen maestro como tú al facilitarme el mundo de la caligrafía.

—¡Tanto ha pasado!¡Yo misma hace tanto que no la practico!

—Pues aquí tengo el primer regalo de tu vida libre—se alegró de no haber olvidado eso.

Rebuscó entre sus cosas y extrajo papel de arroz, tinta y pinceles, provocando en ella una intensa alegría.

—No has olvidado lo que me hace feliz—susurró.

—Nunca hubiera podido—contestó con emoción.

3—

Jian miraba hacia adelante, observando la costa que lentamente tomaba forma en la lejanía. Varias semanas de viaje habían transcurrido y el mismo se acercaba a su fin aproximándolos a un nuevo país y un nuevo destino.

Habían sido días de descubrimiento, de alegrías y recuerdos que los habían conducido a identificarse con los amantes de antaño. Lenta pero inexorablemente las horas compartidas los incentivaron a contarse sus vidas y los hechos que las habían marcado, lo que les había permitido consolarse y mitigar las mutuas heridas, más profundas sin duda en Jian pero también presentes en Richard.

Él le describió su infancia, la vida en Liverpool y con su madre. Fue sanador recrear la imagen de aquella y reconstruir sus instantes de soledad y amor—odio por su ausente padre. Describió a su padre y sus encontronazos, su rigidez emocional y su apego casi fanático a la marina británica. No escatimó detalles sobre lo que pensaba de ella, sin conocerla, y la forma en que le generó un nuevo trabajo y tarea en la marina a él mismo. Quería que Jian supiera por su boca que no la dejó porque sí o porque no deseara ir con ella, sino porque no tuvo otra opción realista.

Ella relató el viaje hacia Shanghái y sus primeros años en la ciudad. Enfatizó el rol que tanto Tao como Ming habían cumplido en su vida y no pudo reprimir las lagrimas al recordar. Fue más parca y reservada al relatar su calvario con Shun y él lo entendió. ¿Cómo puede uno relatar el suplicio y la violencia cuando no las ha podido superar o procesar? Lo haría años más tarde, sin duda. ¿Qué sentido tenía regodearse en las heridas?

Richard supo escuchar y consolar con gestos y palabras y estas fueron empedrando nuevamente el camino de la confianza y el amor.

—Las heridas físicas o el abuso que hayas sufrido los compensaré, mi amor—le susurró—. Tú nada tienes de que avergonzarte o por qué condenarte. En todo caso, lo que has pasado te ha devuelto a mí. Más madura, más mujer.

Las horas y los momentos convividos los fueron conduciendo a una intimidad honda y sencilla, en la que los gestos de

acercamiento fueron cada vez más usuales y la sensación de compartir pensamientos y valores les permitió convencerse que habían crecido y madurado pero que el amor de antaño renacía intacto y aún se intensificaba. Y con ese convencimiento llegó la pasión física, corolario ineludible del amor espiritual.

Una noche fresca, con el mar en calma extrema y las estrellas brillando de manera sin igual, los tímidos besos y caricias que se habían convertido en parte del diario quehacer se hicieron más urgentes. Las bocas se buscaron con mayor ahínco y las manos exploraron zonas escondidas y solo visitadas antes una vez, en aquel granero camino a Shanghái.

Las finas sedas del kipao de Jian cayeron entre murmullos y descubrieron su belleza y sus heridas fueron besadas con ternura y cuidado hasta que parecieron desaparecer. El cuerpo de la muchacha recibió luego de mucho tiempo una pasión sin violencia, se vio deseado sin oscuridad, se despertó con goce y volvió a sentir la maravilla del sexo por amor y con amor. Y pudo responder ante él sin culpas y sin mesura, por motus propio y no por mecanismo de defensa. Y fue feliz.

Mirando ahora el horizonte, con Richard a su lado y sin presiones de ningún tipo, sintió que el mundo era de ambos. Que la vida les pertenecía y les pagaba el tiempo que habían deambulado sin encontrarse. Era tarea de ellos ahora abocarse a construir un hogar y una familia que los completara.

—¿Tienes miedo, Jian?

—Claro que sí, ¿tú no? Pero también una confianza y una felicidad tan tremendas que se que nada podrá salirnos mal.

—Ojalá sea así.

—Lo será—lo miró con confianza y amor—. Nos encargaremos.

Estaba dispuesta a que así sucediera. No se come ni vive del amor, lo tenía claro. Pero sin amor nada tenía sentido y el que los unía había trascendido tiempos y distancia para reencontrarse. Nada podía ser más difícil que eso, ni siquiera una vida nueva en un país por hacer.

FIN

Querido lector, te agradezco hayas llegado hasta aquí. Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela, tanto como yo al escribirla. Si te sientes inspirado, tal vez puedas dejar tu reseña en Amazon o Goodreads, como forma de incentivarme a mejorar. Si sientes deseos de seguir apostando al romance, te invito a continuar descubriendo mis escritos. Puedes acceder a mi página de autor amazon.com/author/isabellaabad o a mi blog: abadisabella.blogspot.com.

Otras novelas:

rxe.me/FNCW7O

rxe.me/FPX86G

rxe.me/VYFZKW rxe.me/42BU5Q rxe.me/2789R6

rxe.me/7DU8PS

[1]